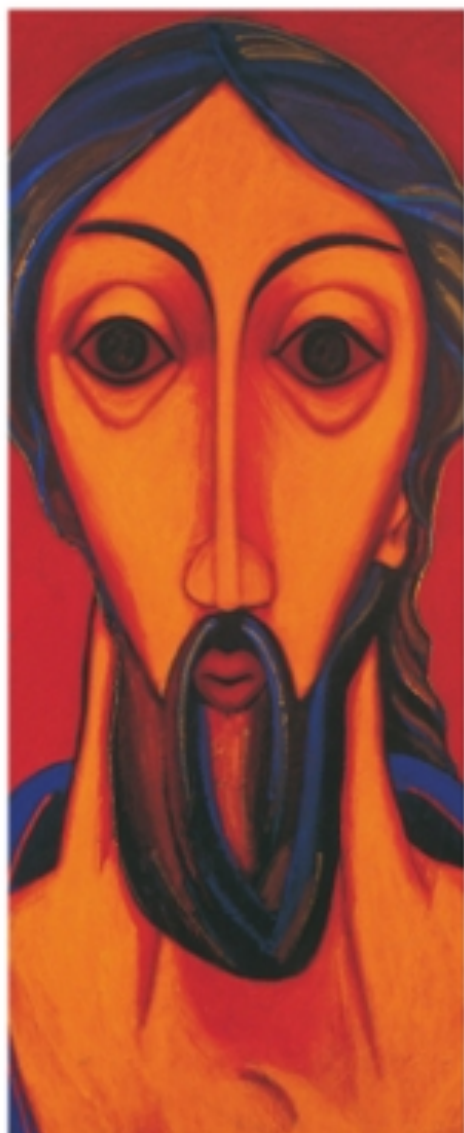


Fijos los ojos en Jesús

En los umbrales
de la fe



DOLORES ALEIXANDRE

JUAN MARTÍN VELASCO

JOSÉ ANTONIO PAGOLA



PRESENTACIÓN

¡Oh, cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual

Relacionada con la fe, la geografía del cuerpo humano se muestra rica en lugares. Pies que andan o desandan veredas, manos que agarran o sueltan, oídos que escuchan o están cerrados. ..Pero probablemente no haya otro lugar con un papel tan peculiar como los ojos. Antes del contacto físico -y contando con que también hay ojos ciegos-, ellos son los vigías encargados de vislumbrar cuando aún están lejos tanto las presencias deseadas como las indeseables. Por eso los ojos bien pueden ser considerados como una auténtica puerta de la fe, como le sucede al discípulo amado cuando descubre la presencia del Señor resucitado a la orilla del lago de Galilea (Jn21).

Porta fidei, la «puerta de la fe», es precisamente el título que Benedicto XVI ha dado al motu proprio con el que convocaba este «Año de la fe». Un año que va desde el 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013. La fecha de inicio no es casual, ya que en ella se celebra el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia católica.

Para la conmemoración de ésta efeméride, tres de los más importantes y significativos autores en el campo del pensamiento religioso y teológico español -los tres, en gran medida, hijos de ese Concilio cuyo recuerdo celebramos- nos brindan sus reflexiones a propósito de la fe. Con los ojos fijos en Jesús, cada cual con su estilo y su genio particular, los tres van desgranando aquellos aspectos relativos a la fe cristiana que puedan ayudar a los lectores a personalizarla y hacerla cada vez más propia. Porque de eso es de lo que se trata. Los distintos apartados para la reflexión personal o en grupo que acompañan a los textos ofrecen igualmente diferentes modos de lectura del libro y la posibilidad de poder trabajar con él.

Los ojos permiten el juego de las miradas. Un juego en el que conviene siempre tener presente el dicho del poeta: «El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve» (Antonio Machado). Ojalá este libro sirva para que aquellos que lo lean -sea cual sea su situación personal o eclesial- se sientan benévolamente contemplados por el Señor y puedan llegar a pronunciar con verdad aquellas palabras de san Pablo: «Sé de quién me he fiado» (2Tim 1,12)

SER CREYENTE HOY

JUAN MARTÍN VELASCO

Cada época -escribió K. Rahner- tiene su propia tarea en la presencia de Dios. La tarea del mundo de hoy es la de creer. Porque hoy ya no se trata de esta o de aquella creencia, de este o de aquel artículo de fe, sino de la fe misma, de la posibilidad de creer, de la capacidad del hombre para entregarse totalmente a una única, clara y exigente convicción». Y, tras referirse a los profundos cambios de todo tipo que estaban produciéndose, concluye: «Todo esto constituye una amenaza, un desafío, un riesgo para la fe y para la misma capacidad humana de creer. La fe de hoy se caracteriza por ser una fe puesta en peligro»¹ El riesgo y el desafío no han hecho más que acentuarse con el paso de los años. «Hasta ahora se discutía el contenido de la fe, pero no sobre la posibilidad o la necesidad de la fe. Hoy [1970], la fe como tal ha empezado a ser considerada como problemática en sectores cada vez más amplios». Cuarenta años después son muchos los ambientes en los que la fe no es ni siquiera problemática, porque ha dejado de interesarse es perfectamente indiferente a ella.

La situación religiosa y nuestra propia situación como creyentes

Crisis religiosa y crisis de Dios

En los años posteriores al Concilio se produce la eclosión de una crisis del cristianismo que venía fraguándose desde el comienzo de la época moderna. Esa crisis tiene su aspecto más visible en el desmoronamiento del sistema de mediaciones: creencias, prácticas, pertenencia a la institución. Se manifiesta y se vive en el cambio de la forma de presencia del cristianismo en Europa que expresa la categoría de «secularización». Una secularización que, a pesar de hechos recientes, como la proliferación de nuevos movimientos religiosos, el éxito espectacular de determinados grupos sectarios, la aparición de radicalismos en todas las grandes religiones y la permanencia del influjo del factor religioso en importantes acontecimientos sociopolíticos, en Europa sigue radicalizándose. Lo muestra la emancipación del influjo de la religión de áreas cada vez más amplias de la vida social y cultural y de aspectos cada vez más íntimos de la vida personal, como la pregunta por el sentido, la búsqueda de la felicidad y la gestión de la vida individual. Todo ello produce la extensión de una «cultura de la ausencia de Dios», que sitúa a los creyentes en estado de verdadera intemperie cultural y extiende el riesgo de que, como advertía últimamente Benedicto XVI, «Europa se convierta en un desierto inhóspito para la fe».

Tal riesgo está ya haciéndose realidad, porque la crisis religiosa se ha convertido en crisis de Dios y de la fe. De ella son indicios la extensión de la increencia por todos los sectores de la sociedad, la radicalización de sus manifestaciones, que ha desembocado en una indiferencia generalizada, y el hecho de que «de la fe en Dios ya no parten estímulos que determinen la vida y la historia» (W. Kasper). El último avatar de esta crisis de Dios es su extensión a muchos creyentes, y su presencia en el interior de la Iglesia. El mismo Benedicto XVI se ha referido a ella al denunciarla anemia de la fe de los creyentes como el aspecto más grave de la actual crisis religiosa de Europa, y advertir que un agnóstico en búsqueda puede estar más cerca de Dios que un cristiano rutinario y que lo es meramente por tradición o por herencia.

Una reflexión sobre la fe como la que propongo, enfocada a animarnos a su realización efectiva, no puede ignorar esa situación de crisis si de verdad quiere contribuir a superarla.

¿Estamos nosotros afectados por la crisis de Dios?

A primera vista puede resultar extraño que se denuncie crisis de Dios y de la fe en él en el interior de la Iglesia, y hasta en la vida consagrada y en el clero en todos sus niveles, como viene haciéndose -a mi modo de ver con razón- en los últimos años. Hasta puede parecer una ofensa atribuir una posible crisis de la fe en Dios a personas que se consideran y se confiesan creyentes; que cumplen, bien que mal, con sus obligaciones de cristianos y que hasta han consagrado su vida al servicio de la Iglesia. Pero la verdad es que la falta de irradiación de la fe que muestran las comunidades cristianas, su incapacidad para comunicar y transmitir la fe a las generaciones jóvenes y la tibieza de la vida cristiana de tantas comunidades y de quienes las presidimos hace temer que algunos o muchos de los que nos creemos y nos llamamos creyentes padezcamos, en mayor o menor grado, la crisis, y que podamos seguir llamándonos creyentes solo desde una manera distorsionada de entender la fe que dista mucho de reflejar la forma de creer que propone el Evangelio.

¹ «Der Glaube des Priesters heute», en *Orientierung* 19-20 (1962), pp. 215-219; 227-231 (resumido en *Selecciones de Teología* 2 [1963], p. 256).

Porque es frecuente que los cristianos lamentemos y denunciemos la extensión de la increencia a nuestro alrededor y el clima de indiferencia de nuestras sociedades, dando por supuesta nuestra condición de creyentes, pero sin preguntarnos seriamente por nuestra verdadera situación en relación con la fe. Y puede suceder que nos llamemos creyentes porque nos consideramos católicos, nacimos en una familia cristiana y fuimos bautizados, cumplimos más o menos estrictamente los mandamientos de Dios y las normas que regulan el propio estado, llevamos una práctica más o menos regular, nos confesamos miembros de la Iglesia y no hemos tomado ninguna decisión que nos haya llevado a separarnos de ella. Es posible que nos consideremos creyentes porque admitimos, sin apenas preguntarnos por qué, todas las verdades que Dios, nuestro Señor, nos ha revelado y que la Santa Madre Iglesia nos enseña, pero que nuestra fe se reduzca a «creer lo que no vimos», a aceptar lo que no entendemos, sin que esa aceptación haya dado lugar a ninguna experiencia personal ni haya transformado más que superficialmente nuestra vida.

Es posible incluso que, tras la renovación de la teología de la fe posterior al Vaticano II, hayamos oído y aprendido que la fe es encuentro personal, confianza incondicional en Dios, y lo creamos, pero sin haber dado pasos para realizar lo que esas fórmulas significan. Nuestra situación podría ser semejante a la de Moisés, que ve a lo lejos la tierra prometida, pero al que algo, que en nuestro caso no procede precisamente de Dios, le impide entrar en ella. El libro de los Hechos de los Apóstoles se refiere a los primeros cristianos como «los creyentes» (Hch 2,44; 5,14; 1 Tes 1,7). ¿Podemos los cristianos, los católicos de hoy, identificarnos con ese hermoso nombre?

Nuestra situación podría ser esta: escuchamos y decimos con los salmos: «Gustad y ved qué bueno es el Señor...», y sentimos el deseo de gustarlo, pero no lo gustamos realmente. Sabemos infinidad de cosas sobre Dios: todo lo que el catecismo, e incluso cierta formación teológica, nos ha enseñado. Sabemos mucho sobre Jesús; hemos oído que es el Hijo de Dios y lo creemos: hemos escuchado y celebrado el anuncio de su resurrección y hemos oído a los discípulos proclamar: «Jesús es el Señor». Pero puede suceder que, en no pocos casos, nuestra relación con Jesús se reduzca a saber sobre él y a conocerle como conocemos a otros personajes de la historia por los que sentimos simpatía. Sin caer en la cuenta de que entre este saber sobre Dios y sobre Cristo, y creer en él hay la misma distancia que entre saber sobre el amor porque hemos leído libros que lo explican y conocerlo porque se ha tenido la suerte de amar y ser amado. Probablemente haya grupos cristianos que no se identifiquen con esa situación, porque no faltan en el catolicismo actual grupos confesantes, con prácticas exigentes, con gestos de manifestación pública de su condición de católicos, con actividades destinadas a atraer a otros a la Iglesia, pero con actitudes que podrían llevar a verlos reflejados en la figura del fariseo, que oraba en el templo satisfecho de sí mismo y dando gracias a Dios por no ser como los demás, pero que no salió del templo justificado. Por otra parte, conviene tener en cuenta que con frecuencia los rasgos fundamentalistas de algunas formas de creer son la manifestación inconsciente de la debilidad y la inseguridad de la propia fe-, de la misma manera que el fundamentalismo de algunas formas de increencia manifiesta el temor de los que lo viven a que la fe a la que se oponen tenga más peso del que ellos se atreven a concederle²

No pocos cristianos actuales de diferentes orientaciones podríamos sentirnos reflejados en esta observación del P. de Lubac en sus Paradojas: «Una fe puede debilitarse, tender a cero, incluso sin haber sido sacudida por la duda, vaciándose, exteriorizándose, pasando gradualmente de la vida al mero compromiso; puede incluso endurecerse y tomar la apariencia de la fe más robusta porque la corteza se ha endurecido, pero en un tronco que se ha quedado vacío».

Dos posibles causas de la debilidad de la fe en círculos oficialmente cristianos

La primera puede ser la que se sigue de haber identificado la fe con la creencia, con la afirmación de verdades reveladas que exceden nuestra razón, con la forma de creer que se reduce a creer que, esa forma débil de conocimiento que pone en juego tan solo la mente del hombre y reduce las realidades a las que se refiere: Dios, Jesucristo... al conjunto de verdades con que el catecismo o la teología hablan de ellas. Recordemos a Fénelon, que denunciaba en su tiempo: «El ejercicio de la fe se reduce a no atreverse a contradecir misterios incomprensibles, y a una vaga sumisión a ellos que no compromete nada»³.

La segunda distorsión se refiere a un peligro que acecha a todas las religiones. Todas ellas proceden de un doble origen. El primero, la presencia de Dios en el fondo de lo real y en el corazón mismo del ser humano. De ella saca este la posibilidad y la necesidad de buscar nombres, imágenes y representaciones que le permitan tomar conciencia, asumir y acoger esa Presencia por la que se siente literalmente «sobrecogido», a la vez que fascinado y atraído. Los nombres, las imágenes y las representaciones de que se han servido los seres humanos para referirse a esa Presencia son incontables. Todos ellos se corresponden con las diferentes situaciones por las

² Cf. P. WUST, *Incertidumbre y riesgo*. Madrid, Rialp, 1956, pp. 202-203.

³ 3 Sobre esta forma de concebir la fe y sus peligros, cf. A. DULLES, «El dilema moderno de la fe», en *Hacia una teología de la fe*. Santander, Sal Terrae, 1970, pp. 19-40

que han pasado a lo largo de su historia, y han dado lugar a las diferentes religiones de la humanidad. Esas imágenes son, por una parte, necesarias, dada la condición mundana y corporal del ser humano, pero ninguna de ellas es Dios mismo. Todas son «lenguaje insuficiente» para la realidad a la que remiten. De su peligro da una idea la oración de místicos como el Maestro Eckhart: «Dios mío, líbrame de mi Dios»..

Generalmente, cada sujeto humano comienza a ser religioso insertándose en una de las tradiciones surgidas de figuras que han vivido intensamente la conciencia de esa Presencia, la han invocado con los más variados nombres, se han dirigido a ella en fervorosas oraciones, se han puesto en relación con ella mediante ritos que jalonaban el curso de sus vidas, se la han representado con las más variadas imágenes y han levantado en su honor los monumentos espléndidos que todavía perduran en numerosos lugares de la tierra. Pero las religiones tienen un extraño poder de seducción sobre los humanos. Los sistemas de mediaciones en que cristaliza cada religión, las «catedrales simbólicas» que constituyen, han surgido de la actitud creyente de los genios religiosos que iniciaron las diferentes religiones y de las primeras generaciones de sus seguidores. Pero, con frecuencia, con el paso del tiempo, las generaciones siguientes se ven introducidas en esos sistemas por la fuerza de la tradición o de la cultura, reduciendo su vida religiosa a la repetición de los elementos heredados: creencias, ritos, pertenencia social, sin en muchos casos personalizar y apropiarse la actitud religiosa, raíz de la que surgen esos elementos y savia que los vivifica. Por eso, tantas veces, las religiones, y especialmente las instituciones a que quedan lugar, llamadas a albergar a los creyentes y a prestarles recursos con los que vivir y expresar su actitud religiosa, se convierten en grandes aparatos institucionales que la sustituyen, se interponen entre los sujetos religiosos y el Misterio al que remiten, y les dificultan esa relación viva y personal con él que es la actitud religiosa fundamental que el cristianismo recibe el nombre de actitud teologal.

Necesidad de un discernimiento: ¿somos verdaderamente creyentes?

Las reflexiones anteriores solo pretenden ayudar a poner al descubierto nuestra verdadera situación en relación con la fe. Una tarea delicada y que necesita de un cuidado extremo. Seguramente ni el propio creyente es juez apropiado en esta causa. En un poema que lleva por título «¿Quién soy yo?», D. Bonhoeffer, tras referirse a la idea que él tiene de sí mismo y a la que tienen de él sus compañeros de prisión, termina confesando: «Quién sea, Tú lo sabes, Señor». Ya sanagustín había afirmado: «Solo Dios conoce a los suyos». Y antes san Pablo: «En cuanto a mí, bien poco me importa ser juzgado por vosotros o por cualquier tribunal humano; ni siquiera yo me juzgo. De nada me remuerde la conciencia, mas no por eso me considero inocente, porque quien me juzga es el Señor» (1 Cor 4,3-4). En todo caso, en un examen de conciencia sobre algo que nos afecta tan profundamente siempre será bueno encomendarse a la mirada misericordiosa de Dios, que conoce el barro de que estamos hechos, porque solo este recurso nos permitirá evitar el doble error de creernos ya justificados o de pensar que no hemos dado paso alguno en el camino hacia Dios, con el peligro de caer en la desesperación o en el abandono. Por otra parte, una recta comprensión del ser creyente no solo ha de estar abierta a encontrar fallos, limitaciones e imperfecciones en la propia forma de creer, sino que debe partir de la inevitable precariedad que reviste el hecho de creer en todos los seres humanos.

Porque no se es creyente de golpe y de una vez para siempre, como se piensa cuando se concibe la fe como un don que se nos entrega como un depósito y que se trata de conservar intacto. Los teólogos nos enseñan que todo creyente es a la vez fidelis et infidelis, creyente y no creyente, y esto pone de manifiesto la problematidad de nuestra existencia creyente y nos enseña a repetir sinceramente la oración evangélica: «Señor, yo creo, pero ven en ayuda de mi incredulidad» (Me9,24)⁴

4. El mismo Bonhoeffer cuenta cómo, hablando con un joven pastor francés sobre «qué querían hacer con sus vidas», este respondió muy decidido: «Yo querría ser santo», y él, más modesta, más realistamente, habría dicho: «Yo querría aprender a creer»⁵. «Yo, que tanto había dudado -escribe Charles de Foucauld después de su conversión-, no lo creí todo en un día».

Así fue el itinerario de los discípulos con Jesús, originado por sucesivas llamadas del Maestro, con respuestas entusiastas: «¿A dónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»; «Tú eres el Hijo de Dios vivo»; y otras decepcionantes, que merecen el reproche del Señor: «¡Apártate de mí, Satanás!»; «Hombres de poca fe». Un itinerario que pasó por el abandono de su Maestro en la hora de la pasión, hasta llegar al momento decisivo en el que, iluminados por el Espíritu que les ha entregado el Resucitado, reconocen a Jesús en su identidad más profunda con la confesión pascual: «Señor mío y Dios mío»; «¡Es el Señor!».

⁴ Cf. J. B. METZ, «La incredulidad como problema teológico», en Concilium 6 (1965), pp. 63-83. Sobre la inseguridad que permanece en el sujeto religioso que consiente a la presencia de Dios en él, y de esa forma supera la radical inseguridad propia de la condición humana; y sobre su origen en la condición de Dios, que no deja de ser Dios escondido cuando pasa a ser para el hombre el Dios revelado, porque solo puede revelarse como misterio, sigue siendo muy estimulante la lectura de P. WUST, *Incertidumbre y riesgo*, o. c., pp. 193-228.

⁵ *Resistencia y sumisión*. Salamanca, Sígueme, 1983, p. 257.

¿Cómo podemos nosotros, los cristianos de fe tibia y débil, de los que se dice, tal vez con razón, que estamos afectados por la crisis de Dios, «aprender a creer»? Hay una forma sencilla de calibrar la autenticidad y la calidad de nuestra fe: confrontar nuestras actitudes en la vida de cada día con textos evangélicos como: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón...»; o con el Sermón de la montaña, leído sin las mil glosas que llevan a desvirtuarlo.

También en este trance los santos pueden servirnos de modelo. Santa Teresa describe la situación en que se encontraba antes de su conversión definitiva en términos que pueden ayudarnos a comprender la nuestra y a dar los pasos para salir de ella. En el capítulo 8 de su Vida narra con precisión su estado: vive retirada en el monasterio de la Encarnación desde hace ya veinte años. «Hubo meses que me daba mucho a la oración y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir a ofender»; pero se encuentra «en vida baja de perfección». Una situación que califica como «una de las más penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando entraba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las afecciones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa que no sé cómo un mes se la puede sufrir, cuantimás tanto años». El resultado es penoso: «Ya mi alma estaba cansada»; «suplicaba al Señor me ayudase, mas debía faltar de no poner en todo la confianza en su Divina Majestad y perderla de todo punto en mí»; «Buscaba remedio, hacía diligencias, mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza en nosotros, no la ponemos en Dios».

- Confrontemos la situación religiosa de los medios en que vivimos con la descripción ofrecida en el texto.
- Hagamos un esfuerzo de discernimiento de nuestra condición de creyentes: ¿existe entre nosotros crisis de Dios? Indicios. Posibles causas.
- Releamos el párrafo relativo a Santa Teresa [p. 17]. Comparemos nuestra situación con la que ella describe.
- Destaquemos rasgos positivos de la actual situación religiosa en nuestras comunidades no aludidos en el texto.

El camino hacia la fe

«¿Qué debemos hacer, hermanos?» (Hch 2,37)

Comencemos por observar que la posibilidad que se abre ante nosotros no puede ser convertida en realidad por nosotros mismos. La conversión a la que somos llamados, ser creyentes, no es obra nuestra, aunque tampoco se realizará sin nuestra colaboración. Nuestro primer paso no puede ser una decisión, esta vez sí definitiva, que nos permitiría conseguir lo que no hemos conseguido hasta ese momento.

Los grandes creyentes no han respondido a la llamada del Señor con una decisión de ese estilo. María, tras haber preguntado: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?», y escuchar la respuesta del ángel: «El Espíritu de Dios vendrá sobre ti...», responde simplemente acogiendo el plan de Dios sobre ella: «Hágase en mí según tu palabra». Pablo, tras la irrupción del Señor en su camino, pregunta: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

La llamada, que en algunos casos reviste los rasgos extraordinarios que presentan las vidas de no pocos santos y conversos, no se identifica con ellos. Nos es dirigida a todos y nos está siendo dirigida siempre. Es la llamada que constituye la presencia originante de Dios en el corazón de todos los seres humanos, que genera en nuestro interior una fuerza gravitatoria: pondus in altum, ese «peso alado» que es la tendencia hacia sí. San Agustín identificó sus dos momentos de la forma más precisa: Dios es para él «más elevado que lo más alto de mí mismo; más íntimo a mí que mi propia intimidad»⁶. Su acción permanente en el interior de las personas está descrita al comienzo de las Confesiones: «Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»(1,1).⁶

La respuesta a esa llamada tiene su centro en la actitud teologal, que consiste en el reconocimiento por el hombre de esa Presencia. Una actitud, una forma de relación tan original y tan extraordinaria como la Presencia divina a la que responde. Para su realización, el hombre debe poner en juego lo mejor de sí mismo. Su descripción exige el máximo cuidado y la referencia permanente a la realidad que la origina. Por eso puede ser útil, antes de entrar a su descripción formal, remitir a figuras que lo han realizado de forma ejemplar.

⁶ Confesiones III, 6.

Modelos de creyentes

Abrahán, el padre de los creyentes, es una de ellas. La carta a los Hebreos (11,1-40) se refiere a él y a la «nube de testigos» que ofrece el Antiguo Testamento⁷. El protagonista del libro de Job también puede ser considerado como uno de ellos. Antes de la prueba, Job era un hombre íntegro y recto «que temía a Dios y se guardaba del mal». Ese temor de Dios expresa una relación en la que Job se representa a Dios y lo conoce con los rasgos que de él ofrecía la teología de la retribución vigente en el Israel de su tiempo: un Dios que premia al justo y castiga al pecador. Job le ofrece sacrificios y se muestra como un israelita modelo. Durante la prueba, Job conoce la condición poderosa y omnisciente de Dios. Pero, desde su situación condicionada por la idea de Dios que le ofrece una teología deficiente, se considera inocente y tratado injustamente por él. En ella maldice el día en que nació y se confiesa «hastiado de vivir»; por eso decide «dar rienda suelta a sus quejas» y exclama: «Hablaré sin temor ante él, porque yo no me siento culpable». Los amigos, desde la misma deficiente teología, tratan de convencerle de que seguramente lo es, aunque lo ignore, y le instan con insistencia a reconocerlo. Hasta que Dios aparece en su condición divina, y Job lo reconoce como misterio:

«Hablé, diré ahora, a la ligera, ¿qué puedo responderte? No diré una palabra más. Sé que todo lo puedes, que ningún plan está fuera de tu alcance...». «He hablado insensatamente de maravillas que me superan y que ignoro». Para concluir, por fin creyente: «Te conocía sólo de oídas; ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento, cubierto de polvo y ceniza».

La representación de Dios, piedra de toque de la actitud creyente

Dios, antes del momento en que el hombre cree en él, es para el hombre, incluso el hombre convencionalmente religioso, un Dios todavía a su medida; un Dios que el hombre conoce, incluso como superior a él, del que se ha formado una idea que le basta para regular de alguna manera su vida, pero sin transformarla radicalmente, porque todavía no ha sido tocado su corazón. Es lo que sucede cuando pensamos y hablamos de Dios desde una vida religiosa convencional o desde un cristianismo rutinario y solo heredado. Dios es para nosotros, en esa situación, una realidad ciertamente importante, a la que el hombre concede cierta atención y, aunque casi a regañadientes, alguna forma de obediencia. El corazón del hombre hasta ese momento es un corazón dividido. Tiene muchas cosas que se disputan con Dios su interés y su entrega. Por eso le honra con los labios, pero su corazón está lejos de él. Le ha entregado cosas de su vida, incluso parte de su vida, pero no su vida toda.

La tibieza en la actitud de esos «mal creyentes» se refleja en la idea que se hacen de su Dios; cómo su distorsionada imagen de Dios repercute en la tibieza de su actitud. Tales creyentes pueden -podemos- estar en la casa del Padre, pero como el hijo mayor de la parábola: como un criado: «No me has dado un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos»; ese hijo mayor que no reconoce al otro hijo como hermano y que, hablando de él, le dice al padre: «Ese hijo tuyo...»(Lc 15,30).

Por eso, para descubrir la calidad de nuestra fe basta con que nos preguntemos: ¿quién es Dios verdaderamente para nosotros? O también: ¿qué sabemos de Dios y cómo lo sabemos? ¿Es Dios para nosotros el ser supremo que rige el orden del mundo? ¿Es la primera causa que lo explica? ¿Es el ser necesario que exigen los seres contingentes, que somos nosotros, para tener razón de ser? Si es eso que aprendimos en filosofía y tal vez en una teología mal orientada, Dios podrá ser para nosotros la causa primera al servicio de nuestra explicación de la realidad, la idea de infinito presente en la mente que garantiza mi visión de las cosas y, tal vez, una forma de moral. Pero un Dios así no es el Dios de nuestra fe. Así sabía Pascal sobre Dios antes de su segunda conversión, y le bastó un momento de contacto real con Dios, de encuentro con él, para que el fuego de su presencia redujese a cenizas la figura de Dios que el Pascal filósofo se había forjado: la presencia solo ideal, conceptual, que tenía en su mente, y que su encuentro real con él le llevará a descartar con decisión: «Dios de Abrahán, Dios de Isaac... Dios de Jesucristo; no de los filósofos y de los sabios»⁸

Anotemos que estaríamos en una situación parecida si a la pregunta: ¿quién es Dios para ti? Respondiéramos que Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es nuestro Padre del cielo, añadiendo a ello todos los datos que acumula la teología cristiana, pero sin que esos contenidos fueran otra cosa que objeto de una afirmación teórica. No olvidemos la sentencia tajante de la carta de Santiago: «¿Crees que Dios es uno? También los demonios lo creen y se estremecen» (2,19). Para percibir la distancia entre el Dios al que se llega por una vida religiosa de ese estilo: convencional, heredada; o por una fe implícita: que se da por supuesta, pero que no ha

⁷ A él me he referido en otro intento de fenomenología del creer en *La experiencia cristiana de Dios*. Madrid, Trotta, 52007, pp. 37-45

⁸ Cf. el texto de Pascal conocido como *Memorial*, en *Oeuvres completes*. París, Bi-bliothèque de la Pléiade, 1954, pp. 553-554.

sido personalizada; o por una fe reducida a creencia: «Creo que...», basta que nos remitamos a lo que sobre Dios dicen los sujetos que han llegado a él por medio de esa actitud incomparable que conocemos como actitud teologal, vivida personalmente por el creyente y expresada sobre todo en sus oraciones, primer lenguaje, lenguaje originario de la fe. Recordemos, por ejemplo, el Salmo 63: «¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugo. .. / tu gracia vale más que la vida... / mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene». O el Salmo 15: «Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. / Yo digo al Señor: tú eres mi bien... /el Señor es el lote de mi heredad y mi copa; / me ha tocado un lote hermoso, / ¡me encanta mi heredad! / Por eso se me alegra el corazón / y mi carne descansa serena». Y tantos otros: Salmo 22: «Aunque pase por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo»; o el 26: «Si mi padre y mi madre me abandonan, nada temo, porque tú estás conmigo»; o el 121: «El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra».

Recordemos también algunas oraciones de Jesús, como la que la carta a los Hebreos pone en sus labios: «¡Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad!». O: «Yo te bendigo, Padre, Señor de cielo y tierra...». O la del huerto de Getsemaní: «Abbá, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». O las que dirige al Padre desde la cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»; «Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu».

Y como eco de esas oraciones, las de los grandes santos, como Agustín: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Me llamaste y me gritaste hasta romper mi sordera. Brillaste sobre mí y me envolviste en resplandor y disipaste mi ceguera; derramaste tu fragancia y respiré; y ahora suspiro por ti. Gusté y ahora tengo hambre y sed. Me tocaste y quedé envuelto en las llamas de tu paz».⁹ O la de Francisco: «¡Dios mío, mi todo!». O la de Teresa: «Nada te turbe... Quien a Dios tiene, nada le falta; solo Dios basta». O, más cerca de nosotros, la confesión de Charles de Foucauld: «Desde que creí en Dios, supe que ya no podría vivir más que para él».

El Evangelio está lleno de expresiones en las que Jesús habla de Dios y su reino, que ponen de manifiesto una forma enteramente nueva de relación con él: «Solo una cosa es necesaria: busca del reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura». El reino de los cielos -Dios mismo- es semejante a un tesoro escondido, a una perla preciosa. Quien lo descubre, va y vende todo cuanto tiene, con alegría, por adquirirlo.

Condiciones para que la palabra «Dios» cobre todo su esplendor

¿Qué tiene que suceder en una persona para que la palabra «Dios» cobre esa densidad de significado, esa calidad única que tiene en labios de los verdaderos creyentes, de los convertidos, y que hace que la realidad a la que se refiere trastorne la vida de quien la dice con toda verdad y no, como tantas veces sucede, «tomándola en vano»? Tiene que suceder, primero, que esa realidad se haga presente a la persona de las mil formas en que puede darse su presencia invisible, pero inconfundible: desde el interior de la conciencia, en un acontecimiento de su vida, en el rostro del otro, en la Escritura, en Jesucristo reconocido como «Dios con nosotros». En segundo lugar, que el sujeto tenga despierta su conciencia, abierto y dispuesto su corazón. Y, finalmente, que reconozca esa Presencia única en su entera originalidad, la acoja como el origen del que está procediendo subida; como la realidad a la que apuntan sus preguntas radicales, por la que suspira el anhelo que embarga su vida; como la meta a la que se dirige la flecha en permanente vuelo de su inquietud. Para que esto ocurra tiene que suceder que el sujeto llegue al fondo de sí mismo, al manantial del que brota el arroyo de su vida, al corazón, sede de sus decisiones y deseos, y descubra, reconozca, «realice»: «Todas mis fuentes están en ti»; «en ti están las fuentes de la vida»; «tu luz nos hace es ver la luz».

Condiciones previas y preámbulos existenciales para iniciar el camino de la fe

Para que ese milagro se produzca se requieren muchas condiciones. Se requiere, en primer lugar, que el sujeto sea sujeto como no lo es en ninguna otra circunstancia, en ninguna otra decisión, en ninguna otra relación de las muchas que puede entablar en su vida. Porque cuando la conciencia abre a la Presencia del Misterio con la que está agraciado y le abre la puerta de la libertad a su vida, esta sufre una conmoción que sacude los fundamentos de la falsa seguridad en que estaba instalado, dilata el horizonte limitado en que se encontraba encerrado, lo «empuja hacia regiones del espíritu en donde es imposible confundir lo verdadero con lo deseado, con lo que todos creen» (K.Rahner) y con lo que él mismo hasta ese momento creía creer. Porque en la decisión creyente el sujeto se lo juega todo: // va de tout, decía Pascal; res tua agitur, «se trata de ti mismo», decían los antiguos; de verse «incondicionalmente concernido» (Paul Tillich). San Juan de la Cruz ha expresado esa implicación total del sujeto en la actitud teologal con especial vigor cuando pone en labios del alma a la espera del

⁹ Confesiones X, 27

Dios con quien quiere entrar en la relación de la fe viva: «Dándote todo al todo de mi alma, porque toda ella te tenga a ti todo»¹⁰

Para que el sujeto llegue a este grado de realización de sí mismo necesita en primer lugar superar formas inauténticas de vida, esas «formas de vida desperdiciada» (S. Kierkegaard) que le impiden ser él mismo.

La primera consiste en superar la tendencia malsana del ser humano al «divertimiento», a la diversión como forma de vida que conduce al olvido de sí mismo. Este paso ha sido señalado por todas las tradiciones espirituales: el camino hacia la identificación con Brahmán, el Absoluto en el hinduismo, comienza por la superación de la situación de maya, de ilusión, en la que el hombre mundano vive establecido. Para poder vivir espiritualmente, los estoicos recomendaban: Oblivionem fugite, «huid del olvido». Pascal describió con todo detalle la alocada búsqueda del «divertimiento» y sus peligros¹¹. Kierkegaard se refirió a ella como la forma por excelencia de vida desperdiciada: «La del hombre que nunca se decidió con una decisión eterna a ser consciente en cuanto espíritu, en cuanto yo; o, lo que es lo mismo, que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la existencia de Dios y de que "él", él mismo, su propio yo, existía delante de Dios»¹².

La escucha de la llamada de la Presencia requiere pasar de la superficialidad de la vida a la recuperación del centro de la persona; de la dispersión a la unificación interior en torno al verdadero centro; de la disipación de sí mismo en un activismo desahogado a la simplificación de la vida entorno a lo único necesario.

La segunda disposición que hace imposible la atención a la Presencia es la adopción de una actitud posesiva. De nuevo las espiritualidades y las sabidurías todas de la historia coinciden en denunciar este peligro mortal para la constitución de un sujeto verdaderamente humano. La actitud posesiva reduce al hombre a sujeto de posesiones y termina haciéndole esclavo de ellas; convierte al ser humano en «consumidor». «Toda posesión es contra la esperanza», escribe san Juan de la Cruz. Recordemos las invectivas de Jesús sobre el peligro de las riquezas; que la primera bienaventuranza evangélica es «bienaventurados los pobres», y que ser pobre es condición para pertenecer al reino de los cielos.

Para poder ser destinatario efectivo de la vocación de Dios, capaz de escucharla, es indispensable ser, además, un sujeto libre; haber superado las incontables ataduras externas e internas, las múltiples dependencias de cosas, personas, ideologías, modas; las múltiples «adicciones» a las que somos tan proclives y que hacen imposible disponer de sí para poder entregarse al Otro que se me hace presente reclamando el más puro ejercicio de mi libertad. Y recordemos, además, que importa poco que el pájaro esté atado por un hilo o por una maroma. En los dos casos, advierte san Juan de la Cruz, le será imposible volar.

Dicho en términos positivos, ser creyente requiere como paso previo, como «preámbulo existencial», una forma de vida que ponga al sujeto en disposición de decir con verdad: «Heme aquí», a la Presencia que le llama. No se trata, pues, de esfuerzos dirigidos a conseguir apropiarse o dominar algo que el propio sujeto haya hecho objeto de su búsqueda. «Al hombre -advertía Simone Weil- le está vedado caminar verticalmente»¹³. Se trata más bien de hacerse disponible, de hacer lugar, de ahondar en el «vacío de infinito» que Dios ha puesto en su interior, y ponerse a la altura de la Realidad por la que el hombre es buscado¹⁴.

Llegar al propio centro es condición indispensable para ser creyente, pero no es suficiente. Llegado al «aula inmensa» de la memoria humana, de su conciencia, incapaz de abarcarse a sí misma, san Agustín siente la necesidad de trascenderla: «Trascenderé, pues, esta fuerza que hay en mí... Sí, la trascenderé para poder llegar a ti»¹⁵.

«Suba -dice Ricardo de San Víctor- a través de sí, más allá de sí mismo». Llegados al fondo de nosotros mismos o, con otra imagen, a «la cima de nuestra mente», sospechamos el más allá de nosotros mismos que sustenta la inconsistencia de nuestra existencia; nos descubrimos incapaces de dar razón de nuestra vida y convertidos en un enigma para nosotros mismos para el que no tenemos respuesta¹⁶; vislumbramos que el curso

¹⁰ Cántico espiritual 6, 5.

¹¹ *Pensées*, ed. cit., pp. 1137-1148

¹² *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*. Madrid, Guadarrama, 1969, pp. 70-72

¹³ *Attente de Dieu*. París, La Colombe, 1950 (ed. española: *A la espera de Dios*. Madrid, Trotta, 1993)

¹⁴ Más detalles sobre este paso del proceso en *La experiencia cristiana de Dios*, o. c., pp.29-35.

¹⁵ *Confesiones* X, 18

¹⁶ Cf. *ibid.*, IV, 4

de nuestra vida procede de un manantial que la alimenta¹⁷. Pero justamente ahí se abre para nosotros la posibilidad de ser creyentes o rehusar serlo. ¿Cuál es el paso decisivo que nos convierte en creyentes?

- Pongamos ejemplos de creyentes ejemplares en la Biblia, en la historia de la Iglesia, en nuestro tiempo, en nuestras comunidades.
- ¿Qué imagen de Dios predomina en nosotros y entre nosotros? ¿Está vigente entre nosotros la idea de la fe como afirmación de las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia? ¿Dónde se puede apreciar?
- Pongamos en común si ponemos en práctica las condiciones previas indispensables para poder ser creyentes.
- ¿Nos reconocemos en la descripción de las vidas «divertida», posesiva, dominada por diferentes adicciones? ¿Cuáles predominan?

Hacia una fenomenología de la actitud creyente

Hemos repetido con insistencia que se trata de que el sujeto humano reconozca y acepte la Presencia originante de la que procede y que con su ofrecimiento suscita su existencia personal. Pero, ¿qué significa ese «reconocer», aceptar o acoger la Presencia que constituye lo esencial de la actitud teologal?

Poner en Dios el centro de nuestra vida en una actitud de confianza incondicional.

La radical originalidad de la Presencia con la que el ser humano está agraciado impone una originalidad igualmente radical a la actitud por la que se la reconoce, que los cristianos identificamos como «actitud teologal». El mismo término «reconocer» indica que se trata de otra forma de relación que la expresada con términos como «saber» o «conocer», como formas de relación basadas en el contacto con la realidad a través de los sentidos o en la formación de una noción o una idea de la realidad conocida. Creer no es ninguna de estas dos formas de conocimiento. La absoluta trascendencia del Misterio que se hace presente impone al sujeto humano una actitud radicalmente diferente a la que adopta en las muchas relaciones que entabla con las distintas realidades mundanas. Frente a todas ellas, el sujeto es el centro de la relación; es sujeto activo que tiene la iniciativa de la relación y dispone de ella y del objeto de la misma. La relación del ser humano con las cosas mundanas es una relación objetivadora. La absoluta trascendencia del Misterio, su condición de presencia originante, y por tanto inobjetiva, hace que el hombre no pueda situarse ante ella como ante las realidades mundanas, poniéndola frente así, objetivándola, convirtiéndola en objeto de alguna facultad o acto suyo. «Dios no es término objetual para el hombre» (X. Zubiri).

En la relación objetivadora, el centro de la relación es el sujeto en cuya órbita se mueven todas las realidades objeto de su conocimiento. Para que la Presencia de la absoluta trascendencia se haga presente, el hombre debe trascenderse como sujeto y descentrarse, literalmente, para aceptar el centro, el origen y la iniciativa de la nueva relación en el Misterio, reconociendo y admitiendo de manera efectiva su prioridad, su primacía. Aquí, explica J.-Y. Lacoste, se produce «una verdadera inversión de intencionalidades». Yo no soy el sujeto; Otro es el sujeto. Otro actúa fundamentalmente. La actitud teologal es «la requisición de que soy objeto de parte de Dios. Aquí ya no soy conciencia intencional, sino conciencia convocada»¹⁸. Por eso se ha podido decir con razón que creer es una «expropiación de sí mismo» (H. U. von Balthasar). Es la desinstalación del ser humano de su condición de sujeto y centro de la realidad, como condición para que se produzca el encuentro con el Misterio. El trascendimiento de sí puede revestir formas notablemente diferentes, pero tiene su manifestación más clara en la superación de toda actitud egocéntrica y en la adopción de una actitud oblativa¹⁹, y esta encuentra su realización más perfecta en el reconocimiento del «Totalmente Otro» que es el Misterio de Dios. «La fe se arraiga

¹⁷ Cf. P. TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino*. Madrid, Alianza, 1972, pp. 54-55

¹⁸ J.-Y. LACOSTE, «Expérience, événement, connaissance de Dieu», en *Nouvelle Revue Théologique* 106 (1984), pp. 854-855.

¹⁹ En el encuentro con Jesucristo, escribe D. Bonhoeffer, se produce una inversión de la existencia humana, por cuanto «Jesús no existe sino para los demás». «Este ser para los demás de Jesús es la experiencia de la trascendencia» (Resistencia y sumisión, o. c., p. 266). E. Lévinas encuentra la forma más próxima de la trascendencia en el rostro del otro y su prescripción de respeto incondicional. En el hambre del otro, en un nivel muy humilde, «se dibuja la trascendencia» (*Dieu, la mort et le temps*. París, Le Livre de Foche, 1995, p. 200)

e infunde en el alma -dice san Juan de la Cruz- mediante aquel vacío y tiniebla y desnudez de todas las cosas o pobreza espiritual» (2 Subida 24,8).

A este rasgo ineliminable de la actitud creyente se refiere expresamente la Escritura en términos casi idénticos: «Según la concepción bíblica, la Palabra de Dios se adueña del hombre entero y coloca su centro de gravedad fuera de él»²⁰ «La fe -se ha dicho también- es un acto de obediencia por medio del cual el hombre se confía total y libremente a Dios». H. Bremond, gran conocedor de la literatura mística, escribe: «En la primera conversión no se cambia de dueño; se sigue siendo el "capitán de su propia alma...". Aquí, en cambio, en la segunda, se va a entregar todo el ser, el más profundo. En la primera se cede solo el usufructo; en la segunda se cede la propiedad del alma; en la una se ceden las flores y los frutos, en la otra, el árbol entero»²¹. El Evangelio lo había dicho antes: «El que quiera salvar su vida, la perderá; quien consienta perder su vida por mí, la salvará» (Me 8,35).

Coherencia de la actitud teologal con la condición humana

Este primer rasgo de la actitud creyente suscita a quien la considera desde el exterior la impresión de que el hombre, para ser creyente, debe sacrificar su propia condición de sujeto y que, por tanto, el reconocimiento de Dios supondría la negación del ser humano, como sostenía el existencialismo ateo del siglo pasado: «Si el hombre es libre -es decir, si es hombre, ya que, para Sartre, el ser humano consiste en su libertad-, Dios no existe; si Dios existe, el hombre no es libre». Pero esa objeción, que parte de la convicción del carácter absoluto de la persona humana y de su libertad, no hace justicia a la verdadera realidad del ser humano ni a la naturaleza de la relación enteramente original de la actitud creyente. En efecto, el ser humano, aunque tiende desde siempre a constituirse centro de la realidad, consintiendo a la tentación de los orígenes: «Seréis como dioses», no es el centro de la realidad. Y esto no es un dato que imponga a la condición humana el hecho de creer. Es un aspecto de su condición finita y originada. El mismo autor que afirma el carácter absoluto de la libertad humana no puede dejar de reconocer su condición de libertad originada: «Somos libres para todo, menos para ser libres». «Yo no me he dado la vida, sino al revés; me encuentro en ella, y sin quererlo, sin que se me haya consultado previamente ni se me haya pedido la venia» (J. Ortega y Gasset). Su connatural finitud hace imposible que pueda dar razón de sí mismo y de la totalidad de lo que existe. Aunque otro filósofo del siglo pasado, Martin Heidegger, escribiera que el hombre es «el pastor del ser», el ser humano es de tal condición que no ha podido dejar de preguntarse a lo largo de su historia, como observaba Gabriel Marcel: ¿y quién será el Pastor del hombre?

Pero, por otra parte, la condición humana no se agota en su finitud ni está encerrada en ella. Por el hecho mismo de conocerla, la supera, y hay en su forma de ser indicios claros de esa superación. En su conocimiento, abierto en todo lo que conoce al ser sin límites, y en su deseo, transido de trascendentalidad²², que ninguna realidad mundana ni la totalidad del mundo es capaz de saciar, por ser «deseo abisal» (san Juan de la Cruz), deseo sin fondo; por ser «deseo de lo mejor» y, como tal, «vaciado de infinito» (J. A. Marina), huella en él de la Presencia del Misterio que lo habita. Por eso no es tan fácil «instalarse en la finitud», como proponía E. Tierno Galván²³. Por eso el reconocimiento de esa Presencia, con el descentramiento que opera en la existencia del sujeto humano, lejos de comportar el aniquilamiento del sujeto, hace posible su más perfecta realización. Así lo muestran las antropologías que, a la vista de los indicios de esa Presencia en su interior de una dimensión ineliminable de trascendencia, lo describen como habitado por una desproporción interior: «El hombre supera infinitamente al hombre» (Pascal); está «dialógicamente diseñado»: «con una inteligencia dotada con la luz propia adecuada para escuchar al Dios que le habla; con una voluntad superior a todos los instintos y tan abierta a todos los bienes como para seguir sin coacción la atracción del Bien perfecto capaz de salvarle». Si el creyente puede reconocer el más allá de sí mismo es porque «el hombre es un ser con un misterio en el corazón que es mayor que él mismo»²⁴. «Sin el presentimiento de Dios -ha escrito K. Rahner-, su venida no despertaría en el ser humano el menor eco, no suscitaría el menor interés. Sin alguna connaturalidad de Dios con el hombre, inscrita en la naturaleza humana, su revelación en la historia caería en tierra totalmente extranjera, sin posibilidad alguna de fructificar. Del Verbo de Dios encarnado dice el Prólogo del cuarto evangelio: "Vino a lo que le era propio..." La revelación de Dios viene siempre precedida por su imagen inscrita en el corazón de todo ser

²⁰ A. DULLES, a. c., p. 33.20.

²¹ Citado en A. BLANCHET, Henn Bremond, 1865-1923. París, Aubier, 1975, p. 72.

²² Y. LEDURE, «Transcendentalité ou l'au-delà du désir», en *Revue Théologique de Louvain* 40 (2009), pp. 190-2012.

²³ Qué es ser agnóstico. Madrid, Tecnos, 31982.

²⁴ H. U. VON BALTHASAR, *La oración contemplativa*. Madrid, Encuentro, 1984, pp. 32Sss. Más datos y numerosas referencias sobre la dimensión de trascendencia en el hombre en mi estudio «La dimensión religiosa en el hombre», en *El hombre y la religión*. Madrid, PPC, 2002, pp. 161-178.

humano. Sin ello no podríamos afirmar que el Dios de la Biblia, que el Dios de Jesucristo, es nuestro Dios». «Dios se precede a sí mismo en el corazón de los hombres, a los que visita con su Palabra».

Del trascendimiento de sí mismo al encuentro con el Misterio

Dicho en otros términos, la actitud creyente que supone el descentramiento del ser humano en la Presencia originante de la que surge es, a la vez, el consentimiento a la orientación hacia sí que es la capacidad de conocerla y de amarla que esa Presencia imprime en su interior. Si el creyente puede consentir al Misterio en acto permanente de autorrevelación y autodonación al hombre, es porque el Misterio ha dejado en él esa huella indeleble que la teología reconoce en la creación del hombre por Dios «a su imagen y semejanza». Si el hombre puede consentir al Misterio es porque el Misterio suscita con su presencia una cierta connaturalidad con él. «El hombre es misterio. Lo es en su esencia misma... porque en su fondo original es un "para sí" puramente referido a la plenitud del Misterio de Dios. Cuando hemos terminado de decir de nosotros mismos todo lo que el espíritu puede abarcar, todavía no hemos dicho nada si en todos esos enunciados no hemos incluido nuestra referencia al Dios incomprendible... no podemos comprender al hombre de otra manera que captándolo en su orientación, en su movimiento hacia la bienaventurada oscuridad de Dios» (K. Rahner).

La misma comprensión del hombre aparece en la descripción que le muestra como «oyente de la Palabra». Tal expresión no significa tan solo que el hombre previamente existente como ser humano tenga, añadida, la capacidad de prestar atención a la Palabra. Porque, si así fuera, la Palabra solo podría aportar al sujeto algo accidental que viniese a perfeccionarlo, a mejorarlo, pero sin tocar el fondo del sujeto, supuestamente preexistente a esa Palabra, y que, por tanto, no podría ser radicalmente transformado ni salvado por ella. De ahí que la condición para que haya un posible mensaje de salvación para el ser humano es no solo que el hombre «tenga oídos» para esa Palabra, sino que sea «todo oídos para Dios» (F. Rosenszweig). Que consista en ser oyente de la Palabra. Por eso, la actitud creyente no se reduce al trascendimiento y el descentramiento de sí que requiere la absoluta trascendencia del Misterio, con todo el riesgo y la incertidumbre que eso supone para el hombre como ser en el mundo, y la necesidad de seguridad y de autoafirmación que eso comporta. Trascenderse no es fundamentalmente negarse como sujeto. Es llegar al fondo de las propias posibilidades, a su límite, y descubrir, más allá de él, un horizonte ilimitado para su realización. Por eso el trascendimiento no desemboca en el vacío absoluto que nos amenaza en la tentación del nihilismo, sino en la apertura al infinito que lo mejor de nosotros mismos presiente. O, dicho con otras palabras, la actitud creyente es, además, encuentro, «del alma en el más profundo centro», con el Dios que, siendo «más elevado que lo más elevado de mí mismo», es a la vez «más íntimo a mí que mi propia intimidad» (san Agustín), porque «el centro del alma es Dios» (san Juan de la Cruz). «Quien no sale de sí mismo, arriesgándolo todo en obediencia a Dios, jamás experimentara la tremenda emoción del encuentro consigo mismo en Jesucristo; jamás será hombre de fe»²⁵.

El encuentro interpersonal, modelo a escala humana del encuentro de la fe

De la naturaleza de este encuentro tenemos una imagen pálida, pero fiel, en el encuentro interpersonal a escala mundana. En él se produce ya la necesidad del trascendimiento de quienes se encuentran. El otro es para mí una barrera insalvable a mi tendencia posesiva, explicativa, dominadora. El rostro del otro, dice Lévinas, es para mí un «no matarás» inviolable. En la relación de encuentro, ninguno de los sujetos es centro de la relación, y cada uno lo es en la medida en que acepta que el otro lo sea a su vez²⁶. Solo que, en el encuentro del creer, el tú divino precede al ser humano con su Presencia creadora, le llama a la existencia, y así conoce y acompaña esas «entradas y salidas» (Sal 121,8) del nacer y el morir, a las que ninguna otra presencia llega. Teniendo en cuenta, además, que, al crear al hombre a su imagen, Dios lo pone a su misma altura de sujeto, de interlocutor y destinatario de su amor; posibilitando su respuesta, pero dejándole la libertad de escuchar o rechazar su llamada. Podría así decirse que Dios crea al hombre creador. Que crea a cada ser humano desde el amor y la confianza en su respuesta, haciendo así posible la confianza incondicional del ser humano, indispensable para que se produzca el encuentro. Dios, podemos atrevernos a decir, cree en el hombre al crearlo, y hace así posible que el hombre crea en él, se haga creyente.

Al ser el trascendimiento que supone la fe, al mismo tiempo, encuentro con quien es nuestro fundamento, lo que aparentemente constituía el mayor riesgo para el ser humano, que en la fe se lo juega todo, se convierte en el hallazgo del verdadero fundamento, el único fundamento sólido para los seres humanos, que no lo tienen en la realidad mundana ni en los otros hombres, sino solo en Dios, su realitas fundamentalis (X. Zubiri). A eso remite el

²⁵ ADULLES, a. c., p. 33. 25.

²⁶ Sobre el encuentro como categoría central en filosofía de la religión, me permito remitir a mi obra *El encuentro con Dios*. Madrid, Caparros, 1995.

significado de la voz hebrea 'aman para creer, que remite a lo que es «firme, fiel, seguro, cierto, porque mantiene lo que promete». Por eso «creer es decir amén a Dios», fundar en él la propia existencia²⁷. «Solo en Yahvé, a quien Isaías llama "el Dios del amén"(65,16), encuentra el hombre un punto de apoyo seguro. De ahí la permanente referencia de los textos cristianos sobre la fe al texto del profeta Isaías: "Si no tomáis a Dios como apoyo, no tendréis lugar firme en que descansar" (7,9)»²⁸. El mejor nombre para la actitud a la que nos referimos es sin duda el de «confianza». Una confianza a la que la condición de Bien sumo, Verdad primera, Valor supremo del Dios a quien se otorga esa confianza confiere rasgos enteramente originales: en Dios no solo confía el sujeto creyente con la seguridad que otorga su firmeza y su fidelidad indefectibles. En la fe, el sujeto se confía a Dios, pone en sus manos su persona y su vida; se abandona a él, consumando así el trascendimiento de sí mismo que exige su absoluta trascendencia. De ahí la doble cara de la confianza teológica que tan precisamente muestra el texto con el que santa Teresa narra su conversión: «Si, quitada de todo punto la confianza en nosotros, no la ponemos en Dios». Por eso se puede decir: «Creer significa decir amén a Dios, afianzarse y basarse en él. Creer significa dejar a Dios ser totalmente Dios, es decir, reconocerlo como la única razón y sentido de la vida...». En la fe, el hombre es salvado de su carencia de apoyo... del vacío de su existir. En la fe recibe el hombre la posibilidad de aceptarse a sí mismo, porque ha sido aceptado por Dios»²⁹.

No olvidemos, sin embargo, que al ser ese fundamento del hombre el más allá absoluto de sí que es Dios, la seguridad que presta al hombre nunca gozará de la claridad de aquello de que el hombre dispone, sino que dependerá de la confianza que el hombre ponga en él. De ahí la perfecta imagen del creyente que representa Pedro caminando, en respuesta a la llamada de Jesús, sobre las aguas del lago, seguro mientras confía en la palabra que Jesús le ha dirigido, pero expuesto a hundirse en cuanto el miedo se apodera de él y le hace perder la confianza. La experiencia mística, forma eminente de la realización del creer, es a la vez segura como ninguna otra, pero nunca pierde su connatural oscuridad: «Que bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche» (san Juan de la Cruz). «Dios está y no está para el alma en religiosa certidumbre divina... el alma no se siente jamás coaccionada por la certidumbre religiosa de Dios de un modo tan absoluto que no le quede espacio para su propia decisión. Certidumbre e incertidumbre se manifiestan en una estrecha relación, de tal manera que siempre la fe y la falta de fe conservan igualmente posibilidad de su desarrollo»³⁰.

- Intentemos una descripción con nuestras propias palabras de la actitud creyente.
- ¿Vivimos egocéntricamente o en actitud de apertura a Dios ya los demás?
- Meditar y comentar el texto de Is 7,9 citado: «Si no tomáis a Dios como apoyo, no tendréis lugar firme en que descansar».
- ¿Hemos vivido o vivimos momentos de encuentro con Dios? ¿Cuándo?

Creer cristianamente

Jesucristo, iniciador y consumidor de nuestra fe

Dios está presente en todos los seres humanos, y lo está permanentemente. Sin su presencia no podrían existir: «Les retiras tu aliento y vuelven al polvo» (Sal 104,29). «Dios... no está lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos nos movemos y existimos» (Hch 17,27-28). El Vaticano II lo recuerda: «Dios da a todos los hombres un testimonio duradero de sí mismo en las cosas creadas»(Dei Verbum 3), y en el interior de ellos mismos. La historia religiosa de la humanidad es el testimonio de la «búsqueda a tientas» que esa Presencia ha suscitado en todos los seres humanos, de las respuestas que estos le han ido dando, de las representaciones de Dios a que han llegado y de los nombres con que la han invocado.

Los cristianos, oyentes como todos los humanos de la Palabra, agraciados como todos ellos por la presencia creadora de Dios, vivimos esa condición inscritos en una tradición religiosa, nacida en el seno del judaísmo, que reconoce en Jesús el rostro de Dios, la imagen personal del Dios invisible: «A Dios no le ha visto nadie jamás; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo dio a conocer» (Jn 1,18). Aunque se inscribe en la tradición de los profetas, Jesús no es solo un profeta. No solo habla de Dios, es la Palabra de Dios hecha hombre; revela

²⁷ W. KASPER, *Introducción a la fe*. Salamanca, Sígueme, 1976, pp. 94-99. 27

²⁸ A. DULLES, a. c.,p.

²⁹ W. KASPER, *Jesús el Cristo*. Salamanca, Sígueme, 1979, p. 265.

³⁰ P.WUST, o. c.,pp. 200-201

personalmente a Dios. Es la parábola viviente de Dios. A través de su vida y sus enseñanzas nos revela a Dios, no desvelando el Misterio que es Dios; sino revelándonoslo como Misterio.

Para asegurar y discernir la rectitud de nuestras representaciones de Dios, los cristianos disponemos de un criterio seguro: mirar a Jesús, «imagen de Dios invisible», en quien reside la plenitud de la divinidad. Su voluntad de no aferrarse a su condición divina, sino de hacerse uno de tantos; su condición de «hombre para los demás», el programa del reino de Dios que anuncia y realiza en su persona, su amor hasta dar la vida, permiten sanar de raíz nuestra tendencia a imaginara Dios desde nuestra alocada pretensión de «ser como dioses».

El Dios de Jesús se revela primero en quién es Dios para Jesús: alguien para quien Dios es Dios como no lo ha sido para nadie. Jesús, «buscador de Dios» (J. A. Pagola), profundo creyente en él, que vive una experiencia radical y fundante de Dios en la que Dios le revela su condición de Hijo amado (Me 1,11) y, como tal, «iniciador y consumidor de nuestra fe».

En perfecta coherencia con su vida, las enseñanzas, en forma de parábolas, y sus obras, signos del reino, revelan a Dios como un Padre misericordioso, siempre dispuesto al perdón, que se goza del retorno del pecador y lo celebra con alegría.

La revelación de Dios en Jesús pasa por su muerte en la cruz, en la que el amor de Jesús -«No hay mayor amor que dar la vida por los amigos»; «Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el extremo»- manifiesta el amor infinito de Dios: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo», y culmina en la respuesta del Padre a la vida y la muerte de Jesús, con su resurrección y glorificación, y en el envío del Espíritu Santo, Dios hecho don para los hombres, «Dios en nosotros», como realización del designio de Dios de hacer de la humanidad la familia de sus hijos. Dios aparece de tal forma en la vida de Jesús que los discípulos resumirán la conciencia a que han llegado proclamando: «Dios es amor», y resumiendo el contenido de su fe como: «Hemos creído en el amor». Un amor que se hace efectivo en el amor servicial al prójimo, siguiendo los pasos de Jesús.

El Dios de Jesucristo, un Dios revelado bajo la forma de la debilidad

En Jesucristo, Dios aparece «en la debilidad de nuestra carne» y sometido a su radical impotencia. Jesucristo no salva a los seres humanos interviniendo como un *deus ex machina*, para liberarles, como por arte de magia, de sus males, sino asumiendo la debilidad y el sufrimiento humano hasta la muerte. De ahí que, aunque no falten en la vida de Jesús manifestaciones del poder de Dios puesto al servicio de su misericordia, y de su capacidad de perdón, el centro de esa revelación de Dios en Jesucristo no es la omnipotencia divina, sino la debilidad, la impotencia que le impone el amor: «Los hombres -escribió Bonhoeffer- van a Dios en su desgracia; los cristianos están junto a Dios en su sufrimiento».

P. Ricoeur lo formulaba con toda claridad: «Necesitamos reformular en términos de amor la concepción tradicional de la "omnipotencia divina". El único poder de Dios es el amor desarmado. Dios no tiene otro poder que el de amar»³¹. Eso hace que algunos creyentes, del temple y el talante de D. Bonhoeffer³² y de Etty Hillesum, en lugar de pedir a Dios ayuda en su sufrimiento, se vean llamados a ayudar a Dios en esa impotencia ante la expansión del mal en la que le sitúa haber elegido para su relación con el hombre el camino del amor. «Si Dios deja de ayudarme, me tocará a mí ayudar a Dios». «Voy a ayudarte, Dios mío, a no apagarte en mí. Una cosa me parece cada vez más clara; no eres tú quien puede ayudarnos, sino nosotros los que podemos ayudarte, y, haciendo esto, ayudarnos a nosotros mismos». «Dios mío... a cada latido de mi corazón me parece más claro que tú no puedes ayudarnos, sino que nos toca a nosotros ayudarte a ti, y defender hasta el final la morada en la que tú te acoges en nosotros», el «pedacito de Dios en nosotros», como lo llama en otras páginas³³.

No podemos dejar de anotar, aunque no podamos desarrollarlo en este momento, que desde esta forma original de revelación de Dios, la cuestión de la teodicea cambia de sentido. Etty Hillesum no se pregunta desde Auschwitz dónde está Dios y «evita abandonarse a la desesperada tentación de que allí no puede estar». «Impide

³¹ Citado en P. LEBEAU, «Un itinéraire spirituel européen. Etty Hillesum (Amsterdam 1941 - Auschwitz 1943)», en *Nouvelle Revue Théologique* 121 (1999), pp. 397-416.

³² «Los hombres se dirigen a Dios cuando se sienten necesitados... Los cristianos están con Dios en su pasión». «Esto es lo que distingue a los cristianos de los paga nos... El hombre está llamado a sufrir con Dios en el sufrimiento que el mundo sin Dios inflige a Dios». «Cuando uno ha renunciado a ser algo... entonces se arroja por completo en los brazos de Dios, entonces ya no nos tomamos en serio nuestros propios sufrimientos, sino los sufrimientos de Dios en el mundo, entonces velamos con Cristo en Getsemaní. Creo que esto es la fe...», *Resistencia y sumisión*, o. c., pp. 253 y 258.

³³ *Les écrits d'Etty Hillesum. Journaux et lettres*. Éd. intégrale. París, Seuil, 2008, pp. 674-681

así que Dios la abandone, porque ella se resiste a abandonar a Dios»; le hace presente en su voluntad de ayudarle³⁴.

Las distintas formas de acceso a la fe en Dios por parte de los cristianos

El camino de una persona hasta llegar a ser cristiano tiene como punto de partida la presencia de Dios en su interior. Solo ella permite descubrir la Escritura como Palabra de Dios y a Jesús en ella como el Hijo enviado del Padre, lleno de su Espíritu, que comunica a sus discípulos, formando con ellos la Iglesia. Pero el itinerario de cada persona no está fijado de antemano. Algunos pasan de la increencia a ser creyentes a partir de una experiencia fulgurante de conversión; otros llegan a serlo por el trato asiduo con Dios en el seno de una comunidad, en una sencilla oración personal, la celebración de los sacramentos y la práctica de la caridad en la vida diaria. Como observa Romano Guardini, hay creyentes que se encuentren primero con Cristo, a través del Evangelio o del testimonio de discípulos suyos, y que por él, dejándose seducir por su figura, llegan al Padre. Otros pueden haber iniciado el camino hacia la fe por el contacto con la Iglesia o con algunos testigos en su interior, y que ella los haya conducido a Cristo. Y no faltan quienes se han encontrado primero con el Dios que llevan en su interior y que tantas señales de sí ha dejado en el mundo y la historia³⁵. En todo caso, para que un creyente pueda identificarse y pueda ser identificado como cristiano, su itinerario hacia Dios, su encuentro con él, terminará expresándose en los términos que constituyen lo esencial del mensaje cristiano.

El «contenido» de la fe cristiana

Sin algún contenido expresable en relatos, en imágenes, en conceptos, en palabras, el acto de creer dirigido al Misterio de Dios se perdería en el vacío. La raíz del creer está sin duda en la relación personal que hemos intentado describir. Santo Tomás de Aquino lo dijo ya en una fórmula precisa: «Lo que aparece como principal y en cierto modo con valor de fin en cada acto de fe es la persona a cuya palabra se presta la propia adhesión»³⁶. «El acto de fe -dice en otro lugar- no se dirige a los enunciados, sino a la realidad [rem] a la que remiten»³⁷. Pero, para que esa adhesión sea efectiva, necesita que el sujeto se diga a sí mismo y pueda formular, de una u otra forma, quién es aquel con quien se ha encontrado; o, dicho de forma figurada, acepte lo que le dice aquel a quien asiente. No es posible ofrecer aquí ni siquiera un resumen de la compleja cuestión del contenido de la fe. Pero tampoco puede eludirse alguna alusión a ella si se quiere precisar la descripción del acto de creer. Dicho en términos escolares: no es posible describir la *fides qua*, el acto de fe o la fe con que creemos, sin alguna referencia a la *fides quae*, la fe que creemos o el contenido de la fe³⁸.

Si nos atenemos a la concepción tradicional, y renovada en el Vaticano II, de la revelación como auto manifestación del Misterio de Dios y de su designio salvífico, el contenido de la revelación no es otro que la presencia de Dios a la que el creyente consiente. Ser creyente cristianamente es entonces acoger la revelación de Dios, la revelación que es Dios, comunicándose personalmente a los hombres en Jesucristo y comunicándonos en él su Espíritu. A esta realidad apuntan todas las fórmulas de la fe. Estas remiten verdaderamente al Misterio de Dios, pero sin captarlo en su formulación, remitiendo, más allá de ellas mismas, a la realidad misteriosa de Dios.

Las fórmulas de la fe de Israel no consisten en formulaciones abstractas, doctrinales, sobre Dios. Son relatos que expresan la confesión de la fe de Israel en la presencia y la acción salvífica de Dios en la historia del pueblo: «Yo soy -pone Moisés en labios de Yahvé- el Señor, tu Dios; yo te he sacado de Egipto» (Dt 5,6; 6,21). «Mi padre, era un arameo errante...», comienza otra confesión histórica de la fe de Israel.

Tampoco el mensaje de Jesús consiste en fórmulas doctrinales. Es la buena nueva de la llegada inminente del reino de Dios, que trae la salvación para el pueblo. Ya en la vida de Jesús, esa llegada está ligada a su persona. Después de la Pascua, los discípulos hacen de la resurrección de Jesús por el Espíritu de Dios el contenido del mensaje con el que llaman a sus oyentes a la respuesta de la fe. Así, el contenido de la fe en el Nuevo Testamento no son fórmulas abstractas relativas a Dios o a Jesucristo, sino confesiones de su fe en Jesucristo, el Señor, resucitado por Dios, en quien Dios ha querido salvar a los hombres. Buen ejemplo de ello es la confesión

³⁴ W. TOMMASI, *Etty Hillesum. La inteligencia del corazón*. Madrid, Narcea, 2003, p. 117. Con una hermosa introducción de Felisa Elizondo

³⁵ Vom Leben des Glaubens (ed. francesa: *Vie de la foi*. París, Cerf, 1958, p. 17).

³⁶ *Summa theologiae* II-II, q. 11, a. 1.

³⁷ *Ibid.*, q. 1, a. 2, ad 2.

³⁸ *Aliud sunt ea quae creduntur, aliud fides qua creduntur*: «Una cosa son las cosas que se creen, otra la fe por la que se cree» (SAN AGUSTÍN, *De Trinitate* 13,2, 5).

contenida en 1 Cor 15:«... que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce». Solo en las cartas pastorales comienza a hablarse de afirmaciones, de «segura doctrina» digna de aceptación, de«hermosa doctrina», que deben ser aceptadas y seguidas (1 Tim 1,15; 4,9). Aun así, la carta de Santiago previene contra el peligro de reducir la fe a la afirmación de una verdad, aunque sea tan central como la relativa a la unicidad de Dios (2,17-19)³⁹.

La Escritura se refiere, pues, a un contenido de la fe, pero su núcleo es la confesión de la acción salvífica de Dios operada en la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Los primeros concilios mantienen el carácter confesional del contenido de la fe, expresando, por tanto, su referencia inmediata Dios y a la acogida de ese Dios por el creyente. De hecho, los primeros credos no constituyen un catálogo de verdades que hay que aceptar, sino «símbolos», «breviarios de la fe»,«profesiones de fe», «confesiones de fe», «expresiones del acto mismo de fe», «que apuntan hacia Dios mismo, en respuesta a su llamada y a su don», y que constituyen un «compromiso personal y público, un lazo de comunión entre todos los creyentes»⁴⁰. Todas estas expresiones formulan equilibradamente a la vez la centralidad de la adhesión a Dios en Cristo como corazón del acto de creer y la necesidad de expresar en palabras la realidad a la que se refiere la adhesión y la adhesión misma. Pero subrayando que la expresión no constituye una verdad que se convierta en término de la adhesión, sino la confesión de la adhesión ala persona a la que la adhesión se presta. «Poseyendo -dice san Pablo- ese mismo espíritu de la fe el que está escrito: "Creí, por eso hablé" [Sal 116,10], también nosotros creemos y por eso hablamos» (2 Cor 4,13). «La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón; se trata de la palabra de la fe que predicamos: si profesas con tus labios que Jesús es Señor y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, serás salvado» (Rom 10,8-10).

En los Concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381) se decía «nosotros creemos» o«nosotros confesamos»; en Calcedonia (451) y en los posteriores se dice: «nosotros enseñamos que se debe confesar»⁴¹. «Con esto, la confesión histórico-salvífica se convierte en la doctrina ortodoxa; la fórmula confesional, en fórmula dogmática». Esta tendencia se prolonga en la ulterior historia de los dogmas, y el contenido unitario de la fe se desarrolla en sus aspectos particulares, en sus implicaciones y conclusiones, dando lugar a la introducción, junto al contenido de la fe, de las explicaciones teológicas ortodoxas, propuestas contra las explicaciones heréticas. Este proceso es considerado por W. Kasper «una verdadera amenaza para la fe», cuyo contenido va convirtiéndose cada vez más «en la multitud de sus artículos». El peligro consiste en que «la fe, en sí algo vivo, se habría convertido en un sistema cerrado de dogmas, de enunciados», todos ellos respaldados por la misma autoridad de Dios y de la Iglesia, sin tener en cuenta el lugar central o periférico de esas «"verdades» en relación con el contenido nuclear de la buena nueva cristiana. A este peligro se añade la ocasión que ese hecho presta a que el acto de creer se reduzca a la afirmación de esas verdades, con las consecuencias negativas para le fe que eso comporta. Para responder a esos peligros se propone en la actualidad comprender lo que es periférico en la confesión de fe a partir de lo que es central, siguiendo la advertencia del Decreto sobre el ecumenismo sobre «el orden o jerarquía en las verdades de la doctrina católica», y se buscan «formulaciones abreviadas» que ofrezcan ese núcleo de la confesión de fe cristiana de forma resumida a la vez que omnicomprendiva, tal como la confesión de que«Dios en Jesucristo ofrece salvación y esperanza para todos los seres humanos». Porque, «quien sostenga y confiese que Dios en Jesucristo es salvación, esperanza y paz para todos los hombres, y quien se comprometa con esto a hacerse signo de esperanza y paz para todos los demás... cree y confiesa toda la fe, porque esta fe no es una suma de enunciados, sino la totalidad de una figura, Jesús el Cristo»⁴².

Dimensión eclesial de la fe cristiana

En todos los símbolos de la fe cristiana, después de confesar que creemos en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu Santo, Señor y fuente de vida, confesamos creer en la Iglesia. La expresión no significa que la Iglesia sea, como Dios, término de la actitud creyente. La fe, teologal en su término, es eclesial en su forma de realización. Es la misma Madre Iglesia la que cree, decían los antiguos⁴³. «Llevando y sosteniendo mi fe personal está la fe de la Iglesia».

³⁹ CF. W. KASPER, *Introducción a la fe*, o. c., pp. 109-130.

⁴⁰ CF. H. DE LUBAC, *La foi chrétienne. Essai sur la structure du Symbole des Apotres*, París, Aubier, 1969, esp. pp. 311-347. Todos los entrecomillados pertenecen a esas páginas.

⁴¹ W. KASPER, *Introducción a la fe*, o. c., pp. 116-117.

⁴² Para toda la cuestión, cf. W. KASPER, «El contenido de la fe», en *Introducción a la fe*, o. c., pp.110-130, de donde están tomados todos los entrecomillados. El tema aparece más desarrollado en la obra del mismo autor *Dogme et Évangile*. París, Cerf, 22.010, esp. pp. 44-49.

⁴³ H. DE LUBAC, *La foi chrétienne*, o. c., p. 186.

La reflexión cristiana ha mostrado a lo largo de la historia que la Iglesia no es un accidente surgido por influencias extrínsecas en el conjunto del «sistema» cristiano. No es posible detenerse en el tema en un texto orientado fundamentalmente hacia la realización del ser creyente. Baste anotar que la dimensión eclesial del cristianismo tiene su fundamento y su raíz en el mismo acontecimiento del que este surge: la donación a los hombres del Espíritu de Dios en la muerte y la resurrección de Jesucristo. El carácter personal de la revelación de Dios en Cristo requiere la continuidad de los testigos para que esa revelación se haga presente a lo largo de la historia. A la ley cristiana de la encarnación, que rige la revelación en Jesucristo, corresponde la ley cristiana de la sacramentalidad histórica, que exige la presencia de la Iglesia. Porque, para que la persona irrepetiblemente encarnada de Jesucristo pueda ser aceptada por los hombres de todos los tiempos y lugares, para los cuales existe, se requiere que se haga sacramentalmente presente en la comunidad ininterrumpida de los testigos de su resurrección, animados por su Espíritu, que constituye la Iglesia⁴⁴.

- ¿Quién es Jesucristo para nosotros? ¿Qué hechos de su vida, qué rasgos de su persona, cuál de sus enseñanzas nos resulta más importante, más atractiva o más difícil de aceptar? ¿Qué significa para nosotros creer en Jesucristo? ¿Tenemos introducido el seguimiento de Jesús en nuestra fe en él? ¿Cómo entendemos y aceptamos la muerte de Jesús en la cruz?
- Comentar los encuentros del Resucitado con los discípulos. ¿Cómo nos hemos encontrado con él?
- ¿Qué es el credo para nosotros: un resumen de teología, un conjunto de verdades? ¿Podemos orar con él? ¿Por qué?
- ¿Cómo entendemos: «Creo en la Iglesia»?

El ejercicio del ser creyente

La fe tiene vocación de experiencia

Comprendida la fe como «creer que» referido a verdades reveladas, la experiencia de Dios y de la fe en él era considerada un camino alternativo al de la fe, reservado a sujetos agraciados con alguna forma de visión de Dios. Así se entendían literalmente las palabras del Resucitado a Tomás: «Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin ver crean», atribuyendo la primera condición, la de los que verían, a las grandes figuras del Antiguo Testamento: Abrahán, Moisés, los profetas; a los primeros discípulos y los grandes místicos; y la segunda, la de los que «solo» podrían creer, al común de los creyentes. Hoy sabemos que tal lectura no hace justicia al texto. Primero, porque «a Dios no le ha visto nadie jamás» (Jn 1,18), y, como escribió ya san Juan de la Cruz: «María Magdalena y los discípulos no vieron al Señor y por eso creyeron, sino que creyeron y por eso vieron»⁴⁵. Y, en segundo lugar, porque, como hemos visto anteriormente, solo una concepción distorsionada de la fe puede reducirla a «creer lo que no vimos»; mientras que, entendida como adhesión y reconocimiento personal del Dios que se nos autorrevela, solo puede realizarse como un largo proceso de experiencias. Desde esta visión de la fe, los teólogos de nuestro tiempo coinciden en afirmar: «La fe tiene vocación de experiencia»⁴⁶; «la fe necesita experiencia»⁴⁷.

Dejamos aquí de lado la experiencia de la fe en el sentido objetivo del genitivo, es decir, la experiencia que tiene a la fe por objeto⁴⁸, para referirnos exclusivamente a la experiencia que es la fe, entendida como actitud fundamental por la que el sujeto, convocado, interpelado por la presencia del Dios que se le revela, la acoge en un acto de trascendimiento de sí mismo y de confianza incondicional, en la que «se confía» a ella. La puesta en ejercicio de esta actitud fundamental, el acto de creer, no es un acto particular, categorial -si cabe hablar así-, que se añada al resto de los actos de la vida de la persona. Es una opción fundamental que afecta al conjunto de la persona, es «un acto del hombre todo»; un acto de obediencia por medio del cual «se confía total y libremente a Dios» (DV 5). Un acto, dirá Kierkegaard, por el que «al querer ser sí mismo, el yo se apoya de una manera lúcida en el poder que lo ha creado», «en el Poder que lo fundamenta»⁴⁹. Por eso no es exagerado decir que ser creyente comporta, por parte del hombre, una forma nueva de ejercicio de la existencia, que pasa de existir desde sí

⁴⁴ Cf. R. BLÁZQUEZ, «Dimensión eclesial de la identidad cristiana», en *Jesús sí, la Iglesia también*. Salamanca, Sígueme, 1983, pp. 291-297.

⁴⁵ 3 *Subida* 31, 8.

⁴⁶ H. DE LUBAC, Prólogo a A.RAVIER (ed.), *La mystique et les mystiques*. París, DDB, 1964, p. 2.

⁴⁷ G.LOHFINK, *Glaube braucht Erfahrung*. Würzburg, Echter, 1977

⁴⁸ A ella me he referido brevemente en *El fenómeno místico. Estudio comparado*. Madrid, Trotta, 32009, pp. 284-287.

⁴⁹ La enfermedad mortal, o. c., p. 49.

mismo como origen y fundamento de la propia vida, a existir desde Dios, aceptado como raíz, origen y meta de su ser. Por eso el cristianismo se refiere al creer como «un nuevo nacimiento» (Jn 3,3-8). Y afirma que la fe genera un «hombre nuevo» (Ef 2,15; 4,24); que el creyente ha comenzado a ser en Cristo «una nueva criatura» (2 Cor 5,17).

Esta nueva forma de existencia permite caminar en «una vida nueva» (Rom 5,4) que comporta «la conversión de la mirada» que purifica la pupila del alma, «lo que hay en el hombre demás divino» y la «conversión del corazón», una expresión con la que san Bernardo define la fe, que expresa la sanación de la voluntad y del deseo liberados para su orientación al Bien sumo, y la de la libertad que se eleva del libre albedrío, de la capacidad de elegir y de la autodeterminación y el dominio de sí mismo a la «aspiración a la gracia», «en la que consiste la verdadera libertad»⁵⁰.

Una actitud así necesita para hacerse realidad, para permanecer en el curso de la vida de la persona y para animar esa Vida en todas sus etapas, ejercitarse, traducirse en actos, encarnarse en la práctica. No se trata, naturalmente, de la repetición de aquellas fórmulas estereotipadas de «actos de fe, esperanza y caridad» de los devocionarios de otros tiempos, que al repetirse un tanto rutinariamente corrían el peligro de suplir, más que realizar, la actitud creyente. Se trata de actitudes y actos de la vida cristiana inmediatamente arraigados en la actitud teologal y que la activan en sus múltiples dimensiones.

La oración, puesta en ejercicio de la fe

La primera actualización de la fe es la oración⁵¹. A partir de la expresión de santo Tomas: *Oratio est religionis actus*, que de suyo significa solo que la oración es acto de la virtud de religión, otros autores han utilizado la expresión dando a *actus* el sentido fuerte de la palabra en la filosofía aristotélico-tomista, para expresar que la oración es la puesta en acto, el ejercicio, la realización primera de la religión y, en el caso cristiano, de la fe. Hemos insistido en que ser creyente, ejercitar la actitud teologal, constituye una nueva forma de ejercicio de la existencia que afecta a todas las dimensiones de su persona y transforma su ejercicio. El sujeto de la actitud teologal, hemos dicho, es el hombre todo, el hombre en su más profundo centro. Por eso a Dios solo se le ama, en él solo se confía, «con todo el corazón, con toda el alma, con todo el ser, con todas las fuerzas». El ejercicio de la actitud teologal genera como primer nivel de su realización una peculiar forma de vivir que da lugar a la actitud orante. En ella comienza el hombre a vivir la toma de conciencia de esa misteriosa Presencia que lo habita y su decisión de responder a ella. Puede describirse, en hermosa fórmula de san Juan de la Cruz, como «advertencia amorosa de Dios» presente, y consiste fundamentalmente en poner la persona, vivir la vida toda *coram Deo*, en la presencia de Dios.

Es, como puede verse, ejercitar ese «heme aquí», primer paso de la respuesta creyente, dirigido a la Presencia que le precede, le llama y reclama la respuesta de su adhesión. Romano Guardini la ha llamado hermosamente «esa íntima apertura indefensa que se llama orar». La actitud orante sitúa además a la persona a la luz de la verdad y envuelve su vida en un clima de confianza, porque le revela su finitud radical, a contraluz de la grandeza divina; le permite descubrir su condición pecadora, sin capacidad de salvarse a sí mismo, pero le revela al mismo tiempo la dignidad de su vocación, la profundidad de su ser, el horizonte infinito al que están abiertas sus posibilidades. Por eso tantas veces la presencia de Dios es interpretada por el hombre en oración como la luz imprescindible para caminar por la vida. A esta luz, la vida del hombre, cualesquiera que sean sus circunstancias, le aparece como don, fruto de una iniciativa amorosa que ilumina su origen y que debe hacer suyo en la «aceptación de sí mismo». Una aceptación que no engendra fatalismo, porque la confianza de la que parte constituye la mejor plataforma para la lucha por transformar el mal con el que se enfrenta en su vida.

A la luz de la Presencia, la actitud orante transfigura la vida del sujeto y el mundo en el que vive, y esa transfiguración se refleja después en las diferentes formas de oración en que se difracta la actitud orante ejercitada en las diferentes circunstancias de la vida y en los actos de oración que cada una de esas formas origina.

Aun siendo claro que la oración es «puesta en acto de la fe», esto no significa que la relación entre ambas suponga siempre la existencia previa de la fe ya realizada como condición para la práctica de la oración. En el Nuevo Testamento no faltan oraciones dirigidas justamente a la mejora y la profundización de la fe: «Señor, yo creo; pero ven en ayuda de mi incredulidad» (Me 9,24); por otra parte, existen no pocos hechos que autorizan lo que algunos comprenden bajo la rúbrica de «oración de los que no creen»⁵². Porque, en realidad, fe y oración están estrechamente relacionadas; la fe no puede vivir sin la oración, pero esta, a su vez, no puede acontecer sin

⁵⁰ Como afirma, tras san Agustín y santo Tomas, M. de Unamuno, *Diario íntimo*. Madrid, Alianza, 1970, p. 13.

⁵¹ Para esta cuestión me permito remitir a *Orar para vivir*. Madrid, PPC, 2009, pp. 17-23.)

⁵² *Ibid.*, pp. 42-45. Ya antes de su conversión, Charles de Foucauld oraba: «Dios mío, si existes, haced que os conozca».

la fe. Kierkegaard lo expresó en una fórmula muy feliz: «La fe es madre de la oración; pero hay ocasiones en las que las hijas tienen que alimentar a sus madres»⁵³.

Las múltiples formas de oración no son, finalmente, otra cosa que la difracción, según el contenido, el sujeto, el método y las circunstancias de la vida, de la actitud orante presente en todas ellas. Pero ninguna de ellas, ni la suma de todas, agota la vida de la oración. En todas se encarna esa disposición fundamental que hemos descrito como actitud orante.

Cuando el creyente pasa por una situación de necesidad, su forma de orar es pedir auxilio en la oración de petición⁵⁴; cuando vive el valor y el gozo de la vida, prorrumpe en acción de gracias y en oración de alabanza; cuando se ve sacudido por la prueba, convierte en oración la pregunta, el lamento y la queja⁵⁵. La oración asidua del creyente le conduce a veces a esa forma eminente de oración que es la contemplación, en la que la fe ilustrada con los dones del Espíritu le permite vivir la experiencia mística que culmina en la experiencia de la unión con Dios por «contacto amoroso» con él⁵⁶.

La actualización de la fe por la práctica del amor

A ella se refiere explícitamente san Pablo en la carta a los Gálatas, donde declara que lo que vale en Cristo es «la fe que se realiza por el amor» (5,6). A esta realización de la actitud teologal por la práctica del amor remiten permanentemente los textos de san Juan: «Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4,8). Este aspecto de la realización de la actitud creyente encuentra un eco intenso en los cristianos de nuestro tiempo, debido a la agudización de la conciencia del escándalo que supone la pobreza en el mundo actual. Este hecho, para muchos cristianos actuales, forma parte de la situación religiosa de nuestro tiempo, y la existencia de los pobres.

Me he referido a la oración de petición en «La cuestión de la oración: modesta apología de la oración de petición», en *Repensar a teología, recuperar o cristianismo. Homenaje al Profesor* ha pasado a formar parte para muchos de ellos de la misma dimensión teologal de la vida cristiana, que afecta a la comprensión de Dios y su proyecto sobre el mundo y a la comprensión del mensaje, de la vida y la persona de Jesús. De ahí que la relación con el pobre, bajo la forma de opción preferencial por él, haya pasado a formar parte del núcleo mismo del ser cristiano, como parte de la realización del hecho de creer en el Dios revelado en Jesucristo y de la pertenencia a la Iglesia, reconocida como Iglesia de los pobres. De ahí también la progresiva incorporación de los pobres y la opción por ellos a la realización de la comprensión de la espiritualidad cristiana, la actitud teologal y la experiencia de Dios⁵⁷. Porque, condicionada por circunstancias económicas, sociales y políticas, la nueva conciencia cristiana en relación con la pobreza ha redescubierto la visión bíblica de los profetas, y como ellos ha introducido la respuesta a la injusticia que esa pobreza exige, y la lucha contra ella, en el centro mismo de la relación con Dios: «Defendía la causa del humilde y del pobre, y todo le iba bien. Eso es lo que significa conocerme», exclama Jeremías como «oráculo del Señor» (Jr 22,16; cf. Is 58).

Las razones de esta incorporación de la actitud para con los pobres a la realización de la actitud teologal son muchas y están arraigadas en la estructura misma de la actitud teologal cristiana. La más obvia sin duda es que la comprensión cristiana de Dios como amor hace que su conocimiento se haga realidad en el acto de amor que tiene su destinatario inmediato en el prójimo: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos» (1 Jn 3,14). Por otra parte, los cristianos descubrimos la presencia de Dios en Cristo, sacramento de nuestro encuentro con él, y Jesús aparece como enviado para «anunciar la buena noticia a los pobres», identificándose con ellos y ligando el encuentro con él a la atención a los más pequeños: «Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis», «porque tuve hambre y me disteis de comer» (Mt 25,35-40). Por eso, la referencia al amor al prójimo y al servicio a los pobres ha sido considerado siempre el criterio por excelencia de una actitud auténticamente cristiana y de toda experiencia de Dios.

Desde esa visión creyente de los pobres, la relación con ellos deja de ser la sola práctica de la misericordia, parte de la moral cristiana que se sigue del cumplimiento de los preceptos, y adquiere una dimensión teologal.

⁵³ *Diarios XIII* 531, en *Journal IV*. París, Gallimard, 1954-1963, pp. 145-146.

⁵⁴ Me he referido a la oración de petición en «La cuestión de la oración de petición», en *Repensar a teología, recuperar o cristianismo. Homenaje al Profesor Andrés Torres Queiruga*. Vigo, Galaxia, 2012

⁵⁵ Para todas estas formas de oración me permito remitir a *Orar para vivir*, o. c.

⁵⁶ Desarrollo de la cuestión en *El fenómeno místico*, o. c., esp. pp. 359-386.

⁵⁷ Cf. el texto resumen de G. GUTIÉRREZ, «Poverty as a theological challenge», en *Mediations in Theology*. Lovaina, Peeters, 2003, pp. 173-182; también J. Lois, «Experiencia de Dios, encuentro con el pobre y compromiso por la justicia», en INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *¿Dónde está Dios?* Estella, Verbo Divino, 1998, pp. 113-137.

Así, la relación con los pobres pasa a formar parte de la realización efectiva de la experiencia de la fe como el medio por excelencia de la puesta en ejercicio de la actitud creyente.

- ¿Cómo ejercitamos nuestra condición de ser creyentes?
- ¿Cómo vivimos la experiencia de la fe?
- Intentemos dar un sentido a las palabras de san Pablo: «Vivo en la fe del Hijo de Dios»; «el justo vive de la fe».
- Pongamos en común qué relación tiene para nosotros la oración con la fe, y cuál es nuestra experiencia de la oración
- ¿Cómo vivimos nuestra fe cristiana en relación con el amor al prójimo?

Las tres dimensiones de la actitud teologal

Aunque «fe» sea tomada como sinónimo de «actitud teologal», esta comporta aspectos a los que solo se hace justicia introduciendo en ella la caridad y la esperanza como dimensiones constitutivas. A ellas y a su relación con la fe me refiero a continuación como los tres aspectos constitutivos del ser creyente.

«Hemos creído en el amor que Dios nos tiene» (1Jn 4,16)

Ya hemos anotado cómo los muchos intentos actuales por expresar en una fórmula breve y condensada el contenido de la fe cristiana recurren a la revelación del amor de Dios en Jesucristo como su mejor resumen. H. U. von Balthasar lo ha hecho con particular insistencia: «La fe es, ante todo, creer que existe un amor absoluto»⁵⁸; «Solo el amor es digno de fe»⁵⁹.

Curiosamente, la familiarización de los cristianos con los muchos lugares de la Escritura en que se basa esa convicción nos ha llevado a dar por supuesto que el amor de Dios a los hombres es algo «natural», y a pasar por alto la originalidad que supone la constante afirmación cristiana de ese hecho.

Es verdad que la presencia de lo divino bajo las más diferentes formas es constante y prácticamente universal en todas las culturas de la humanidad, y que lo es igualmente la afirmación de una cierta relación del hombre con la realidad superior y anterior a él a la que se refiere lo divino. Pero también es un hecho que la representación de esa relación es enormemente diferente, y que son raras las religiones que recurren al amor de Dios o de los dioses hacia los hombres para expresarla.

Así, en las religiones mesopotámicas -para referirnos al medio en que nace la religión bíblica-, en el poema Inuma ilu awilum, en el que esa tradición condensó su reflexión sobre el hombre, los dioses superiores: Anu, Enlil, Enki, crean a los seres humanos para que sustituyan a los dioses de rango inferior, que desarrollaban las pesadas tareas del cultivo de la tierra, y que, cansados de sus ingratos trabajos, se sublevan contra los dioses superiores, originando la primera huelga de la historia. Tras la creación de los humanos, y para evitar su tendencia a la desmesura, los dioses impusieron a los seres humanos límites muy precisos en lo relativo a su reproducción y a la duración de su vida⁶⁰.

Ya en el Antiguo Testamento aparece, en contraposición con esas formas de entender la relación de los dioses con los hombres, la afirmación clara del amor de Dios hacia su pueblo y hacia figuras importantes de su historia: «Con amor eterno te he amado», escucha Jeremías a su Dios(31,3).

Cuando Pablo comienza a anunciar el mensaje cristiano en Atenas, se encuentra con hombres «extremadamente religiosos», que reconocían entre sus dioses incluso a un dios desconocido, y que consideraban a los seres humanos «de su linaje». Pero a los griegos paganos neos les pasaba por la mente el que esos dioses se interesasen por los humanos y que estos pudieran considerarse objeto de su amor. A lo más cuidaban del orden del cosmos. Es más, los dioses de los griegos se mostraban celosos de la felicidad de los

⁵⁸ «Solamente se puede creer en el amor», en *Hacia una teología de la fe*, o. c., p. 141.

⁵⁹ *Glaubhaft ist nur Liebe*. Einsiedeln, Johannes Verlag, 1965 (ed. española: *Solo el amor es digno de fe*. Salamanca, Sígueme, 1971).

⁶⁰ J. GARCÍA RECIO, «Anotaciones a la antropología de Inūma Ilu Awilum», en *Ilu* (1995), pp. 77-95.

hombres, y por eso los sabios les recomiendan a estos que no se muestren orgullosos de su felicidad, porque los dioses les perseguirán con su venganza⁶¹.

Tampoco la filosofía, que había desarrollado una cierta teología desde sus primeros pasos⁶², y que la desarrolló notablemente con Platón y Aristóteles, había llegado a una concepción de la divinidad que permitiese atribuir al ser supremo el cuidado y menos el amor hacia los hombres. Aristóteles, por ejemplo, llega en su metafísica a la afirmación de una primera sustancia, pensamiento del pensamiento, y afirma expresamente que «Dios es un dirigente eterno nobilísimo, de suerte que Dios tiene vida y duración continua y eterna; pues Dios es esto»⁶³. Ese Dios puede atraer a los seres humanos por el amor hacia sí, pero en modo alguno puede tener la debilidad de amarlos a ellos: «Nada se parece menos al Dios amor de los cristianos que el Dios amable de Aristóteles», ha resumido un especialista en su filosofía⁶⁴.

Por eso ha podido afirmarse, con un vigor que requeriría algunas matizaciones, que con la predicación del cristianismo se ha producido «la revolución más considerable de la historia: el hombre ha creído que Dios le amaba»⁶⁵. De ahí la impresión de novedad absoluta que presenta el cristianismo, la buena nueva que constituye la predicación de Pablo y el eco que suscita en sus oyentes. La novedad del cristianismo es ciertamente Jesucristo: *Omnem novitatem attulit semetipsum afferens*, Jesucristo «trajo consigo mismo toda la novedad», afirmaba san Ireneo. Y Jesucristo en cuanto revelación del amor de Dios a los hombres. Hablando de Cristo, la carta a Tito escribe: «Apareció la bondad y el amor de Dios a los hombres» (3,4). Un hecho así no era imaginable por el hombre. La idea del amor de Dios a cada ser humano no podía surgir en la mente de estos. Ha tenido que ser comunicada a los hombres y solo ha podido ser recibida gracias a la fe. Ese es el contenido central de la buena nueva del cristianismo, y solo eso explica su extensión y su historia llena de testigos asombrosos de esa verdad o, mejor, de ese hecho.

El Nuevo Testamento está lleno de expresiones de ese anuncio: «¡Mirad qué amor nos tiene el Padre!» (1 Jn 3,11); «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). Probablemente, nada necesitamos hoy día tanto los cristianos tibios instalados en un cristianismo solo de tradición como rehacer la escucha de esa buena nueva inaudita; recobrar la condición de su novedad y sacar todas las consecuencias que se siguen de ahí para nuestra vida. Probablemente nada nos ayudará tanto a la conversión como «creer esa buena nueva».

Anotemos tan solo dos precisiones al hecho insondable e inagotable para nosotros al que se refieren esas afirmaciones. El amor de Dios así anunciado no es la afirmación de una verdad; es la constatación de un hecho revelado en Jesucristo, y que culmina en la entrega que Jesús hace de su vida por nosotros, precisamente cuando nosotros éramos todavía pecadores, y para sacarnos de esa situación: «Dios acredita su amor para con nosotros en que, siendo pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8). H. U. von Balthasar ha subrayado que el amor de Cristo que revela para nosotros el amor de Dios no es tan solo un ejemplo que nosotros debemos imitar. Es el «lugar» en el que ese amor de Dios irrumpe como amor absoluto: «Amor hasta el final»; «no hay mayor amor...». Y amor por nosotros «cuando éramos todavía pecadores» que nos libera de nuestros pecados y hace posible nuestro amor hacia él.

Conviene además poner de relieve que la única respuesta a este hecho absolutamente nuevo no puede ser otra que la aceptación agradecida, la obediencia rendida que es la fe: «Creer en el amor», donde la aceptación, la fe, se torna amor, porque al amor solo se responde correspondiendo con el pobre amor humano que suscita en nosotros el amor infinito de Dios. Un amor que ha de atreverse a dirigirse al Padre, fuente originaria del amor, por Jesucristo, en quien ese amor se acredita, y que la presencia del Espíritu hace posible en nosotros: «Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,5); y que solo se hace efectivo en el amor a los hermanos (1 Jn 4,7-16).

No es posible detenerse aquí en las consecuencias asombrosas que el descubrimiento de este núcleo del ser cristiano tiene sobre el conjunto del cristianismo. A algunas hemos aludido más arriba. Dios, frente a la forma más frecuente que su presencia ha adquirido en la historia de las religiones, la del poder omnipotente -un poder que generalmente el hombre tiende a pensar como puesto a su servicio-, en Jesucristo se revela en la impotencia del amor, la forma de relación más íntima y más entrañable, pero también la más vulnerable y que no tiene otra respuesta posible que la siempre libre del amor.

⁶¹ A.-J. FESTUGIÉRE, «Du christianisme», en *L'enfant d'Agrigente*. Nueva ed. París, Cerf, 2006, pp.231-243.

⁶² W. JAEGER, *La teología de los primeros filósofos griegos*. México, Siglo XXI, 1952.

⁶³ *Metafísica* XII, 7,1074

⁶⁴ P. AUBENQUE, «Aristóteles», en *La filosofía griega*. México, Siglo XXI, 1972, p.214.

⁶⁵ 65 A.-J. FESTUGIÉRE, a. c., p. 231.

No deja de ser curioso que una teología más pendiente de sus expresiones de la filosofía griega que de la revelación bíblica haya pensado a Dios fundamentalmente desde la categoría del ser, dando lugar a la llamada «ontoteología», que introducía la relación con Dios principalmente en el terreno del pensamiento e incluía a Dios en la totalidad de lo real definida por la razón humana, sacrificando así su absoluta trascendencia. ¿Qué habría sucedido, que seguiría sucediendo si, empalmando con las fuentes bíblicas y lo mejor de la tradición cristiana, lo hubiéramos pensado y lo pensásemos ahora desde la vivencia de la relación con él en el ordo amoris, la dimensión del amor, que es el nivel más profundo y más valioso del ser humano y que por eso es el reflejo más fiel de la presencia en nosotros de Dios?

«Permanezcamos firmes en la esperanza» (Heb 10,23)

Ser creyente no se reduce a tener fe. La nueva existencia que comporta incluye también, como una nueva dimensión de la vida que genera, vivir con esperanza. A los no creyentes, los paganos en contraposición a los cristianos, san Pablo los identifica como «los que no tienen esperanza» (1 Tes 4,13). Por eso son muchos los textos del Nuevo Testamento que se refieren con uno u otro nombre a la misma actitud. Basta el más sencillo análisis de lo que comporta creer para percibir el fundamento de la relación que une la fe y la esperanza. La fe inscribe la vida de quien la vive en un nuevo horizonte. A la pregunta de María: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?», responde el ángel remitiéndola a su pariente Isabel, mujer estéril que ha concebido un hijo, «porque para Dios nada hay imposible». Y los sinópticos dirán más tarde, refiriéndose a la fe: «Todo es posible para el que cree» (Mc 9,23). La fe introduce la vida humana en un nuevo horizonte vital: el que le abre el Dios en el que cree. Antes de creer, el horizonte de su vida está limitado por las posibilidades con las que cuenta su vida, todas ellas limitadas por la finitud humana, un horizonte clausurado en definitiva por la muerte, límite de todas las posibilidades del hombre. La fe, al abrir la vida humana al horizonte divino, le permite superar el límite de la muerte, introduciendo a esta en el horizonte de la vida de Dios, de la vida eterna. El evangelio de Juan lo afirma constantemente: «El que cree en mí tiene vida eterna»; «el que cree, aunque haya muerto, vivirá». Y es bien sabido que «vida eterna», que incluye vida para siempre, más allá de la muerte, no se reduce a ello, porque el hecho de abrir el horizonte más allá de la muerte transforma la vida humana en el más acá. Lo mismo que la muerte extiende su sombra alargada sobre el conjunto de la vida, convirtiéndola en vida mortal, así el nuevo horizonte abierto por la fe transforma la vida ya desde ahora al dotarle de esperanza.

La relación entre fe y esperanza es tan estrecha que puede decirse que la fe funda la esperanza, pero también puede decirse que la esperanza es supuesto de la fe, porque solo se cree en alguien si se confía en él, si se pone en él la esperanza. En realidad, pues, fe y esperanza son dos caras de la misma actitud. La fe permite al hombre hallar el fundamento de la propia vida al acogerla Presencia de la que surge. La esperanza ofrece la seguridad de una meta para el anhelo que constituye su vida. Permite al hombre responder a la pregunta: «¿Qué me cabe esperar?». Quien profesa al comienzo del símbolo de la fe: «Creo en Dios Padre, creador...», puede terminar confesando: «Espero la resurrección de los muertos y la vida eterna». «La esperanza en la vida eterna -decía Karl Barth- es corolario de la fe en Dios». «Creer en el Dios Padre, creador... y Señor de la naturaleza, de la historia y de cada vida personal es, en su centro mismo, vivir en la esperanza y de la esperanza. La esperanza, que es la certeza difícil, profundamente dichosa, de que lo mejor tendrá y tiene ya ahora, aunque sea secretamente, la última palabra»⁶⁶.

La esperanza no es simplemente la convicción de que algo va a salir bien, sino la convicción cierta y oscura de que ese algo, incluso si sale mal -y, por tanto, todo- tiene sentido. Por eso, como la fe, la esperanza cristiana tiene su centro y Su fundamento en Jesucristo, hasta el punto de que se puede afirmar: «Cristo es nuestra esperanza» (1 Tim 1,1). Porque Jesucristo, su resurrección, es la «prueba» ya realizada de ese futuro al que aspira la esperanza. No simplemente como el modelo delo que nos sucederá; sino como el hecho del que «en esperanza» ya tomamos parte por nuestra participación en el destino de Cristo (Rom 6,5). Por eso, lo que decíamos de la fe y la confianza que genera debemos decirlo también de la esperanza. Por una parte, que es «segura y sólida ancla de nuestra alma»; pero, por otra, que «una esperanza que se ve no es esperanza...» (Rom 8,24-25). Partiendo del texto de la carta a los Hebreos: «La fe es fundamento de las cosas que se esperan; el argumento de lo que no se ve» (11,1), Benedicto XVI ha mostrado con claridad en su hermosa carta encíclica *Spe salvi*, la estrecha relación entre la fe y la esperanza. El análisis del significado preciso de las palabras clave *hypósta-sis*, *substantia* y *elenchos-argumentum*, le permite concluir que la fe no es solo el tender de la persona hacia lo por venir, sino que nos da ya algo de la realidad esperada, y esta realidad ya presente constituye para nosotros una prueba, en la fe, de lo que aún no se ve; hace de alguna manera presente el futuro cambiando el presente, marcado ya por la realidad futura que repercute sobre él.

La misma carta a los Hebreos ofrece en otro lugar una muestra del cambio que produce en la vida presente la actitud de la esperanza. «Acordaos de los días primeros, en los que después de haber sido iluminados

⁶⁶ M. GARCÍA-BARÓ, «La esperanza», en *El dolor, la verdad y el bien*. Salamanca, Sígueme, 2006, pp. 187-209.

sostuvisteis un combate tan grande y doloroso... soportasteis con alegría que os despojara de vuestros bienes, sabiendo que tenéis riquezas mejores y más duraderas» (10,12-32).

Aquello de lo que han sido despojados los creyentes son las propiedades, lo necesario para vivir, el sustento de la vida, a lo que han podido renunciar gracias a la nueva vida que en ellos pone la fe, que abre a la esperanza y cambia ya desde ahora la vida: «La puerta oscura del tiempo, del futuro -escribe Benedicto XVI-, ha sido abierta de par en par»; «quien tiene esperanza vive de otra manera, porque se le ha dado ya una vida nueva», la vida abierta al horizonte infinito del futuro absoluto de Dios.

El Nuevo Testamento está lleno de huellas de la transformación que la actitud teologal: fe, esperanza y amor a la vez, produce en el creyente. No olvidemos que la primera bienaventuranza propuesta en el Evangelio es la dirigida a María: «Dichosa tú, que has creído» (Le 1,45); «Dichosos los ojos que ven lo que estáis viendo» (Le 10,23); «Dichosos los que sin ver crean» (Jn 20,29). La primera carta de Pedro ofrece la más completa descripción de la nueva vida de los creyentes: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, a través de la resurrección de Jesucristo, nos ha hecho renacer para una esperanza viva... Una herencia reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios guarda mediante la fe para una salvación que ha de manifestarse en el momento final. Por ello vivís alegres, aunque un poco afligidos ahora a causa de tantas pruebas. Pero así la autenticidad de vuestra fe... será motivo de alabanza, gloria y honor el día en que se manifieste Jesucristo. Todavía no lo habéis visto, pero lo amáis; sin verlo creéis en él y os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la salvación, que es el objetivo de vuestra fe» (1,3-9).

- ¿En qué medida nos reconocemos en la frase: «Hemos creído en el amor que Dios nos tiene»? ¿Creemos de verdad que Dios nos ama? ¿Qué razones tenemos para creerlo?
- ¿Con qué convicción rezamos: «Espero la resurrección de los muertos»? ¿Qué razones tenemos para esa convicción?
- ¿Experimentamos en nuestra vida la alegría de la fe? ¿De qué forma?>
- ¿Se podría decir de nosotros lo que la primera carta de Pedro dice de los cristianos: «Todavía no lo habéis visto, pero lo amáis; sin verlo, creéis en él y os alegráis con un gozo inefable y radiante »?

San Pablo, modelo de creyente

La descripción de la actitud teologal gana en concreción y en riqueza de matices cuando se la percibe realizada en creyentes que la han realizado de una forma eminente. Por eso terminamos remitiendo a su espléndida realización en la figura de san Pablo.

El comienzo de la vida del creyente Pablo fue su encuentro con el Señor. Los Hechos de los Apóstoles lo describen en tres lugares bajo la forma de una teofanía, y Pablo remite a él en varios lugares de sus cartas. En la primera a los Corintios (9,1) se limita a afirmar que él, como el resto de los apóstoles, también ha «visto al Señor». Poco después (15,8) explica la naturaleza de esa visión, diciendo que también a él, como a otros apóstoles, «se le apareció el Señor», «se le dio a conocer». En la carta a los Galatas (1,11-12) ofrece una interpretación teológica del hecho utilizando la categoría de «revelación»: «Dios... tuvo a bien revelar en mí a su Hijo». Finalmente, en la carta a los Filipenses (3,4-6) alude, casi de pasada, a su forma peculiar de vivir ese encuentro, utilizando una expresión que aparece con frecuencia en los relatos de conversos: «... por cuanto yo mismo fui tomado por Cristo Jesús». Refiriéndose al momento de su conversión, Simone Weil escribe: «Jesús descendió y me tomó».

El conjunto de los textos ofrece una serie de rasgos que muestran lo original, lo extraordinario, lo decisivo de ese encuentro: en él la iniciativa es del Señor; él es el sujeto activo del encuentro; Dios mismo le ha revelado su contenido preciso; en él, Jesucristo, el Señor, ha tomado posesión de su vida. Se trata de detalles que desgranar diferentes aspectos de ese encuentro que cambió al Saulo perseguidor de los cristianos en el Pablo creyente y apóstol de los gentiles.

La conversión produce un vuelco total en la vida de Pablo. El que se preciaba de ser judío a carta cabal, fariseo y cumplidor celoso de la ley, y se proponía justificarse por las obras de la ley, pasa a considerar pérdida lo que antes consideraba ganancia y fundamento de su vida, y a tener todo por basura comparado con «el eminente conocimiento de Cristo Jesús» (Flp 3,4-12). Ese «conocimiento eminente» le procura tal relación con Cristo que este pasa a ser para él principio de una nueva vida: «Para mí, vivir es Cristo» (Flp 1,21). «Con Cristo estoy crucificado y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,19). La fe adquiere así en Pablo acentos claramente

místicos que hoy reconocemos en él todos los cristianos⁶⁷. Tales acentos dan lugar a una nueva relación con Cristo que se concreta en el uso constante de la fórmula «en Cristo Jesús», que se corresponde con el tema joánico de la «inhabitación» y de la necesidad de «permanecer en Cristo» y «permanecer en su amor».

A partir de ahí, la fe pasa a desempeñar un papel enteramente central en la vida de Pablo. Ya hemos anotado que creer no es para el creyente un acto junto a otros en su vida. Creer surge del centro de la persona; se cree con el corazón: «Si confiesas con los labios que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvado. Porque con el corazón se cree para la justicia» (Rom 10,9-10). Por eso, la fe no es un elemento más en la vida de Pablo. Si la carta a los Hebreos toma del profeta Habacuc «mi justo vivirá de la fe», Pablo dirá de sí mismo: «En esta vida mortal vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal2,20). «La fe -traducía a su modo Tolstoi- hace vivir a los hombres». «Vivir en la fe» significa que la vida del creyente discurre en su interior; que la fe le procura una luz que hace ver la realidad con ojos nuevos; que por ella el ser humano acoge el agua del manantial que alimenta la corriente de su vida y consiente al impulso que la orienta más allá de sí mismo, hacia Dios, que es su nieta. Vivir de la fe comporta que «ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor» (Rom 14,7-9).

Vivir de la fe tiene como consecuencia que la fe pasa a ser el centro en torno al cual se organizan todas las dimensiones de la vida humana, el fundamento sobre el que se apoya, adquiere firmeza y consistencia; el eje en torno al cual se articulan todos sus aspectos y momentos. Conviene subrayar que esa presencia de la fe no elimina el valor y la autonomía del resto de los elementos, aspectos y niveles de la vida humana. La fe de la que vive el creyente constituye, más bien, con la imagen utilizada por Bonhoeffer, el *cantus firmus* que permite el desarrollo en plena libertad de todas las voces que componen la polifonía de la vida, sin que esta pierda nada de su armonía. Cuando se vive en la fe y de la fe, la vida toda se convierte en «culto razonable a Dios» -«Os recomiendo, hermanos, que presentéis vuestros cuerpos [vuestras vidas] como víctima agradable a Dios. Este ha de ser vuestro culto espiritual» (Rom 12,1)-, y el discurrir de todos sus momentos en lugar para su experiencia de Dios, haciendo así posible la «mística de la cotidianidad».

La segunda carta a Timoteo (1,12) pone en labios de Pablo, tras aludir a sus sufrimientos: «Yo no me avergüenzo, porque sé de quién me he fiado». Pablo es bien consciente de que «el eminente conocimiento de Cristo» que le procura su fe no agota las riquezas de la gloria, de la sabiduría, de la gracia del Dios revelado en Jesucristo (Rom 11,33; Ef 1,7; Col 1,27).

Por eso sabe muy bien que está lejos de haber alcanzado la meta del camino que inició con su adhesión a Jesucristo. Y al final de su larga carrera, confiesa la firmeza de su adhesión y la razón de su seguridad. Esta no es fruto de la firmeza de su decisión, del ahínco con que se ha propuesto confiar en Dios con todas las fuerzas a su alcance. La seguridad le viene de la persona a la que se ha confiado; de su condición de realidad firme frente a la inconsistencia de la suya propia; de su condición de fiel a toda costa. Por eso es el ejercicio de su confiarse a él lo que le presta la convicción cada vez más firme de que el Dios revelado en Jesucristo merece esa, es decir, toda la confianza. Y la razón de la firmeza de la confianza de Pablo es «la fuerza del Evangelio de Jesucristo, que ha destruido la muerte», y la experiencia realizada en los momentos de debilidad de que «le basta su gracia» (2 Cor 12,9).

«¿Ay de mí si no anuncio el Evangelio!»

En todos los relatos de su encuentro con el Señor, Pablo recibió, a la vez que la llamada, el envío, la misión a los gentiles, como su tarea propia. Por eso, para él, evangelizar no es gloria ninguna, es una necesidad. La misma que experimentaron los apóstoles tras el encuentro con el Resucitado: «Lo que hemos visto y oído no lo podemos callar» (Hch 4,20); la que está también en la base del comienzo de la primera carta de Juan: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida... os lo anunciamos» (1,1).

Los apóstoles y Pablo no hacen aquí más que confirmar con sus palabras las imágenes que Jesús había utilizado para describir el ser y la acción de sus discípulos. «Vosotros sois la sal de la tierra; vosotros sois la luz del mundo», que conviene entender con la radicalidad que les atribuye Bonhoeffer:

Vosotros sois la sal; no «vosotros debéis ser la sal» No se deja a la elección de los discípulos que quieran o no ser la sal. Sería erróneo equiparar la sal con el mensaje de los apóstoles. Estas palabras se refieren a toda su existencia, en cuanto se halla fundada por la llamada al seguimiento; a esa existencia de la que hablan las bienaventuranzas. Quien sigue a Cristo captado por su llamada queda plenamente convertido en sal de la tierra

⁶⁷ Cf., por ejemplo, entre los autores protestantes, D. MARGUERAT, «La mystique de Paul», en *L'aube du christianisme*. Ginebra-París, Labor et Pides - Bayard, 2008, pp-157-203.

Vosotros sois la luz. No «vosotros tenéis la luz». El mismo que dice de sí “Yo soy la luz del mundo” dice a sus discípulos: Vosotros sois la luz del mundo, en toda vuestra vida, con tal de que permanezcáis fieles a la llamada⁶⁸.

Así lo entendieron los apóstoles; así lo entendió Pablo. ¿Lo entendemos, lo vivimos así nosotros? ¿Qué sucede con las Iglesias en nuestro tiempo para que a lo largo de un siglo hayan escuchado numerosas llamadas cada vez más apremiantes a la urgencia de la evangelización y todavía tengamos que reconocer que estamos muy lejos de habernos puesto en estado de misión? ¿No será la debilidad de nuestra fe, nuestra condición de creyentes tibios, lo que explique nuestra incapacidad para evangelizar?

Si así fuera, la mejor respuesta a la llamada a la nueva evangelización consistiría en cultivar personalmente nuestra condición de creyentes y en orientar el conjunto de la acción pastoral de nuestras comunidades hacia el cuidado por despertar, acompañar y hacer crecer en ellas la actitud creyente, origen, centro y meta de la vida cristiana. A ello nos invita la celebración del Año de la fe.

- Estamos bautizados; nos consideramos cristianos, ¿estamos convertidos
- ¿Podemos decir con verdad: «Yo sé de quién me he fiado»?
- ¿Qué lugar ocupa la fe en nuestra vida?
- Evangelizar, ¿es para nosotros una necesidad? ¿Cuáles son los proyectos evangelizadores de nuestra comunidad? ¿Participamos en ellos?

⁶⁸ *El precio de la gracia*. Salamanca, Sígueme, 1968, pp. 116-117

PAISAJES PARA LA FE

DOLORES ALEIXANDRE PARRA, RSCJ

«Pasó de nuevo a la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba en otro tiempo. Y muchos creyeron allí en él» (Jn 10,41-42). Allí, precisamente en aquel lugar concreto del otro lado del Jordán. Quizá algunos, con el paso del tiempo, volverían a pasar por aquel sitio, y sentirían la misma emoción de aquellos dos discípulos que siguieron a Jesús y recordaban: «Eran las cuatro de la tarde». Estos reconocerían el lugar: «Fue aquí donde comencé a creer en Jesús». Y recorrerían con su mirada cada detalle del paisaje: el río, los árboles, las piedras, los arbustos con las colinas de Judea a lo lejos. Y es que esos lugares en los que algunos se cruzaron con Jesús antes que nosotros siguen estando ahí: los montes, los caminos, el desierto, los pozos o el lago no saben de tiempo, ni de edades, ni de cambios. Las casas no son las mismas, pero sí el suelo en que se levantaban y también los nombres de lugares que siguen grabados en nuestra memoria: Mambré, Belén, Nazaret, Cafarnaún, Jericó, Cana... Los árboles de entonces tampoco están, pero otros olivos continúan su tarea y las higueras siguen echando yemas cuando se acerca el verano. Quizá ya no exista aquella bajo la que se sentó Natanael o a la que se subió Zaqueo, pero otras han ocupado su lugar y a su sombra vienen asentarse caminantes fatigados. En primavera, las flores inundan las laderas de las colinas de Galilea y siguen susurrando a quien las escuche que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como ellas. El pozo de Siquén y las fuentes de Siloé y de Nazaret continúan manando, y a veces el cielo se vuelve rojo al atardecer anunciando lluvia. Vamos a acercarnos a esos paisajes con respeto, como los peregrinos que visitan los «santos lugares». En ellos, hombres y mujeres que nos precedieron en el camino creyente vivieron una experiencia de encuentro con el Señor. La historia de su fe sigue siendo la nuestra¹.

¹ La obra de J.DELORME *L'heureuse annonce selon Marc*. París, Cerf, 2009, me ha servido de inspiración en algunos capítulos basados en textos del evangelio de Marcos.

UN ENCINAR EN MAMBRÉ (Gn 18 y 23)

«¿Qué tenue es la sombra de las encinas», pensó Sara aquella mañana. Añoraba el denso ramaje de los limoneros que volvían umbrío su patio, cuando aún vivían en Ur de Caldea. Pero aquella casa se había quedado muy lejos ahora que eran nómadas y el sol, sin haber llegado siquiera a su cénit, abrasaba con su fuego el campamento.

Nada presagiaba la visita que iba a cambiar sus vidas. Ya no lo hablaban entre ellos, pero vivían abatidos por el peso de la esterilidad y hundidos en la evidencia de que no quedaba huella de sus nombres.

Los tres huéspedes llegaron a mediodía y Abrahán los acogió con esplendidez, como era su costumbre. Ella amasó las hogazas, vigiló mientras asaban el ternero, sirvió el vino y, fatigada, se retiró a su tienda. Hacía demasiado calor dentro de Ir, sentada fuera, oyó aquel anuncio asombroso:

-Para cuando yo vuelva a verte, en el plazo normal, Sara habrá tenido un hijo.

Su primera reacción fue la risa: «Estando ya gastada, ¿voy a sentir placer con un marido tan viejo?», pensó con el escepticismo de sus muchos años. Conocía ya los límites de su vejez y de la de Abrahán, sabía que todo estaba perdido y prefería reírse a lamentarse.

Pero otras palabras inquietantes la alcanzaron en el centro de su amargura:

-¿Por qué se ha reído Sara? ¿Acaso hay algo imposible para Dios?

La pregunta le atravesó el alma y sintió que la estaban empujando fuera de su incredulidad: «Sal de la tierra de tu escepticismo y de tu desánimo, Sara, ve más allá de las constataciones de tu lucidez, recuerda que allí donde terminan tus posibilidades empiezan las de Dios». Empezaba a respirar fuera del horizonte estrecho de sus límites y se adentraba en la tierra desconocida de la fe.

Volvió a reír y supo cómo llamaría a su hijo: Isaac, «el Señor ríe». Y supo también que ya no podría invocar a Dios más que proclamando:

-Dios me ha hecho reír, y los que lo oigan reirán conmigo.

Al llegar la noche se amaron con la alegría de sus tiempos jóvenes. Sara se quedó dormida y Abrahán salió de la tienda y se puso a mirar las estrellas, hasta que se dio cuenta de que era incapaz de contarlas. Recordó que un día se había quejado al Señor:

-He visto escrito en las estrellas que no tendré hijos.

Y el Señor le dijo:

-Sal también de esa tierra Abrahán, sitúate por encima de las estrellas y por encima del sol...

Y supo entonces que no podría nunca comprender al Dios que había vuelto fecunda su existencia. Y susurró:

-Aquí estoy, aquí me tienes...

Al amanecer, Sara caminó hasta el extremo del encinar y llegó hasta la cueva de Makpelá, acompañando la risa que ahora manaba de su corazón con el rumor del viento en las ramas de las encinas. Estuvo allí mucho tiempo, y más tarde pidió a Abrahán que la acompañara hasta la entrada de la cueva:

-Cuando me muera -dijo-, entiérrame aquí, porque en esta cueva ha quedado grabado el eco de mi risa. Así, aunque haya muerto, seguiré bendiciendo al Dios que me ha hecho reír. Y el hijo que me ha prometido llevará para siempre en su nombre el recuerdo de la fe de su madre.

- **Esta historia es mi historia.** El proceso de fe de Sara y Abrahán es también el mío: siento su misma llamada a salir de la tierra de mis seguridades y a ir más allá de mi escepticismo y de la estrechez de mi lógica. Y tengo a veces la experiencia de que ni mi pobreza ni mi esterilidad son obstáculo para lo que Dios está queriendo hacer en mí.
- **Compartiendo nuestra fe.** Hacemos juntos un rastreo de nuestras imágenes de Dios. ¿Lo sentimos como el Dios implacable que exige el sacrificio de lo que más queremos? ¿O es el Dios de quien podemos decir con Sara, la primera teóloga: «Es el que me hace danzar y reír...»? Pensamos cómo hacer llegar a otros la imagen de este Dios aún tan desconocido.

UNA PROPIEDAD EN GOSÉN (Gn 25-33; 47-48)

Los ojos de Jacob estaban ya nublados y no le permitían distinguir bien el paisaje de aquella propiedad que su hijo José había escogido para él y sus hijos. Sabía que era la mejor del territorio de Ramsés, pero no podía evitar la añoranza de su tierra de Canaán, que había recorrido tantas veces atravesando sus montes, caminos y barrancos. Su vida nómada comenzó cuando tuvo que salir huyendo de la casa paterna: Rebeca, su madre, le había empujado a engañar a su padre Isaac, ya ciego, para conseguir la bendición destinada al primogénito. Ella lo justificaba contándole una y otra vez que acudió al Señor angustiada por la agitación de los niños en su vientre:

-El me respondió aquel día y me desveló el gran secreto de su preferencia por los pequeños y los últimos. Y si se inclina hacia ellos de esa manera quiere decir que Esaú acabará sirviéndote a ti, aunque seas el menor.

A Jacob, esas palabras le incomodaban y perseguían más que la cólera de Esaú. No entendía aquella extraña preferencia de Dios y confiaba más en su propia sagacidad para conseguir la mayoría que por nacimiento no era suya. Había nacido agarrado al talón de su gemelo, marcado ya por el deseo de ser el primero y, si no lo había logrado en el parto, había decidido alcanzarlo gracias a la astucia.

Aprendió a engañar y a hacer trampas, a poner zancadillas y a escapar después. Pero era vulnerable a pesar suyo y se enamoró tan perdidamente de Raquel que no le importó trabajar sin recibir salario alguno con tal de que fuera su esposa. Y a veces pensaba que así le amaba Dios a él, con aquella misma gratitud y desmesura.

Ahora que era ya viejo acudían a su memoria los lugares en que el Señor se le había manifestado: allá en Betel, con el sueño de una escalera que llegaba hasta el cielo y por la que subían y bajaban los mensajeros de Dios; o en el vado del Yaboc, cuando sintió que era él quien lo asaltaba en medio de la noche y lo bendecía al amanecer; o en Siquén, después de la reconciliación con Esaú; y de nuevo en Berseba, cuando volvió a prometerle que estaría junto a él cuando bajara a Egipto. Encada encuentro, Jacob volvía a escuchar palabras de ánimo y de bendición que era consciente de no merecer: -Soy yo demasiado pequeño para tanta misericordia y tanta fidelidad como tienes conmigo-se atrevió a decirle un día, abrumado por aquel amor persistente e incomprensible. Se sentía querido por Dios sin méritos propios, sin haber sabido responderle nunca, y eso le hería en el corazón con más violencia que la marca que había dejado en su muslo la lucha con él en el Yaboc.

Ahora se sentía morir y pidió con voz balbuciente que avisaran a José. Se presentó él con sus dos hijos y se los acercó Para que los bendijera: puso a Manases, el mayor, bajo la mano derecha de su padre y a Efraín, el menor, bajo su izquierda. Era así corno debía hacerse, era ese el orden de importancia y de prevalencia que había que continuar de generación en generación.

Pero con un gesto inesperado que brotaba de lo más hondo de su corazón, Jacob cruzó las manos y puso la derecha sobre el menor y la izquierda sobre el mayor, y los bendijo diciendo:

-El Dios ante el cual caminaron mis padres Abrahán e Isaac, el Dios que ha sido mi pastor desde antiguo hasta hoy, bendiga a estos muchachos.

Fueron inútiles los ruegos de José para que Manases recibiera de Jacob la bendición que merecía como primogénito: tuvo que resignarse pensando que la ancianidad había trastornado la mente de su padre. No sabía que, con aquel gesto, Jacob se rendía ante las insólitas preferencias de Dios, y, al hacerlo, estaba coincidiendo por fin, silenciosamente, con el amor torrencial con que se había sentido amado.

- **Esta historia es mi historia.** Lo mismo que la de Jacob, mí vida de fe es un largo itinerario de encuentros y desencuentros, de aciertos y errores. También yo me he sentido a veces desbordado por la fidelidad del amor de Dios, y eso despierta en mí el deseo responderle tratando de parecerme más a Jesús, el Hermano mayor que coincidía en todo con su Padre.
- **Compartiendo nuestra fe.** Cada uno puede contar alguna «aventura» de su historia creyente, de sus huidas, luchas, resistencias y encuentros con el amor gratuito de Dios. Buscamos juntos caminos concretos de coincidencia con la preferencia de Dios por los pequeños y los últimos.

UNA TUMBA EN EFRATÁ (Gn 29 y 30; 35, 16-21)

«Benjamín, favorito del Señor, habita tranquilo; el Altísimo cuida de él continuamente y él habita entre sus hombros». Los del clan de Benjamín repetían con frecuencia aquellas palabras del testamento de Jacob. Estaban orgullosos de su predilección por sus dos hijos más pequeños, como si prolongara en ellos el amor preferencial que siempre había profesado a su esposa Raquel.

Sentados en torno al fuego en las largas veladas del invierno, los más ancianos contaban una y otra vez el trágico final de una de las matriarcas de Israel. Algunos decían que estaba ya marcada por la desdicha desde que, celosa de la fecundidad de su hermana Lía y desesperada por su esterilidad, había dicho a Jacob: «¡Dame hijos o me muero!».

-¿Cómo se había atrevido a conjurar así a la muerte? -censuraban algunos.

Otros la defendían y encontraban demasiado dura la respuesta airada de Jacob:

-¿Acaso soy yo Dios para negarte los hijos del vientre? Fuera como fuese, lo cierto es que el nacimiento de su primer hijo no colmó sus ansias de maternidad, y por eso lo llamó José: «Que el Señor añada». Algunas mujeres del clan comentaban que Raquel tuvo que vivir bajo la amenaza de aquella muerte que con tanta osadía había convocado y temiendo que estuviera al acecho para arrebatarle su vida o la de su hijo. Quizá presentía que, si llegaba a tener otro, se convertiría en el hijo de su desgracia.

Otra de las viejas historias que les complacía recordar era la de la huida de Jacob de casa de su suegro, llevándose a Lía, a Raquel y a sus hijos. Sonreían evocando la escena en la que Raquel había escondido los idolillos de su padre bajo la montura de su camello: se había sentado encima y dijo a su padre que los buscaba:

-No puedo levantarme, me ha venido la cosa de las mujeres -evitando así que descubriera el robo. Les extrañaba también que Jacob, que amaba tanto a Raquel, emprendiera un viaje a pesar de que ella volvía a estar embarazada. Al llegar cerca de Efratá le llegó la hora del alumbramiento, y José mandó detener la caravana y plantar las tiendas. Raquel se retorció de dolor sintiendo cerca el aliento de la muerte. La comadrona que la asistía trataba de tranquilizarla:

-No tengas miedo, que tienes otro niño. Pero ella se sentía morir y, antes de exhalar su último suspiro, puso a su hijo un nombre terrible: «Hijo de mi desgracia». Esas fueron sus últimas palabras antes de morir, pero Jacob, su padre, temeroso de los malos presagios de aquel nombre, lo llamó «Hijo de mi fortuna».

Aquel momento dramático de la narración suscitaba siempre nuevos comentarios, y ese día una de las mujeres que llevaba el nombre de su antepasada intervino con viveza:

-Yo creo que un nombre no es algo que se puede poner o quitar como si fuera un ceñidor o una diadema. Pienso que el hijo de Raquel que nació mientras su madre moría siguió llevando los dos nombres: el que le puso ella para impedir que se borrara su memoria y también el que le puso su padre, como testimonio de que ninguna muerte es en vano. ¿No lo anuncia así el testamento de Jacob? Benjamín y también nosotros, que hemos bendecido su nombre, seguimos gozando del favor de Dios.

Se hizo un largo silencio y, al final, el más anciano pronunció esta bendición:

-Bendito seas, Señor, Dios nuestro, que, como a nuestro padre Benjamín, nos haces descansar entre tus hombros como al más pequeño de tus hijos.

- **Esta historia es mi historia.** A lo largo de mi vida he tenido ocasión de participar de muchas maneras en experiencias de muerte y de vida. Pongo nombre a mis temores, rebeldías y preguntas ante ese misterio que nos envuelve. Y renuevo, una vez más, mi seguridad en que Dios me lleva sobre sus hombros como al más pequeño de sus hijos.
- **Compartiendo nuestra fe.** Hacemos memoria de situaciones de muerte y vida que están inevitablemente presentes en nuestra existencia: adversidad y dicha; tristeza y alegría; desánimo y esperanza. Compartimos nuestras maneras de reaccionar ante ello. Evocamos nombres de personas que, desde su fe, han afrontado situaciones muy duras con entereza y serenidad.

UN VADO EN EL MAR DE LAS CAÑAS (Ex 14-15)

-¿Por qué esta noche es distinta de todas las demás noches?

A la pregunta de Rubén, el niño menor de la casa, todos los que estábamos sentados a la mesa celebrando el séder de Pascua respondimos:

-Fuimos esclavos del faraón en Egipto, y Adonay, nuestro Dios, nos sacó de allí con mano fuerte y brazo extendido. Si el Santo, bendito sea, no hubiera sacado a nuestros padres de Egipto, nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos hubiéramos continuado sometidos al faraón. Por eso, el que relate detenidamente el Éxodo de Egipto es merecedor de alabanza.

Simeón ha-Levi hubiera necesitado que el ritual se detuviera ahí y que cada uno pudiera contar lo que para él significaba el éxodo. Por eso, mientras todos continuaban, él se quedó abstraído, evocando las palabras que acababa de pronunciar.

Estaba obedeciendo un mandato de su pueblo: «Es obligación de cada uno, en cada generación, considerarse como si él mismo hubiese salido de Egipto».

Era cierto: lo mismo que los hijos de Israel aquella noche en el mar de las Cañas, él había sentido al enemigo avanzando tras él en forma de enfermedad, pobreza y persecución, y más de una vez había gritado desde lo hondo al Santo -bendito sea-: «¿Por qué me has traído a morir en este desierto? Déjame, ¿por qué me tratas así? ¿Es que no te importan ni mi vida ni mi muerte?».

Se había sentido impotente ante las dificultades que le amenazaban: eran ante él como un mar inmenso con unas olas gigantescas que él se sabía incapaz de afrontar y que le recordaban la profundidad de sus carencias. Y, lo mismo que Moisés, había escuchado la voz del Señor:

-No tengas miedo, mantente firme y verás la victoria que yo te concederé hoy. Yo pelearé por ti, aprende a esperar en silencio. En ocasiones no había sido capaz de mantenerse en esa espera, se había hundido en el desánimo y oleadas de amargura habían anegado su alma. Pero eso fue en otro tiempo, un tiempo que ya había pasado. Ahora ya no huía, ni se desesperaba ante su propia pobreza, ni se detenía a medir sus fuerzas. Su mirada ya no se volvía atrás ni magnificaba el poder de los carros y jinetes enemigos. Sabía ya en qué dirección mirar y en quién depositar su confianza y, libre al fin del fardo del miedo, avanzaba tranquilo sin perder la paz.

Lo había aprendido también en un cántico del profeta Habacuc: «Aunque la higuera no eche yemas y las cepas no den fruto, aunque el olivo se niegue a su tarea y los campos no den cosechas, aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador. El Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela, me encamina por las alturas».

Un antiguo miarás había conseguido anegar sus viejas ideas sobre Dios: «Mientras todo Israel, junto con Moisés y Miryam, cantaba y danzaba a la orilla del mar de las Cañas, el Santo -bendito sea- no se unía a los cantos. Cuando le preguntaron sus ángeles por qué no se unía a la alegría de su pueblo, respondió: "¿Cómo queréis que cante y haga fiesta si se me han hundido en el mar más de seiscientos egipcios y sus mejores capitanes, junto con sus caballos y carros...?"». Por eso proclamaba con Miryam la profetisa:

-Mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación.

Volvió a dirigir su atención al ritual del séder y repitió con todos:

-Es la noche de la Pascua para el nombre del Señor, noche reservada y fijada para la liberación de Israel a lo largo de sus generaciones. Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

- **Esta historia es mi historia.** Leer el Éxodo es leer mi propia experiencia y la de la humanidad entera: una historia de esclavitudes, tentaciones de desesperación y evidencias también de la presencia liberadora de Dios, Expreso mi agradecimiento y mi confianza en el Pastor que nos conduce a través de tantos desiertos hacia esa tierra que mana leche y miel.
- **Compartiendo nuestra fe.** Leemos la narración de Ex 14: quizá nos sintamos reflejados en el miedo y las quejas de los israelitas y también en su experiencia de haber sentido que Dios estaba siempre de su parte. Dialogarnos en torno a quiénes son hoy para cada uno «el faraón y su ejército», y cómo nos resuena el imperativo de Moisés: «No tengáis miedo».

PAN EN EL DESIERTO DE SINAÍ (Ex 16)

Rabí Yehudá ben Samuel sentía sobre sus hombros un pesado fardo que aumentaba cada vez que recordaba las palabras del salmo: «Lo que oímos y aprendimos y nos contaron nuestros padres, no lo encubriremos a nuestros hijos, lo contaremos a la siguiente generación: las glorias del Señor, y su poder, y las maravillas que realizó...».

Corrían tiempos difíciles, y él no estaba seguro de poder comunicar a sus hijos esas maravillas. Los niños se mezclaban con hijos de gentiles y, aunque aprendían hebreo en la bet ha-midrás, esa lengua ya no era la suya ni tenían ya la misma veneración por las costumbres judías que él había vivido en su infancia. Hacían preguntas que él de niño jamás se habría atrevido a hacer y había sabido que su hijo mayor decía que el maná del desierto eran solamente semillas de cilantro:

-Debía de ser como el que guarda mi madre en la despensa, y no me extraña que nuestros padres se cansaran de comer lo mismo durante cuarenta años.

Por eso Rabí Yehudá se preparaba para narrarles aquella historia, así que tomó el rollo de la Tora y buscó el libro de Shemot. Cuando encontró el relato del maná, sintió una intensa emoción: «Toda la comunidad de Israel partió de Elim y llegó al desierto de Sin el día quince del segundo mes después de salir de Egipto, y la comunidad de los israelitas protestó contra Moisés y Aarón en el desierto diciendo: "Nos habéis sacado de Egipto para matar de hambre a toda esta comunidad..."».

Así comenzaba el relato que se había convertido para él en el maestro que lo había iniciado en otro tipo de sabiduría y le había convertido en el creyente que ahora era. Cuando lo descubrió, estaba atravesando un tiempo de penurias y se había reconocido en las murmuraciones de los israelitas y en su fe vacilante. Más tarde le llegó un golpe de suerte y los tejidos que fabricaba subieron de valor, pero, con la riqueza, llegaron las tentaciones: «Es mi habilidad para los negocios la que me ha hecho rico», pensó. Pero las palabras de Moisés le curaban de su soberbia: «Es el Señor quien os da este pan...».

Con las posesiones llegó también la ansiedad por acumular, pero tuvo un sueño liberador: al abrirlas arcas en que almacenaba sus posesiones las encontraba llenas de gusanos, como el maná que se guardaba de un día para otro. También su afán por seguir produciendo sin detener el ritmo de los telares se le reveló, de pronto, como un gran pecado, y volvió a guardar el sábado como día dedicado al Señor, según había ordenado Moisés. Empezó también a obedecer la orden de «llevar porciones a los que no tenían» y se convirtió en un hombre generoso que compartía con esplendidez sus bienes con los pobres. Iba aprendiendo a conocer mejor la desmesurada misericordia de su Dios a descubrirla como un manantial incesante de dones que colmaba de bienes su existencia.

La llegada de sus hijos interrumpió sus recuerdos. Se quedaron de pie en torno a él y, antes recomenzar su explicación, Rabí Yehudá pronunció la bendición:

-Bendito eres, Señor, Dios nuestro, que nos rescataste de la esclavitud, nos hiciste vivir y en la abundancia nos alimentaste. Bendito eres tú, Señor, Rey del universo, que sacas para nosotros el pan de la tierra.

Y ellos respondieron:-

Amén, amén.

Y se sentaron a escucharle.

- **Esta historia es mi historia.** La narración del maná me hace conocer mejor al Dios en quien he depositado mi fe y me invita a fiarme más de que estará siempre presente en mis desiertos, fatigas y desfallecimientos. Le agradezco que, en Jesús, continúe dándome el alimento y la alegría que me hacen vivir.
- **Compartiendo nuestra fe.** La historia del maná nos propone una manera determinada de situarnos ante los bienes y recursos. Nos invita a preguntarnos también por las mil variantes de maná que nutren nuestra vida y a reconocer nuestras ansiedades por acumular. Podemos dialogar sobre lo que hoy sería «guardar el sábado» y cómo plantar cara a la obsesión por ser productivos...

UNA NUBE EN EL SINAÍ (Ex 33-34)

A Moisés le gustaba conversar con Dios. No había vuelto a encorvarse ante él como cuando le llamó desde la zarza en el desierto y se había corrido la voz entre los israelitas: «El Señor habla con Moisés como un amigo habla con su amigo». Sabía que su Dios tomaba partido por él y lo defendía: cuando sus hermanos Aarón y Miryam lo criticaron, él se indignó contra ellos:

-Moisés es el más fiel de todos mis siervos. A él le hablo cara a cara; en presencia y no adivinando contempla mi rostro. ¿Cómo os habéis atrevido a hablar contra mi siervo?

Algunos empezaron a llamarle «el hombre de la brecha», porque, cuando Israel pecaba provocándola ira del Señor, Moisés se interponía para suplicar perdón y disculpar los extravíos de su pueblo.

Cuando no podía ocultar sus pecados, buscaba otros argumentos y le decía a Dios:

-¿Es que quieres que los egipcios digan que nos sacaste de su país con mala intención para hacernos morir en las montañas? No lo hagas por nosotros, es tu Nombre el que está en juego... Si gozo de tú favor, venga mi Señor con nosotros, aunque seamos un pueblo testarudo; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya.

En otras ocasiones se atrevía a plantearle un dilema:

-O perdonas el pecado de este pueblo o me borras de tu libro. Y si no vienes tú en persona con nosotros, no nos hagas salir de aquí...

Y se asombraba del poder que ejercía sobre el Señor y de que terminara siempre accediendo a sus ruegos.

Sin embargo, no siempre sus encuentros con él transcurrían como él deseaba.

-Madruga, sube solo a lo alto del monte y espérame allí -le ordenaba, y Moisés obedecía y subía al Sinaí al amanecer.

Pero a veces atardecía y llegaba la noche y volvía a amanecer, y él seguía esperando. Su tiempo y el del Señor no siempre coincidían, y Moisés tenía que aprender a aguardarle sin medir las horas, sin mirar de día el curso del sol ni acechar de noche la posición de las estrellas.

Cuando bajaba del monte y le preguntaban qué le había dicho el Señor, respondía:

-Ha venido a mí envuelto en una nube.

Y ya no era capaz de decir nada más. Sin embargo, allá en lo escondido, sabía que aquella nube oscura y densa estaba siendo para él un útero materno: lo envolvía y lo nutría engendrando a un nuevo Moisés más paciente, más receptivo, más silencioso.

Empezaba a aprender que Dios, su Dios y su amigo, era también un Dios libre que estaría siempre más allá de donde el pretendía confinarle. Aprendía poco a poco a esperarle calladamente, y su corazón se iba volviendo como un cuenco vacío para recibir su palabra.

Por eso, cuando un día pasó junto a él y le reveló su Nombre «entrañable y compasivo, paciente, misericordioso y fiel...», Moisés se dio cuenta de que estaba, por fin, aprendiendo algo de su misericordia y su fidelidad.

- **Esta historia es mi historia.** Con frecuencia experimento en mi vida una «nube» oscura de dudas y preguntas, y más cuando escucho los gritos, lágrimas y heridas de la gente que sufre. No quiero dejar que todo eso se interponga entre Dios y yo, y le pido me recuerde que muchos otros creyentes se han atrevido a adentrarse en ella sin miedo. Jesús, el primero en atravesarla, va delante de nosotros. Compartiendo nuestra fe.
- **Compartiendo nuestra fe.** Leemos la escena de Ex 34. en la que el Señor se revela a Moisés como «entrañable y compasivo, paciente, misericordioso y fiel...» (v. 6). Evocamos escenas del Evangelio en las que el modo de actuar de Jesús comunicaba: «Así es vuestro Padre». Pensamos qué actitudes eclesiales pueden seguir hablando de este Dios hoy.

UNA CUEVA EN EL HOREB (1 Re 17-19)

La cueva era profunda y húmeda, y Elías, sin aliento, tardó en encontrarla. La recorrió hasta el fondo y se refugió en lo más profundo, sin saber aún por qué tenía tanto miedo ni de qué estaba huyendo. Era un temor diferente al que le había asaltado cuando supo que Jezabel lo perseguía y había escapado al desierto. Ahora sentía el miedo más adentro, como naciendo de sus propias entrañas, un miedo que lo sacudía con la violencia de un terremoto y hacía temblar sus huesos. Ardía de fiebre, como si el fuego que había hecho descender del cielo en el Carmelo hubiera prendido en su piel y lo estuviera abrasando. Fuera había estallado una tormenta y el resplandor de los relámpagos iluminaba a intervalos la oscuridad de la cueva. Se oyó la descarga de un rayo y el estrépito de los truenos. Después de mucho tiempo, la tormenta amainó y cesó la lluvia. Elías se envolvió en el manto y salió fuera de la cueva. En el cielo, ya sin nubes, lucían las estrellas y soplaba una brisa tenue que apenas rozaba la densidad del silencio.

Y fue entonces cuando Elías comprendió de qué estaba huyendo. Allá en su fondo, él hubiera deseado quedarse en el Carmelo, al abrigo de la presencia familiar del Dios que conocía: el que había hecho bajar fuego del cielo y sostenido su mano mientras exterminaba a los profetas de Baal. El Dios a quien había suplicado que lloviera y él le había respondido enviando una lluvia torrencial. Pero ahora todo era diferente: ¿se había quedado Dios sin poder? ¿Se había vuelto más débil que Ajab y Jezabel? ¿Había dejado de importarle que Israel hubiera abandonado su alianza, derruido sus altares y asesinado a sus profetas? ¿No iba a enfrentarse ya con los enemigos del único profeta que seguía siéndole fiel, dejándolo expuesto a la muerte?

Eran esos los pensamientos que le atormentaban mientras caminaba por el desierto para buscar en el Horeb las huellas de Moisés, pero no había sentido la protección de su Dios en aquel camino terrible: no había enviado a sus ángeles para tomarle sobre sus alas y depositarlo en la cumbre del monte: solo las palabras de ánimo de un único mensajero y un poco de pan y agua. Y con la fuerza de aquel exiguo alimento había caminado cuarenta días con sus noches por el desierto para trepar después por aquellos roquedales hostiles hasta llegar exhausto a la cima del Horeb.

Allí le esperaba un Dios muy distinto del que se había manifestado a Moisés entre truenos y relámpagos. Un Dios que ya no era el que él había creído conocer y a quien había defendido en el Carmelo. Volvía a ser el Dios al que había obedecido a regañadientes cuando lo envió a Sarepta a alojarse en casa de una viuda. Elías se había sometido a aquel mandato inexplicable: no conseguía comprender por qué el Dios de Israel tendría que interesarse por la vida o la muerte de una mujer pagana y su hijo.

Ahora ese mismo Dios desconcertante se le volvía a hacer presente y su rostro era el de un desconocido.

Elías dejó caer su manto y permaneció de pie a la entrada de la cueva, inerte y sin palabras. Él, que había azotado con el látigo de su voz al rey y a toda su corte, había anunciado una sequía que duraría tres años y desafiado a los sacerdotes de Baal. Seguía ardiendo en celo por la gloria del Señor de los ejércitos y quizá llegaría un día en que se sentiría arrebatado en un carro de fuego hasta llegar a su presencia.

Pero ahora lo único que podía hacer era permanecer quieto y callado, consintiendo que la voz de su Dios llegara hasta él envuelta en el silencio.

- **Esta historia es mi historia.** Lo mismo que a Elías, me gustaría que Dios respondiera de inmediato a mis deseos y pusiera su poder a mi alcance. Pero en la trayectoria de mi fe voy aprendiendo que está siempre más allá de las imágenes que me hago de él. Necesito crecer en atención y capacidad de sorpresa para reconocerle y escucharle también en el silencio
- **Compartiendo nuestra fe.** Leemos 1 Re 19,11-13 «traduciendo» el lenguaje de sus símbolos (tempestad, fuego, terremoto, brisa suave...) y buscando la trayectoria de fe y la evolución de las imágenes de Dios que hay detrás de todo ello. ¿Qué diferencias encontramos entre «el Dios del Carmelo» (1 Re 18) y «el Dios del Horeb?». Cada cual puede compartir su experiencia de haber escuchado en alguna ocasión a ese Dios que se comunica en el rumor de una brisa tenue...

UNA ALBERCA EN JERUSALÉN (Is 7,1-9)

«Lleva la seguridad en el nombre», pensaba Isaías de su hijo al verle crecer tan tranquilo y fuerte. Le había puesto un extraño nombre: Se'ar Yasub, «un resto volverá», como el Señor mismo le había ordenado, y aquellas palabras eran para Israel el presagio de un futuro en crisis, pero finalmente victorioso. Iban a pasar por la prueba de la disminución y el destierro, pero la promesa de retorno llenaba de esperanza el horizonte.

Su esposa decía a veces:

-Me inquieta este niño, que nunca tiene miedo. Se sube a las ramas más altas de la higuera sin conciencia de peligro, cualquier día meterá la mano en un escondrijo de serpientes...

Isaías recordaba aquellas palabras al recorrer con su hijo de la mano las calles de Jerusalén, sitiada por el ejército enemigo. La situación era grave y el miedo agitaba el corazón del rey Acaz y el del pueblo como agita el viento los árboles del bosque.

-Ve al encuentro de Acaz -le había ordenado el Señor- y lleva contigo a tu hijo Se'ar Yasub. La madre del niño se resistía:

-Es demasiado pequeño, hay mucha violencia en las calles y plazas, déjalo conmigo.

Al fin cedió y padre e hijo recorrieron una ciudad que se preparaba para la guerra: se afilaban las espadas, se tensaban los arcos, los que iban a luchar se ajustaban las armaduras. El niño, fuertemente agarrado de su mano, avanzaba sin dar muestras de temor, y solo cuando un caballo pasó rozándoles se apretó contra su padre, pero siguió tranquilo.

Encontraron al rey inspeccionando la provisión de agua en la alberca de arriba: tenía el rostro crispado de ansiedad y se tensó aún más al ver ante él al profeta y oír sus palabras. Se las dirigía con autoridad de quien habla en nombre de Otro:

-No dejes que el miedo haga vacilar tu fe en el Señor. Que la vigilancia no te haga perder la serenidad, no pongas tu confianza en tus recursos, sino en la fuerza de tu Dios. ¿Ves esta alberca? Sus aguas están turbias y no se ve el fondo, pero si yo me pusiera en un extremo y dijera a mi hijo: «Ven hacia mí, no temas cruzarla, yo no dejaré que te cubra el agua», él comenzaría a avanzar sin miedo, porque confía en mí y en mis palabras. Pero si tú no te atreves a apoyarte en el Señor, nunca podrás experimentar que estás sostenido por él.

El rey lo miró sin querer comprender y se alejó para seguir con los preparativos de defensa: prefería afrontar los peligros del combate antes que correr el riesgo de una confianza sin límites que les acaba de las fronteras de lo conocido.

Isaías lo vio alejarse, volvió a coger la mano de su hijo y emprendió el camino de vuelta a su casa. Había anochecido y la oscuridad añadía un nuevo terror a los pobladores de Jerusalén.

Y mientras recorrían de nuevo sus calles, el profeta pensó que llegarían días en que volvería el resto de Israel. Un resto que se fiaría del Señor con la misma tranquila confianza con que su hijo caminaba ahora agarrado de su mano en medio de noche.

- **Esta historia es mi historia.** En mi vida de creyente guardo como un tesoro el recuerdo de las ocasiones en que he vencido mis miedos y me he atrevido a fiarme de Dios. Hago memoria con alegría de su fidelidad para conmigo y de cómo me he sentido sostenido por él en situaciones ellas que, por mí mismo, no hubiera sido capaz de mantenerme en pie ni de actuar como lo hice.
- **Compartiendo nuestra fe.** Para hablar de la fe, Isaías juega con la raíz hebrea 'aman, que significa «ser sólido, ser firme, ser seguro», y en otra conjugación «apoyarse, confiar, ser sostenido». Cuando decimos amén estamos proclamando: «De eso me fío, en esto me apoyo, esto me sostiene», ¿A qué y a quién damos hoy el amén de nuestro consentimiento?

UN CAMPO EN ANATOT (Jr 32)

Baruc, secretario de Jeremías, asistía atónito a la escena: el profeta estaba firmando un contrato de compra de un campo en territorio de Anatot. No podía dar crédito a lo que veía: ¡comprar un campo cuando Jerusalén estaba ya sitiada por las tropas caldeas y a punto de sucumbir, cuando todo el mundo trataba de vender casas y tierras ante el inminente destierro a Babilonia! ¿Cómo no le había consultado antes de tomar aquella decisión absurda? ¿No se daba cuenta de que Judá iba a quedar desierta y el retorno sería imposible?

Cuando acabó la ceremonia, se acercó a Jeremías para volcar en él sus preguntas y sus reproches, pero lo vio tan abatido que no se atrevió a hacerlo. Sentado junto a él en el patio de guardia donde estaba detenido, le escuchó en silencio: había realizado aquel gesto contra su voluntad, una vez más el Señor le había seducido y él se había dejado seducir. Había sido inútil que se dijera tantas veces así mismo: «No pensaré más en él, no escucharé su Palabra...»: la sentía dentro de él como un fuego devorador encerrado en sus huesos y, aunque quería desobedecer, no podía. Así había sido su vida entera: un largo camino que le llevaba de la protesta al consentimiento, pero ahora estaba ya demasiado viejo y cansado como para oponerse a lo que el Señor le ordenaba.

Lo venía intentando desde el día en que su Palabra lo había destinado a ser profeta de las naciones y él se había opuesto:

-Soy demasiado joven, no estoy preparado, no seré capaz...

Fue inútil.

-Yo estaré contigo -había respondido el Señor, y luego le había mostrado una rama de almendro para asegurarle:

-Es la primavera y no tú, hombrecillo tembloroso, quien se encarga de que florezcan los almendros. Y tampoco serás tú, sino yo mismo, quien me encargaré de que mi Palabra se cumpla...

Habían seguido muchos años de enfrentamientos y conflictos con el rey y los partidarios de luchar contra los caldeos, y había tenido que pronunciar oráculos contra Judá tan amenazadores que parecían nacidos de los labios de un enemigo. Y ahora, después de haber anunciado tantas veces y en medio de tantas controversias que había que disponerse para el destierro, el Señor le ordenaba realizar el gesto insólito de comprar un campo con esta única explicación:

-Todavía se comprarán casas y campos y huertos en esta tierra. Había comprado aquel campo para confirmar su absoluta confianza en ese «todavía...» futuro, para dejar atrás la convicción de que la angustia presente había puesto su firma sobre los acontecimientos.

Aquella palabra atravesó también el alma de Baruc: «Todavía. ...». Y supo que toda la esperanza que Dios quería sembrar ahora en el corazón de su pueblo estaba encerrada en esta sencilla palabra. Una palabra que latía, escondida como una semilla, en la jarra de loza enterrada que guardaba los contratos de compra del campo.

- **Esta historia es mi historia.** Lo mismo que a Jeremías, la fe pide a veces realizar gestos insólitos que despiertan perplejidad e incompreensión. Expongo mi vida ante el Señor y le pido valor cuando llegue la hora de hacer alguno de esos gestos que piden llevar la esperanza más allá de la lógica.¹ Compartiendo nuestra fe.
- **Compartiendo nuestra fe.** Recordamos personas o grupos a los que el Evangelio está moviendo hoy a adoptar posturas contraculturales. Ideamos caminos concretos por los que unimos a los que hoy toman partido por aquellos que el mundo considera insignificantes y sin futuro.

EN LAS AFUERAS DE BELÉN (Rut I)

La noticia corrió entre las vecinas de Belén como chispas por un cañaveral:

-¡Ha vuelto Noemí!

Muchas la recordaban del tiempo en que vivía con su esposo y sus dos hijos en una casa modesta alas afueras del pueblo. Cuando sobrevino el hambre, habían tomado la decisión de emigrar a Moab para sobrevivir, pero habían pasado muchos años y no habían vuelto a saber de ellos. Solo lo que contó un día un comerciante de paso por Belén: Elimélek había muerto y también sus dos hijos, dejando tres viudas desoladas y sin futuro.

Ahora Noemí volvía acompañada por otra mujer más joven, y las vecinas salieron de sus casas para saludarlas y abrazarlas. Casi no conseguían reconocerla: ¿dónde estaba aquella mujer hermosa a la que habían visto marchar erguida y animosa con un pesado fardo sobre su cabeza? El sufrimiento y el paso de los años la habían convertido en una anciana encorvada que solo pronunciaba palabras desabridas e hirientes. Les prohibió llamarla Noemí, «la dulce»:

-Llamadme «Amarga», porque el Todopoderoso me ha llenado de amargura. Llena me marché, y el Señor me trae vacía. Ha sido él quien me ha afligido, el Todopoderoso me ha maltratado.

Aquella manera de hablar causó revuelo, y al día siguiente algunos ancianos del pueblo la visitaron: ¿quién era ella, una mujer y además viuda y miserable, para hablar así del Altísimo? ¿Cómo se atrevía a culparle de sus desgracias, en vez de acatar con sumisión sus designios? Ella les escuchó con rostro endurecido, sin alterarse al oír sus reproches. Cuando terminaron su discurso, les dijo:

-Esa fe que me presentáis no es la que yo he recibido de mis padres. Desde niña aprendí que nuestro Dios no es un Dios que obliga a los hijos de Israel a mantenerse sometidos y mudos en su presencia. No recordáis a Abrahán y Sara, que se atrevieron a reírse ante la promesa de un hijo en su vejez? También Rebeca, la mujer de Isaac, cuando sintió pelear a los niños que llevaba en su vientre, fue aquejarse ante Dios. Y Jacob, ¿acaso no luchó con el ángel del Señor toda una noche hasta arrancarle su bendición? En mi clan se contaba también en voz baja la historia de un husita llamado Job que, desde su desgracia, se plantó ante Dios para expresarle sus quejas, protestas y desafíos con palabras terribles que hacen temblar a quien las escucha. Los más ancianos lo consideraban un blasfemo, lo mismo que vosotros a mí, y prohibieron repetir sus palabras, pero una esclava idumea que había aprendido en Edom sus poemas me los recitaba a escondidas cuando yo se lo pedía. Aún recuerdo algunos de sus versos y se los repito a Dios en algunos momentos: «Me has trastornado envolviéndome en tus redes, has descuajado mi esperanza como un árbol... Me quejo amargamente ante ti porque tu mano agrava mis gemidos... ¡Si supiera cómo encontrarte, cómo llegar a tu tribunal! Presentaría ante ti mi causa con la boca llena de argumentos. Ojalá acabes y te apartes de mí y tendré un instante de alegría...».

Se marcharon por fin colmándola de amenazas, y Rut vino a sentarse junto a ella: quería saber si el Dios de Israel era tan cruel y vengativo como los dioses de Moab. El rostro de Noemí se volvió sereno al responderle:

-No, no lo es, hija mía, pero hay muchas maneras de creer en él. Y yo vivo cruzando sin cesar una frontera, como si pasara a tierras de Moab y volviera después a Belén. A veces me adentro en tierras de rebeldía, provocación y protesta, para retornar después a la adoración, el consentimiento y el amén. Pero siento que nuestro Dios no me reprocha mis alejamientos y me espera y recibe en sus brazos cada vez que retorno. Lo mismo que me han acogido hoy de nuevo las vecinas de Belén.

- **Esta historia es mi historia.** Como Noemí, quizá escondo en mi corazón secretas quejas y reproches contra Dios. No quiero dejar que entre él y yo se levante un muro de silencio y me decido a expresarle sin miedo todos esos «malentendidos», junto con mi deseo de pasar poco a poco de la rebeldía al consentimiento
- **Compartiendo nuestra fe.** El primer profeta que se atrevió a preguntarle a Dios «por qué» y «hasta cuándo» fue Habacuc. Escuchamos sus protestas en el comienzo de su libro y leemos después el himno de 3,17-19. Es asombroso cómo este creyente llegó a serenar su fe tan atormentada.

UNA CASA SIN TEJADO (Mc 2,1-12)

Habían jugado juntos desde niños: hacían trampas para pájaros, pescaban renacuajos en las charcas, robaban nueces de los huertos, se retaban a ver quién se atrevía a subir hasta el tejado de la casa de Matatías, el fariseo, para asomarse y contar después lo que había visto. Eran ya adolescentes cuando a Samuel, que vivía con su madre viuda, le asaltaron unas extrañas fiebres que dejaron su cuerpo retorcido y sus piernas incapaces de sostenerle. Los otros cuatro siguieron a su lado: pasaban tiempo junto a él, conversaban para entretenerle, al llegar la primavera le sacaban en su camilla junto al mar para que le diera el sol y el aire, le contaban lo que habían oído en la sinagoga: un día, anunciaba un profeta, los ciegos recobrarían la vista, los mudos cantarían y los cojos saltarían como ciervos. Pero los ojos de Samuel se nublaban, porque sabía que eso ocurriría en tiempos del Mesías, que nunca llegaba.

Cuando murió su madre juraron que no lo abandonarían a su suerte y cumplieron su juramento. Le decían:

-¿Te acuerdas de lo amigos que eran David y Jonatán? Pues nosotros somos más que ellos, porque ellos eran solo dos y nosotros somos cinco, y a Jonatán lo mataron, pero a ti nadie va a atreverse a tocarte ni un pelo, porque nos tienes a nosotros para defenderte.

Un día Bernabé fue a buscar a los otros lleno de agitación: Jesús, aquel galileo de quien todos hablaban, estaba en Cafarnaún y había curado a muchos enfermos.

-Cuentan que ha dicho que quien tenga fe como un grano de mostaza moverá montañas. Yo no sé qué clase de fe es esa, pero a nosotros nada nos ha detenido nunca a la hora de ayudar a Samuel, y, si ese Jesús es capaz de curarle, vamos a llevarle a donde él esté.

Benjamín dijo:

-Creo que se aloja en casa de Matatías, ¿y no os acordáis que de niños éramos capaces de trepar hasta su tejado?

La dificultad de la empresa despertó su deseo y trazaron el plan: al día siguiente cogieron cuerdas, subieron la camilla hasta la terraza de una casa vecina y desde allí todo fue sencillo: apartaron el cañizo del tejado y descolgaron la camilla junto al lugar en el que Jesús estaba sentado.

Temieron que su atrevimiento lo encolerizara, pero, cuando vieron cómo miraba a Samuel y luego a ellos, asomados arriba, supieron que habían ganado la batalla:

-Hijo, tus pecados están perdonados -dijo Jesús-. Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

Y en medio del estupor de todos, Samuel se levantó, tomó él mismo su camilla y salió fuera.

Aquella noche se juntaron para celebrarlo y Bernabé dijo:

-Quizá nuestra fe no mueva aún montañas, pero al menos, ¡ya hemos conseguido mover un tejado! Rieron y Samuel brindó en honor de aquel hombre que le había mirado con el cariño de un padre y había devuelto el vigor a sus piernas. Y les dijo que su corazón, liberado también de las ataduras del pecado, saltaba ahora de alegría como si hubieran llegado ya los tiempos del Mesías.

- **Esta historia es mi historia.** Me dejó mirar por los ojos de Jesús como si fuera el parálítico. No hay en él sombra alguna de acusación ni de reproche: solo una ternura y una aceptación incondicionales que fluyen hacia mí y me sumergen en el torrente de su amistad y su misericordia. Le escucho decirme.- «Entre tú y yo no existe ninguna interferencia, todo está perdonado».
- **Compartiendo nuestra fe.** Compartiendo nuestra fe. Evocamos los nombres de personas que a lo largo de nuestra vida nos han sostenido en la fe, se han hecho cargo de nuestras parálisis y nos han llevado al encuentro de Jesús. Buscamos estrategias para hacer nosotros lo mismo con otros y ayudarles a poner en pie sus 'Vidas.

RELATOS EN LA HABITACIÓN DE ARRIBA (Mc 5,21-43)

-Nada volvió a ser lo mismo a partir de aquel día.

Lo contaba Jairo en el grupo de los que se reunía en la comunidad de Jerusalén para la fracción del pan. Solían reunirse en la sala alta de la casa en la que un día habían cenado por última vez con Jesús y en la que habían recibido el fuego de su Espíritu. Jairo había dudado mucho antes de dar aquel paso: dejar atrás su puesto de jefe de sinagoga y unirse al grupo de los seguidores del Nazareno crucificado y resucitado, reunidos en torno a Santiago, el hermano del Señor. Quería dejar claro que su decisión no se debía solamente a que Jesús hubiera devuelto la vida a su hija, sino a las palabras que le oyó decir a los que se lamentaban junto al cadáver:

-La niña no está muerta, está dormida.

Aquella noche, cuando dejó a su hija respirando tranquila en su lecho, salió a la azotea de su casa a serenar su corazón colmado de emociones, y sintió que aquellas palabras invadían todo su ser y le arrastraban hacia una tierra desconocida. Porque si Jesús había llamado «sueño» a la muerte, quitándole así su poder de sentencia definitiva, ¿qué cosas diría sobre otras realidades de la existencia? ¿Qué decía del sufrimiento y del amor, de la violencia y el fracaso, de la gloria, el poder o la alegría... ?

Comenzó a ir detrás de él casi a escondidas, a preguntar a los que le acompañaban. Ellos pensaban que le movía el agradecimiento, pero, más allá de eso, él se sentía como un ciego que recuperara la vista progresivamente, o como un hombre sordo y mudo que, al curarse, comenzara a pronunciar el verdadero nombre de las cosas.

-Estoy como una tierra a la espera de la lluvia -siguió diciendo-, necesito empaparme de otra sabiduría. Cuando os oigo recordar cosas que solía decir Jesús: «Habéis oído..., pero yo os digo...», siento que ese «pero» está dirigido a mí. Lo que yo he oído es que la muerte desemboca en la no vida del seol; que Dios premia al justo y rechaza al pecador y que en su reino solo entrarán los que cumplan los seiscientos trece mandamientos de la Tora; que hay que amar al amigo y odiar al enemigo, y que las riquezas son un signo de la bendición de Dios. Pero lo que oigo que decía Jesús es que Dios acoge en su casa a los más perdidos y que el lugar preferente en su banquete los ocupan los últimos; que no son los sabios y entendidos los que conocen los secretos del reino, sino que los más sencillos poseen la sabiduría de Dios; que a los pobres les está destinada la verdadera dicha y que es más difícil que entre un rico en el reino que un camello por el ojo de una aguja.. ¿Cómo puedo liberarme de las enseñanzas que he ido aprendiendo y que, como ferviente judío, he enseñado a otros? ¿Cómo soltar las ataduras que me mantienen aferrado al pasado, y pesan sobre mí, dejándome postrado e inmóvil, como estaba mi hija antes de que Jesús la despertara de la muerte? Se hizo un largo silencio al que siguió una oración y todos pidieron que Jairo, lo mismo que su hija, pudiera escuchar también las palabras de Jesús: «Jairo, a ti te digo, ponte en pie».

- **Esta historia es mi historia.** Jairo y yo compartimos muchas cosas; los dos hemos tenido la suerte de conocer a Jesús y está ante nosotros la tarea de ir pensando y sintiendo como él y de dar a las cosas de la vida los mismos nombres que él les dio.
- **Compartiendo nuestra fe.** Compartiendo juntos la fe. Podemos dedicar un tiempo a leer en particular el Sermón del monte (Mt 5 y 6) con la actitud de discípulos que aprenden de su Maestro la verdadera sabiduría. Hacer después juntos una lista de opiniones e ideas que hoy parecen indiscutibles y preguntarnos si ante alguna de ellas Jesús diría: «Habéis oído... pero yo os digo...».

UN CRUCE DE CAMINOS (Mc 5,21-43)

El canto alegre de los peregrinos que se dirigían al templo llegó hasta sus oídos:

-«¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne gritan de júbilo por el Dios vivo...!».

Y ella, que se había sumado tantas veces a aquel canto de peregrinación, lo escuchaba ahora con amargura. El abatimiento había ahogado su júbilo y su cuerpo humillado arrastraba su corazón hacia la desesperanza. La impureza de su enfermedad pesaba sobre ella como un lastre y la alejaba, no solo de los atrios del Señor, sino hasta de sus parientes y conocidos, que evitaban rozarla por miedo a contaminarse. Se había vuelto temerosa y esquiva, consciente de que nunca podría volver a cantar: «Hasta le gorrión ha encontrado una casa y la golondrina un nido donde colocar sus polluelos»: ella era un pájaro sin nido y nunca necesitaría buscar cobijo para unos hijos que su dolencia le negaba.

Recordó la aclamación: «¡Dichosos los que encuentran en ti su fuerza!», y sintió que su desdicha se avivaba: aquella bienaventuranza no le estaba destinada y no se sentía digna de volver a acudir al Dios «que nunca niega sus bienes a los de conducta intachable». Porque ella había buscado la fuerza fuera de él, y por eso ningún médico había sido capaz de curarla.

Mientras repetía el final del salmo: «Señor de los ejércitos, dichoso quien confía en ti...», llegó hasta ella el barullo de la muchedumbre que se acercaba. Le dijeron que se trataba de un profeta galileo que había curado a muchos y puesto en pie de nuevo sus vidas.

En aquel momento le asaltó una pregunta: ¿y si moraba en aquel hombre la fuerza del Señor y ella conseguía alcanzarla? Sintió en su corazón un impulso como el que la llevaba cada año a peregrinar a Jerusalén, una convicción misteriosa de que, si conseguía rozarle, quedaría curada. Se abrió paso entre el gentío, avanzó y empujó hasta que su mano tocó el borde de su manto. Y sintió en ese instante que había cruzado un umbral y se adentraba en el ámbito de la salud y de la bendición. Cuando se acercó a él, temblando, escuchó sus palabras:

-¡Ánimo, hija! Tu fe te ha salvado... ¿De qué fe estaba hablando? Ella se sabía indigna y vacía, portadora únicamente de una pobreza reconocida y asumida, pero él le hablaba de una fuerza que la habitaba, a la que atribuía su sanación. La que se sentía abandonada por todos y caminando hacia la muerte recibía el nombre de «hija», como anuncio de un nuevo nacimiento que hacía de ella una mujer que comenzaba ahora a vivir.

Volvió a su casa y al día siguiente se unió a la caravana de los peregrinos, sumando con alegría su voz a sus canciones de subida:

-«Dichosos los que encuentran en ti su fuerza, dichoso quien confía en ti...».Y en lo más hondo de su corazón susurró una nueva bienaventuranza: «Dichoso el que posee la fuerza de la fe. Y bendito aquel que me lo ha hecho conocer...».

- **Esta historia es mi historia.** Cuando rezar el Credo se me hace difícil, releo esta escena del Evangelio y acudo a Jesús desde mi pobreza y mis límites, confiando en que él es una fuente de sanación siempre a mi alcance. Es una manera de tocar el borde de su manto como hizo aquellamujer.
- **Compartiendo nuestra fe.** Compartiendo nuestra fe. Jairo se dirigió a Jesús en público y a través de la palabra; la mujer lo hizo desde el anonimato y tocando su manto silenciosamente. Cada uno de nosotros posee su propio «lenguaje» en la relación con el Señor: compartirlo en el grupo puede ensanchar nuestro horizonte y hacernos más tolerantes y comprensivos con la pluralidad eclesial.

UN CABEZAL EN POPA (Mc 4,3 5-41)

El Maestro se lo había avisado:

-Lo mismo que me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros...

Pero no contaban con que la persecución iba a llegar tan pronto. La curación del parálítico en la puerta Hermosa y el discurso de Pedro habían irritado tanto al Sanedrín como a los saduceos, y Pedro y Juan fueron sometidos a amenazas, interrogatorios y prisión. Pero ni las prohibiciones ni siquiera los azotes consiguieron silenciarles y, cuando les soltaron, salieron contentos de haber podido padecer algo por Jesús.

Algunos de los recién agregados a la comunidad no podían comprenderlo: estaban asombrados de tanta libertad y tanto valor. Más de uno confesaba:

-Yo me siento incapaz de vencer el miedo a ser apresado e incluso muerto por causa de Jesús. Hablaron de ello en el grupo y los discípulos presentes les contaron una travesía del lago que habían hecho en compañía del Maestro y a la que debían ahora su valentía:

-Se desató una tormenta fortísima, de esas que ocurren a veces en el lago; el viento no nos dejaba remar, las olas casi cubrían la barca y nosotros tratábamos de achicar el agua, invadidos por el temor a irnos a pique. Y en medio de aquella situación de confusión y caos, Jesús dormía tan tranquilo en popa sobre un cabezal de cuerdas, totalmente ajeno a lo que nos estaba ocurriendo. Le despertamos con violencia: «Maestro, ¿es que no te importa que perezcamos ? », y entonces él se puso en pie y se enfrentó con el viento y las olas mandándoles callar, como si fuera dueño y señor de aquellos elementos enfurecidos.

Cuando todo volvió a estar en calma, nos hizo esta pregunta sorprendente: «¿Por qué sois tan miedosos? ¿Aún no tenéis fe?». No nos reprochaba que hubiéramos tenido miedo en aquel momento de peligro, sino que fuéramos tan cobardes y encogidos, como si para él esa actitud fuera incompatible con lo que llamaba «fe». Había una decepción velada en sus palabras, como si después de tanto tiempo juntos no hubiera conseguido que nos fiáramos del todo de que, estando con él, nada malo podía ocurrirnos.

En aquel momento quedamos sumidos en una perplejidad profunda y nos dimos cuenta de que apenas le conocíamos. ¿Quién era aquel hombre con el que convivíamos, pero que, de pronto, había traspasado una frontera que se nos escapaba? ¿Hacia qué clase de fe nos estaba empujando, qué certeza trataba de infundirnos como consecuencia evidente de su presencia junto a nosotros?

No supimos responderle entonces, pero ahora, cuando ha vuelto a desatarse otra tormenta peor que aquella, hemos recordado sus palabras. Le sabemos resucitado y vivo entre nosotros, y eso hace que no nos sintamos abandonados, a pesar de que él parezca estar ajeno a lo que nos ocurre. Lo aprendimos aquel día en la barca, cuando él quiso que supiéramos hasta dónde llegaba aquella confianza absoluta que él tenía en su Padre y que le hacía dormir tranquilo en medio de la tempestad.

- **Esta historia es mi historia.** «En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo». Estas palabras del Salmo 4 no son aún del todo verdad en mí vida, pero voy dando pasos en ese camino: cuando alguna tormenta amenaza mi vida, le digo al Señor: «Pase lo que pase, sé que tú estás conmigo, aunque me parezca que duermes...».
- **Compartiendo nuestra fe.** Compartiendo juntos la fe. La iglesia nos transmite la memoria de muchos nombres de hombres y mujeres que, sostenidos por la fe, han permanecido firmes en medio de tremendas persecuciones. Compartimos información acerca de cristianos perseguidos hoy y dedicamos un tiempo a orar por ellos.

DESPEDIDA EN MILETO (Hch 20, 17-38; Mc 8, 18-27)

Un fuerte abatimiento se cernía sobre la comunidad. Habían vuelto a Éfeso después de despedir a Pablo en Mileto y se habían reunido para consolarse unos a otros en aquel momento difícil. Estaban convencidos de que no volverían a verle y, lo mismo que él, eran conscientes de que en Jerusalén le esperaban prisión y controversias.

Andrónico repitió como en un eco unas palabras del discurso de Pablo:

-«Nada me importa mi vida, ni es para mí estimable...», ¿cómo se puede llegar a tener esa actitud -dijo- cuando todos sabemos lo aferrados que estamos a salvar nuestra propia vida? Esa libertad y ese desapego de Pablo me resultan inalcanzables, y creo que solo pueden vivirlos hombres tan excepcionales como él. Por eso me pregunto si este camino que queremos seguir y anunciar a otros no será una locura. Y me ocurre algo parecido con las palabras de Jesús que él nos ha recordado: «Hay más felicidad en dar que en recibir». Yo confieso que prefiero recibir a dar, y no estoy seguro de querer cambiar mis preferencias. Estas conductas tan elevadas, ¿no estarán destinadas a héroes que, como Esteban, han sido elegidos para el martirio? ¿No nos estamos equivocando creyendo que tenemos que proponérselas a todos los que quieren abrazar nuestra fe? ¿No van a alejarse de nosotros si les hablamos tanto de la cruz de Jesús? ¿Cómo atraeremos a ciudadanos de este imperio, buscadores del honor y la belleza? ¿No deberíamos presentar ante todo a Jesús como el más poderoso de los seres divinos y no insistir tanto en la ignominia de su muerte?

Las palabras de Andrónico suscitaron una larga reflexión-, todos recordaban afirmaciones rotundas de Pablo que circulaban por las distintas comunidades: «Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios»; «He decidido no saber otra cosa que Cristo crucificado»; «Para mí vivir es Cristo y la muerte, una ganancia, y Dios me libre de gloriarme si no es de la cruz de nuestro Señor Jesucristo»; «Todo lo considero pérdida comparado con el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor...». Si el pronunciarlas iba a llevar a Pablo a la muerte, ¿debían ellos continuar por aquel camino de desmesura o considerarlo más bien como rasgo de un temperamento apasionado e inclinado a exagerar? ¿No habría que moderar ese lenguaje radical si querían que otros se agregaran a la comunidad?

Tomó la palabra Evodia, que había pertenecido a la comunidad de Filipos:

-¿Y qué haríamos entonces con el dicho de Jesús que Marcos ha consignado en su evangelio: «Si alguno quiere venir conmigo, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga, porque si uno quiere salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará»? Son palabras imposibles de suavizar o disimular y debieron de quedar marcadas a fuego en la memoria de quienes las escucharon. ¿Quién se hubiera atrevido si no a inventarse una afirmación tan desmedida e insólita? Solo Jesús pudo pronunciarla, y además no se la propuso solo a sus discípulos, porque dijo: «Si alguno quiere...», así que nos toca a cada uno decidir si queremos entrar por ese camino abierto ante nosotros. Porque se trata de escoger entre pérdida o salvación, y esa elección nos toca a todos en el corazón mismo de nuestra vida. supone una «pascua», un paso muy decidido por nuestra parte si queremos seguir a Jesús: renunciar a nuestra propia manera de ver las cosas, a lo que imaginamos que es «salvar la vida» y confiar en que el Maestro lo sabe mejor que nosotros. Y si él propone ese camino extraño de la pérdida, tendremos que estar dispuestos a fiarnos de él, lo mismo que él no dejó de confiar en su Padre, aunque pasó por la cruz. ¿Cómo podríamos pretender seguirle si no entramos en esa relación de discípulos con el que consideramos nuestro Maestro?

Aquella noche volvieron a escuchar las palabras del himno a Jesús que se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Y bendijeron a Dios, que lo exaltó y le dio el Nombre que está por encima de todo nombre².

- **Esta historia es mi historia.** Soy consciente de que en la vida cristiana «nos lo jugamos todo» en acertar con lo que el Evangelio llama «salvar la vida» o «perderla». Más que razonar sobre ello prefiero otro camino: fiarme de Jesús y de su extraña manera de pensar y actuar, y estudiar en el Evangelio los caminos de pérdida que a él le llevaron a la ganancia.
- **Compartiendo nuestra fe.** Preguntarnos cómo vivir en lo concreto de nuestras vidas este juego de pérdida/ganancia en medio de un ambiente regido por el individualismo y las leyes del mercado, en el que la lógica del «cada cual para sí», parece ser la única propuesta ideológica y cultural. Tratar de poner nombre a criterios y formas de reaccionar que revelan en nosotros acuerdo o desacuerdo con las opciones de Jesús.

² Cf. J. DELORME, *L'heureuse annonce selon Marc*. París, Cerf, 2009.

UNA PUERTA CERRADA (Mc 3,31-35)

Se lo había contado uno de los que estaban con Jesús dentro de la casa, aquel día en que ella, junto con otros parientes, fueron a buscarlo:

-Cuando le avisaron de que estabais fuera preguntando por él, dijo que su madre y sus hermanos y hermanas son los que escuchan la palabra de Dios y hacen su voluntad.

María volvió a su casa en silencio. No se había abierto la puerta ni él había salido a recibirla, pero conocía a su hijo y sabía que aquellas palabras no estaban dirigidas a ella, sino a los que le rodeaban para escucharle. Ahora necesitaba estar sola y dar vueltas en su corazón a lo que había oído: desde que oyó la parábola del sembrador, se le había quedado dentro el deseo de ser como aquella tierra buena que acogía la Palabra y daba el ciento por uno.

«El Maestro nos ha ido mirando uno a uno a los que estábamos sentados en torno a él», le había contado aquel discípulo, y María recordó sus palabras con una sonrisa. Le alegraba saber que aquel grupo le quisiera tanto y que se apiñaran a su alrededor para escucharle. Antes que ellos, treinta años atrás, ella había tenido la dicha de rodearle con todo su ser aquellos nueve meses en que lo llevó en su seno.

Y sabía también lo que significaba haberle tenido como centro de su existencia durante los años de Nazaret.

Ahora eran otros los que le rodeaban, y ella se había quedado del otro lado de la puerta. Recordó la noche de Belén: también la puerta de la posada había estado cerrada para ellos, como también le habían resultado herméticas las palabras del ángel:

-Será grande, Dios le dará el trono de David, su padre, reinará en la casa de Jacob...

Porque lo que encontraron fue una cuadra y un pesebre para recostarle en lugar de trono. Luego, a lo largo de los años, muchas palabras que escuchaba detrás de la celosía de la sinagoga se convertían para ella en otras puertas que no conseguía abrir: el Mesías iba a dominar de mar a mar, le traerían el oro de Sabá, le llamarían Consejero, Rey y Príncipe, y sobrevendría una paz maravillosa en la que el león y el cordero pastarían juntos. Pero, cuando volvían a casa, su hijo seguía serrando madera y arreglando arados, sacaba para ella agua del pozo, respondía al nombre de Jesús y en el pueblo, cuando hablaban de él, decían: -Es el hijo de José, el carpintero.

No había entendido la respuesta que les dio cuando de niño se quedó en Jerusalén y no comprendía ahora su vida itinerante con aquel grupo de amigos, sin lugar donde reclinar la cabeza. Y, a veces, las cosas que decía la dejaban turbada y perpleja.

Recordó de pronto que Isabel, su prima, había dicho: -Dichosa tú, que has creído.

Y comprendió que ese iba a ser siempre su camino: seguir guardando en el corazón las palabras de su hijo. Mantener la fe también en los momentos oscuros. Permanecer confiadamente a la espera ante las puertas cerradas para ella. Y repetir siempre a su Dios:

-Aquí estoy. Hágase en mí como tú quieras...

- **Esta historia es mi historia.** Desde que descubrí que puedo llamar a María «Nuestra Señora del No Saber», la siento más cercana a mi camino de fe. El evangelio de Lucas dice de ella en dos ocasiones que «no comprendió», y eso que era la mejor creyente. Quiero hacer de ella mi compañera de camino a la hora de vivir las oscuridades de la vida...
- **Compartiendo nuestra fe.** Recordamos las palabras del Evangelio: «María conservaba todas las cosas y les daba vueltas en su corazón» (Lc 2,14-20). Damos vueltas también nosotros a qué puede significar esa capacidad de escuchar, reflexionar y vivir relacionando la Palabra con la vida. Evocamos escenas del Evangelio en que a ella debió de resultarle difícil encajar algunos comportamientos de su Hijo,

EN LA LADERA DE LA MONTAÑA (Mc 9,2-29)

Jesús no había entrado aún en la casa: permanecía fuera, hablando todavía con el padre del muchacho del que había expulsado un espíritu, y este, recuperado el sosiego, participaba también en la conversación. Dentro, el grupo de discípulos comentaba la respuesta que les había dado el Maestro al preguntarle por qué ellos no habían sido capaces de expulsar al espíritu:

-Esa clase solo sale a fuerza de oración -les había dicho. Pedro, que había subido con él al monte, recordaba que había sido precisamente durante la oración cuando Jesús se había transfigurado ante ellos.

-¿Por qué no va a tener poder la oración para transfigurar también la vida de ese niño? Él y su padre estaban en la oscuridad y Jesús ha hecho llegar hasta ellos la luz de la sanación. Por eso ha dicho que, al que cree, todo le es posible.

Entre todos hacían memoria de las palabras y demandas del padre del muchacho: recordaban que, más que hablar, había emitido un grito, como alguien tocado en su nivel más profundo:

-¡Creo! ¡Ven en ayuda de mi falta de fe!

Ya ni siquiera decía «nosotros», vinculando su suerte a la de su hijo, sino que hablaba de sí mismo, reconociendo su no fe. Sin embargo estaba manifestándose también como creyente porque si no fuera así, ¿cómo iba a pedir socorro a otro? Su petición expresaba algo que iba más allá de conseguir la sanación de su hijo: se había dirigido a Jesús apelando a su compasión, como si, por debajo de su poder, hubiera descubierto en él a alguien capaz de conmoverse.

Tomás escuchaba con rostro sombrío e intervino para confesar que él sentía su propia fe tan vacilante como la de aquel hombre:

-No debía de fiarse demasiado de Jesús, puesto que le dijo: «Si algo puedes...», y luego había reconocido que le faltaba fe. Cuando dijo eso, pensé que no la estaba pidiendo solamente para su hijo, sino que exponía ante él su propia vida, dividida en un combate interior: quería creer, pero se reconocía incapaz de vencer su incredulidad. Así me siento yo a veces, y además ni siquiera estoy seguro de en qué consiste esa fe que Jesús reclama...

Esta vez fue Juan quien habló. Había permanecido silencioso desde la bajada del monte, pero ahora tomó la palabra:

-Me parece que creer y no creer pueden mantenerse juntos, nunca estamos libres de esa amenaza de la no fe. Y lo único que podemos hacer es lo que ha hecho el padre del muchacho: llevar todo eso al encuentro de Jesús. Cuando él le ha dicho: «Todo es posible al que cree», ese hombre ha sentido que él carecía de esa fe, pero en vez de quedarse paralizado se ha atrevido a expresar su verdad y a suplicar la ayuda de Jesús. Por sí mismo no podía encontrar salida, pero ha buscado un camino: dirigirse al Maestro, convencido de que existía en él una ternura capaz de responder a su sufrimiento.

Y entonces Jesús le ha hecho descubrir el poder que reside en la impotencia: para él, la fe consiste en que, en vez de apoyarnos en nosotros mismos, nos abramos sin reserva a Otro. Y ese Otro es Aquel cuya voz hemos oído en el monte: «Este es mi Hijo amado. Escuchadle». Jesús ha tomado de la mano a ese hombre vuelto hacia él y le ha llevado más allá, hasta que su relación ha quedado atravesada por la relación con el Padre. ¿Y no será esta experiencia de transfiguración lo que busca en cada uno de nosotros?³

- **Esta historia es mi historia.** También yo digo con frecuencia: «Creo, Señor, pero ¡ven en ayuda de mi falta de fe!». Y me ocurre, misteriosamente, que, cada vez que reconozco esa fragilidad de mi fe, experimento más fuerza y más ánimo. Quizá por eso Pablo decía: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12,10).
- **Compartiendo nuestra fe.** Recordamos las palabras del cardenal Newman: «Fe es la capacidad de soportar dudas»; las de Karl Rahner «Ser creyente es encajar animosamente la vida»; y las de R. Ma Rilke: «Hay que acostumbrarse a convivir con las preguntas...». Contarnos cómo resuenan en nosotros esas afirmaciones y qué «nutrientes» necesita nuestra fe para fortalecerse.

³ Cf. J. DELORME *L'heureuse annonce selon Marc*, o. c.

LA PUERTA OESTE DE LA MURALLA (Jn 3, 1-21; 7, 50-53; 19, 38-42)

Evitaba pasar junto aquella puerta y, por supuesto, atravesarla. Frente a ella y fuera de la ciudad se alzaba el pequeño promontorio en el que crucificaban a los condenados, y a Nicodemo le repugnaba la sola idea de pasar cerca de aquellos malditos. Se jactaba de ser un fariseo íntegro, dedicado al estudio de la ley, y su conducta intachable constituía su orgullo.

Movido por el deseo de progresar en el saber, había ido a visitar a aquel maestro de Galilea de quien todos hablaban. Lo hizo de noche: había murmuraciones en torno a aquel hombre y quería evitar que su visita desatara sospechas de complicidad con él. Pero la entrevista no transcurrió como esperaba: él iba buscando un intercambio de opiniones entre sabios, algún progreso en el saber que los enriqueciera a ambos, y le desconcertó el planteamiento abrupto de Jesús sobre la necesidad de nacer de nuevo. No era eso lo que él esperaba y se escabulló en la noche con una molesta sensación de inquietud. Sin embargo, no pudo evitar después seguir de lejos sus idas y venidas, e incluso preguntar con discreción sobre lo que Jesús hacía y decía. Algunos dichos suyos le parecían muy hermosos, como el mas al del hombre que encontró un tesoro y lo vendió todo para hacerse con él; en el fondo, incluso le parecía una obcecación ver a sus compañeros fariseos empeñados en difamarle. Por eso se negó desde el principio a participar en la conspiración que tramaban contra él. En una ocasión, y muy a pesar suyo, sintió que debía levantar la voz en su defensa en la reunión del Sanedrín. Se daba cuenta de que, al hacerlo, estaba arriesgando su prestigio, y por eso adoptó un tono de moderada prudencia, pero, a pesar de ello, mereció un doble desprecio: el de quienes le escuchaban y el suyo propio por su cobardía.

Una extraña angustia se instaló en él a partir de ese momento, y vivió después con tensa expectación los preparativos de aquella Pascua: rogaba a Dios que Jesús no subiera a Jerusalén, donde le amenazaban sombríos presagios. Pero él subió, lo prendieron de noche y comenzó aquel juicio inicuo mientras él permanecía encerrado en su casa. En su interior luchaban dos hombres: el fariseo Nicodemo, aferrado convulsamente a sus viejas ideas, costumbres, saberes y prestigio, y otro hombre desconocido para él que, allá en lo más hondo, sabía que había encontrado un tesoro y tenía que venderlo todo si quería conseguirlo.

Al atardecer de la víspera de la fiesta de Pascua, antes que sonara el sofar que anunciaba el comienzo del sábado más solemne del año, una misteriosa tranquilidad se apoderó de él: salió de su casa, fue a comprar cien libras de perfume y se dirigió con decisión hacia la puerta oeste de la muralla. Se detuvo un instante en el umbral, consciente de que, si la atravesaba y se acercaba a aquel hombre maldito que colgaba de un madero, su vida ya nunca volvería a ser la misma. Sentía un desgarramiento en sus entrañas, como si una vida nueva, aprisionada en la matriz de su pasado, estuviera empujando para salir fuera de lo conocido. Del otro lado estaba el campo que escondía el tesoro, y el crucificado ejercía sobre él una poderosa atracción, más fuerte que todas sus resistencias. Cruzó el umbral y se fue acercando, cargado con sus perfumes, al montecillo rocoso donde estaban clavadas las cruces. Estaba vendiéndolo todo para poseer aquel tesoro. Estaba naciendo de nuevo.

- **Esta historia es mi historia.** Contemplar la figura de Nicodemo y el tiempo que le costó «rendirse» a Jesús me llena de ánimo. Me ayuda a aceptar la lentitud de mi propio proceso de fe y a confiaren que aún estoy a tiempo de consentir que la atracción del Crucificado sea más fuerte que mis vacilaciones y resistencias.
- **Compartiendo nuestra fe.** Nicodemo ponía como pretexto su edad para resistirse a «nacer de nuevo»; al paralítico de la piscina le parecía imposible curarse porque llevaba postrado treinta y ocho años (Jn 5); y la mujer encorvada lo estaba hacia dieciocho (Le 13,10-14). Sería bueno preguntarnos si nos refugiamos en ese tipo de excusas [«ya a mi edad...», «ya no estoy a tiempo...»] para permanecer estancados en la vida.

UN PASAJE ENTRE OLIVOS (Mc 14, 32-42)

-No nos extrañó que viniera a nosotros hasta tres veces, y aún me pregunto cómo pudimos volver a dormirnos...

Era Juan el que hablaba al abatido grupo de discípulos aquella tarde interminable de sábado. Contaba con vergüenza lo ocurrido la noche del huerto, mientras el Maestro oraba a un tiro de piedra de donde ellos se habían quedado. Todos conocían su costumbre de buscar la compañía de los suyos, excepto cuando se marchaba solo a orar: había en él una atracción poderosa hacia la soledad y a la vez una necesidad irresistible de contar con ellos como amigos y confidentes. Al principio creyeron merecerlo: al fin y al cabo lo habían dejado todo para seguirle y se sentían orgullosos de haber dado aquel paso; les parecía natural que el Maestro tomara partido por ellos, como cuando los acusaron de coger espigas en sábado y él los defendió; o cuando remaban angustiados con viento contrario mientras él oraba en el monte y vino a ellos andando sobre el agua; o cuando volvieron exhaustos de recorrer las aldeas y se los llevó a un lugar solitario para que descansaran.

Pero muy pronto las cosas que él decía y las conductas insólitas que esperaba de ellos empezaron a resultarles ajenas a su manera de pensar y de sentir, a sus deseos, ambiciones y discordias, y una distancia en apariencia insalvable se iba creando entre ellos y el Maestro. A veces lo sentían como un extraño que venía de un país lejano y se dirigía a ellos en un lenguaje incomprensible.

Ninguno de ellos se sentía capaz de salvar aquella distancia, pero Jesús encontraba siempre la manera de hacerlo. El día en que admiró la fe de los que abrieron el tejado y consiguieron poner junto a Jesús la camilla de su amigo paralítico, Juan comentó después a los otros:

-Si eso es la fe, pienso que también Jesús tiene fe en nosotros: fijaos cómo está siempre removiendo obstáculos con tal de no estar separado de nosotros, como si necesitara nuestra presencia y nuestra compañía.

Eso fue lo que ocurrió aquella noche de luna llena en el huerto: antes de alejarse para orar solo, les habló de la tristeza que le oprimía como un cerco de muerte, pero ellos en la cena habían bebido más vino del acostumbrado y el sueño les vencía. Le vieron alejarse y volver al cabo de no mucho tiempo, y así hasta tres veces. Pero ellos dormían y solo aquel pasaje entre los olivos pudo ser testigo de su fe: la que le llevaba a postrarse en tierra hasta que su cuerpo derribado expresara ante el Padre su confiada sumisión, y la que le conducía luego hacia sus amigos, como si los necesitara hasta para seguir respirando.

No supieron comprender del todo lo que estaba pasando, pero intuyeron de manera oscura que, lo mismo que su abandono en el Padre le había dado fuerza para afrontar su hora, aquel extraño amor que sentía por ellos había sido más fuerte que su decepción por no haber encontrado refugio a su lado.

Y fue quizá esa seguridad la que les hizo ponerse en pie cuando él les ordenó levantarse.

El sendero entre olivos que había recorrido una y otra vez el Maestro estaba ya iluminado por el resplandor de las antorchas.

- **Esta historia es mi historia.** Las narraciones evangélicas sobre Getsemaní me recuerdan algo esencial de la existencia creyente: Jesús va y viene del Padre a sus discípulos, pasa una y otra vez de la oración a la relación con los suyos, y me invita a poner mis pies en sus mismas huellas. Es como si le escuchara decirme: «No separes nunca a Dios de tus hermanos...».
- **Compartiendo nuestra fe.** Existe una identificación entre cómo nos relacionamos con los demás y cómo lo hacemos con Dios, y la única forma de «evaluar» nuestra fe en él es examinar cómo va la que tenemos en los demás. Podemos dialogar sobre nuestra capacidad o dificultad para confiar en otros y sobre las situaciones en que vivimos rupturas en esa confianza.

GALILEA, LUNA NUEVA Mc 16,1-8.

Después de leer en la comunidad la última escena del manuscrito de Marcos, recordaron las palabras que habían escuchado las mujeres:

«No temáis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí, Mirad el lugar donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ellos a Galilea. Allí lo verán, como les había dicho».

Estaban celebrando la Pascua de Jesús y al final recitaron con alegría las palabras del Salmo 81:

«Aclamad a Dios, nuestra fuerza, dad vítores al Dios de Jacob:

acompañad, tocad los panderos, las cítaras templadas

y las arpas; tocad la trompeta por la luna nueva,

por la luna llena, que es nuestra fiesta».

Todos se quedaron sorprendidos por la enérgica firmeza de la intervención de Ticia:

-No deberíamos seguir rezando con este salmo, porque afirma algo que ya no es cierto: la luna llena ha dejado de ser nuestra fiesta.

¿Cómo se atrevía aquella mujer, que provenía del paganismo, a cuestionar una de las oraciones de Israel?

Trataron de acallarla, pero ella continuó: -Conozco las tradiciones judías y respeto el aprecio que tenéis a vuestras fiestas, pero no podéis imponerlas a quienes solo confesamos como centro de nuestra fe a Jesús, el Señor, que ha resucitado. Hemos hablado mucho entre nosotros de la escena en que las mujeres fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo de Jesús y cómo debieron de sentir que aquello las desbordaba con su absoluta novedad. Habían acudido siguiendo una costumbre y lo que iban a hacer era lo conveniente y adecuado, pero nada sucedió como esperaban: por mucho quemadrugaron, ya el sol se les había anticipado; se preguntaban cómo iban a mover la piedra, y lapiedra estaba ya corrida; llevaban perfumes para embalsamar un cadáver, pero el lugar estaba vacío; buscaban a un crucificado y les anunciaron a un Viviente. Nadie acogió los perfumes de sus manos: se los cambiaron por una misión confiada a sus voces, hasta entonces silenciadas. El lugar cerrado se había convertido en un espacio abierto que debían abandonar y no volver a rondar nunca más: era en Galilea donde él iba a preceder a los suyos. En lugar de un cuerpo habían recibido una palabra, ya no podían seguir estando en los lugares que antes frecuentaban. Estaban enfrentadas a un acontecimiento inesperado e inaudito que sobrepasaba todas sus capacidades. Por eso reaccionaron con estupor y sobrecogimiento, lo mismo que Pedro, Santiago y Juan cuando Jesús se transfiguró en el monte ante ellos; lo mismo que los discípulos después de la tormenta en el lago o los que vieron en pie a la hija de Jairo. Los que hoy somos discípulos y seguidores del Señor resucitado hemos escuchado el mismo anuncio que ellas recibieron: «Jesús, el crucificado, ha sido puesto en pie y nos precede en Galilea». Y nos urge tanto responder a esa convocación que ya no podemos seguir sujetos a novilunios, ritos, festividades o viejas tradiciones: todo eso ha perdido ya su poder de ritmar nuestras vidas o de llenar espacios que, en nuestra fe, deben quedar vacíos.

Creer que Jesús ha resucitado supone tal exceso que nada puede ocupar su lugar ni ofrecer otras certidumbres. En otro tiempo caminábamos con unos perfumes que daban a nuestras manos la seguridad de una acción eficaz: ahora esos perfumes se han quedado olvidados junto a la tumba vacía y es la adhesión de nuestra fe la que nos ofrece la fuerza que nos hace vivir. Ya no necesitamos de la luna para guiar nuestros pasos: es el Señor resucitado quien nos precede en Galilea.

- **Esta historia es mi historia.** La Pascua me bautiza con un nuevo nombre: soy un «precedido» y voy por la vida con la seguridad de contar con la compañía del Señor resucitado, que camina delante de mí. Es él quien sostiene mi fe y me comunica la certeza profunda de que la muerte -la suya y la mía- ha sido vencida
- **Compartiendo nuestra fe.** La vida cristiana está atravesada por una dinámica de amenaza mortal y de posibilidad impensable de vida. La fe nos hace participar de ese movimiento pascual del Señor crucificado y resucitado. Pódenos redactar juntos un «credo» que exprese con nuestras palabras esa gloriosa participación.

CON LOS OJOS FIJOS EN JESÚS

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

Hacia el año 80 empieza a circular por algunas comunidades cristianas un escrito, conocido hoy como carta a los Hebreos. Su autor, buen conocedor de la religión judía, va destacando la importancia única e irreplicable de Jesús, muy superior a los venerables personajes de la tradición bíblica. Al final de su obra deja claro que los cristianos podemos contar con una «nube grande de testigos» de la fe en la historia de Israel, pero ahora se nos propone vivir «con los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consume la fe» (Heb 12,2).

El objetivo de esta reflexión es recuperar a Jesús, el Cristo, como «autor de la fe», el único que puede regenerar nuestra pequeña fe, débil y vacilante, para hacernos renacer a la verdadera identidad de discípulos y seguidores de Jesús.

Volver a Jesucristo

Es lo primero y más decisivo: poner a Jesucristo en el centro de nuestra fe. Todo lo demás viene después. ¿Qué puede haber más necesario y urgente para los cristianos que despertar en nosotros la pasión por la fidelidad a Jesús? Ya no basta cualquier reforma o aggiornamento. Necesitamos volver al que es la fuente y el origen de la Iglesia: el único que justifica su presencia en el mundo. Arraigar nuestra fe en Jesucristo como la única verdad de la que nos está permitido vivir y caminar de manera creativa hacia el futuro. Recuperar lo esencial del Evangelio, renacer juntos del Espíritu de Jesús.

Entrar por el camino abierto por Jesús

Los cristianos tenemos imágenes bastante diferentes de Jesús. No todas coinciden con la que tenían de su Maestro querido los primeros hombres y mujeres que lo conocieron de cerca y lo siguieron. Cada uno nos hacemos nuestra idea de Jesús. Esta imagen interiorizada desde niños a lo largo de los años condiciona nuestra forma de vivir la fe. Desde esta imagen escuchamos lo que nos predicamos, celebramos los sacramentos y configuramos nuestra vida cristiana. Si nuestra imagen de Jesús es pobre y parcial, nuestra fe será pobre y parcial; si está distorsionada, viviremos la experiencia cristiana de manera distorsionada.

No basta con decir que aceptamos todas las verdades que la Iglesia propone acerca de Cristo. La fe viva y operante solo nace en el corazón de quien vive como discípulo y seguidor de Jesús. Es esencial e irrenunciable confesar a Cristo como «Hijo de Dios», «Salvador del mundo» o «Redentor de la humanidad», pero sin reducir nuestra fe a una «sublime abstracción». No es posible seguir aun Jesús sin carne. No es posible alimentar la fe solo de doctrina. Necesitamos un contacto vivo con su persona: conocer mejor su vida concreta y sintonizar vitalmente con él. Necesitamos captar bien el núcleo de su mensaje, entender mejor su proyecto del reino de Dios, dejarnos atraer por su estilo de vida, contagiarnos de su pasión por Dios y por el ser humano. ¿Qué podemos hacer? Los cristianos de las primeras comunidades se sentían seguidores de Jesús más que miembros de una nueva religión. Según Lucas, las comunidades están formadas por personas que han conocido el «Camino del Señor» (Hch 18,25) y, atraídas por Jesús, han entrado por él. Se sienten «seguidores del Camino» (Hch 9,2). La carta a los Hebreos precisa que es «un camino nuevo y vivo, inaugurado por Jesús para nosotros» (Heb 10,20). Un camino que hemos de recorrer viviendo una adhesión plena a su persona, «con los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consume la fe» (Heb 12,2). Más tarde, el evangelio de Juan lo resume todo poniendo en labios de Jesús estas palabras: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6).

Por desgracia, tal como es vivida hoy por muchos, la fe cristiana no suscita «seguidores» de Jesús, sino solo adeptos a una religión. No genera «discípulos» que, identificados con su proyecto, se entregan a abrir caminos al reino de Dios, sino miembros de una institución que cumplen mejor o peor sus obligaciones religiosas. Muchos de ellos corren el riesgo de no conocer nunca la experiencia más originaria y apasionante: el encuentro personal con Jesús. Nunca han tomado la decisión de seguirle. Sin embargo, como ha dicho Benedicto XVI, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹.

La renovación de la fe está pidiendo hoy pasar de unas comunidades formadas mayoritariamente por «adeptos» a unas comunidades de «discípulos» y «seguidores» de Jesús, el Cristo. ¿Cómo entrar por ese camino abierto por Jesús?

¹ Deus caritas est 1.

Volver a Galilea

Los relatos evangélicos han sido compuestos para ofrecernos la posibilidad de conocer ese camino abierto por Jesús. Es lo que sugiere el mensaje que reciben las mujeres junto al sepulcro la mañana de Pascua: «Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado. No está aquí». No hay que buscarlo en el mundo de los muertos. ¿Dónde puede ser encontrado por sus seguidores? Hay que volver a Galilea: «Él va delante de vosotros. Allí lo veréis» (Mc 16,7). Hemos de ir a Galilea, volver al inicio. Hacer el recorrido que hicieron los primeros discípulos siguiendo la llamada de Jesús: escuchar de nuevo su mensaje, aprender su estilo de vida al servicio del reino de Dios, compartir su destino de muerte y resurrección².

Recorriendo los relatos evangélicos podemos experimentar que la presencia invisible y silenciosa del Resucitado en su Iglesia adquiere rasgos humanos y recobra voz concreta que nos llama también hoy a seguirle. Por eso, el Vaticano II nos ha recordado que, «entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, los evangelios ocupan, con razón, el lugar preeminente, pues son el testimonio principal de la vida y la doctrina del Verbo encarnado, nuestro Salvador» (Dei Verbum 18). Los evangelios no son libros didácticos que exponen doctrina académica sobre Jesús. No son tampoco biografías redactadas para informarnos con detalle de su trayectoria histórica. Lo que encontramos en estos escritos es el testimonio del impacto causado por Jesús en los primeros que se sintieron atraídos por él y respondieron a su llamada.

Por eso, los evangelios son para nosotros una obra única que no hemos de equiparar con el resto de los libros bíblicos. Solo en los evangelios encontramos la «memoria de Jesús», tal como era recordado, creído y amado por sus primeros seguidores y seguidoras. Estos escritos, nacidos de su experiencia directa con Jesús, constituyen el camino más natural para ponernos en contacto con Jesús resucitado y con su fuerza para engendrar también hoy nuevos discípulos y seguidores. Al recorrer los relatos evangélicos escuchamos las palabras de Jesús, no como el testamento de un venerado maestro que pertenece para siempre al pasado, sino como palabras de alguien que está vivo en medio de nosotros, comunicándonos «espíritu y vida» (Jn 6,63). Por otra parte, recordamos la actuación de Jesús no como la historia pasada de alguien que vivió hace muchos siglos, sino de alguien que ahora mismo está con nosotros curando nuestras vidas, defendiendo la dignidad de los pobres y marginados, acogiendo a pecadores e indeseables, abrazando a los pequeños, frágiles e indefensos, y llamándonos a todos a ser compasivos como el Padre del cielo.

Los relatos evangélicos, leídos, escuchados, meditados, compartidos y guardados en nuestros corazones y en nuestras comunidades, nos permiten actualizar la experiencia primera de aquellos que se fueron encontrando con Jesús por los caminos de Galilea. Esta experiencia nos hace vivir un proceso de nacimiento a una fe nueva, no por vía de «adoctrinamiento» o de «aprendizaje teórico», sino por medio de un contacto vital y transformador con Jesús, narrado en los evangelios. Lo que acogemos en nuestro corazón no es la instrucción de un catequista o la predicación de un presbítero, sino la Buena Noticia de Dios encarnada en Jesús. Ese Evangelio, que, según Pablo de Tarso, es «una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rom 1,16).

El Evangelio como nuevo comienzo

El Concilio Vaticano II nos ha recordado que, a lo largo de los siglos, el Evangelio es en todas las épocas el que hace vivir a la Iglesia. Estas son sus palabras: «El Evangelio es, en todo tiempo, el principio de toda vida para la Iglesia» (Lumen Gentium 20). La fe no puede nacer ni ser transmitida sin la presencia viva del Evangelio. Hemos de creer más en su fuerza regeneradora. Nada puede revitalizar hoy la fe de los cristianos tanto como la experiencia directa e inmediata del Evangelio.

Hemos de entender y configurar la comunidad cristiana como un lugar donde se acoge el Evangelio de Jesús. Un lugar humilde y frágil en estos momentos, pero un lugar donde se cuida, antes que nada, la acogida del Evangelio. Hemos de instaurar tiempos y espacios para recorrer juntos los relatos evangélicos. Reunir a los creyentes, a los menos creyentes, a los poco creyentes e incluso a los increyentes en torno al Evangelio de Jesús. Darle al Evangelio la oportunidad de que despliegue su frescura y su fuerza salvadora penetrando en nuestras vidas con sus problemas, crisis, miedos y esperanzas. Crear las condiciones para que el Evangelio irrumpa en nuestras comunidades. Hemos de captar bien que los evangelios son relatos de conversión. No solo narran el camino abierto por Jesús, sino que lo hacen para engendrar fe en Jesucristo. Son relatos que invitan a entrar en un proceso de cambio, de mutación de identidad, de seguimiento del reino de Dios. En esa actitud de conversión los hemos de leer, meditar y compartir en las comunidades cristianas. El contacto con el Evangelio puede ser así el comienzo de una nueva identidad cristiana. Jesús, narrado en los evangelios, nos enseña a vivir la fe, no por obligación, sino por atracción. Nos hace vivir la vida cristiana, no como un deber, sino como discípulos y seguidores seducidos por él. Al contacto con su Evangelio, aprendemos su estilo de vivir y descubrimos formas

² Según algunos autores, algo de esto parece sugerir también Lucas cuando, en su relato del nacimiento de Jesús (2,1-20), insiste en la consigna de los pastores: «Vayamos a Belén». Volvamos al origen. Descubramos en el niño recostado en el pesebre al Salvador: el Mesías, el Señor.

más humanas y evangélicas de pensar, vivir, celebrar y contagiar nuestra fe. Con los ojos fijos en Jesús podemos caminar en los años venideros hacia un nivel nuevo de existencia cristiana más inspirada en él y mejor motivada para servir a su proyecto del reino de Dios. Vamos a señalar algunos aspectos³.

- ¿Cómo entienden y viven su fe los cristianos que tú conoces? Indica actitudes y síntomas:
- ¿como adeptos que cumplen sus obligaciones religiosas?» ¿como discípulos que aprenden a vivir como Jesús? ¿como seguidores que colaboran en su proyecto del reino de Dios?
- ¿Te parece urgente volver a Jesús, el Cristo, para arraigar nuestra fe con más verdad y fidelidad en su persona y su proyecto del reino de Dios? ¿Por qué? ¿Conoces a personas que compartan este planteamiento? Ponles nombre y rostro.
- ¿Qué pasos concretos podemos dar los cristianos para entrar en contacto más directo e inmediato con Jesús y su Evangelio? ¿Conoces algunas experiencias positivas? Nómbralas.
- ¿Estás dispuesto a impulsar, junto con otros, posibles iniciativas para renovar la fe desde la lectura de los relatos evangélicos? ¿Puedes concretar tu disposición?

Crear la Buena Noticia de Dios

Son muchos los que hoy se sienten mal al oír hablar de Dios. Para ellos, Dios es cualquier cosa menos una Buena Noticia capaz de poner alegría en su vida. Pensar en él solo les trae malos recuerdos: en su interior se despierta la idea de un ser amenazador y exigente, que hace la vida más fastidiosa, incómoda y peligrosa. Poco a poco han prescindido de ese Dios abandonando toda comunicación con él. La fe ha quedado «reprimida» en su corazón. Hoy no saben si creen o no creen. Se han quedado sin caminos hacia Dios. Algunos desearían estar seguros de que no existe. Así podríamos todos saborear la vida con más libertad, sin tener siempre en el horizonte el enigma de ese Dios vigilante y juez que trata de imponernos su voluntad amenazándonos con castigos oscuros e inexplicables.

En estos tiempos de profunda crisis de fe religiosa no basta creer en cualquier Dios. No es suficiente afirmar que Jesús es Dios. Es decisivo discernir cómo es el rostro de ese Dios que se encarna y revela en Jesús, sin confundirlo con cualquier «dios» elaborado por nosotros desde miedos, ambiciones o fantasmas que poco tienen que ver con la experiencia de Dios que vivió y contagió Jesús. ¿No ha llegado la hora de promover en el interior de la Iglesia la tarea apasionante de «aprender», a partir de Jesús, cómo es Dios, cómo nos siente y nos busca, y qué quiere para sus hijos e hijas?

¡Qué alegría se despertaría en no pocos si pudieran intuir en Jesús los rasgos de Dios! ¡Cómo se encendería su fe si pudieran captar con ojos nuevos el rostro de Dios encarnado en Jesús! Muchos hombres y mujeres de fe débil, vacilante y casi apagada necesitan hoy escuchar la noticia de un Dios nuevo y bueno: el Dios de Jesucristo, que solo quiere una vida más digna y dichosa para todos, desde ahora y para siempre. Alguien les tiene que decir que ese Dios al que tanto temen no existe. Cualquier anuncio, predicación o catequesis sobre Dios que lleve al miedo, la desesperanza o el agobio es falso. Todo lo que impida acoger a Dios como gracia, liberación, perdón, alegría y fuerza para crecer como seres humanos no lleva dentro la Buena Noticia de Dios proclamada por Jesús.

Dios, amigo de la vida

El relato evangélico más antiguo dice que Jesús caminaba por Galilea «proclamando la Buena Noticia de Dios» (Mc 1,14). Si nos acercamos a él, enseguida veremos que, para Jesús, Dios no es un concepto abstracto, una bella teoría, sino una presencia amistosa y cercana que hace vivir y amar la vida intensamente. Jesús vive a Dios como el mejor amigo del ser humano: un Dios «Amigo de la vida». No ofrece a sus discípulos una información suplementaria acerca de Dios. Lo que contagia a todos es su experiencia de Dios como un «Misterio de bondad» que nos podría liberar de tantas ambigüedades con las que hemos oscurecido su rostro santo.

Para Jesús, Dios no es alguien extraño que, desde lejos, controla el mundo y presión a nuestras pobres vidas. Es el Amigo que, desde dentro, comparte nuestra existencia y se convierte en la luz más clara y la fuerza más segura para enfrentarnos a la dureza de la vida y al misterio de la muerte. No es que Jesús exponga una doctrina de Dios cuyo contenido puede ser entendido como algo bueno. Es mucho más. Ciertamente, lo que Jesús sugiere de Dios en sus parábolas es una noticia buena para los campesinos de Galilea. Pero, además, su modo de vivir a

³ Nuestro objetivo no es, por tanto, exponer el contenido de la fe al modo de un catecismo, sino sugerir algunos aspectos que podemos esclarecer, purificar o reavivar desde Jesús.

Dios les hace bien :él mismo es una «parábola viviente» de ese Dios bueno. Su modo de actuar en nombre de Dios introduce algo bueno en sus vidas. Toda la existencia de Jesús hace presente la bondad de Dios. Lo que predica, lo que vive y lo que hace es captado como Buena Noticia de Dios por quienes lo encuentran en su camino.

Jesús no discute acerca de Dios con ningún grupo judío. Todos creen en el mismo Dios, el Creador de los cielos y la tierra, el Liberador de su querido pueblo. ¿Dónde está la novedad de Jesús? Mientras los letrados de la Ley y los dirigentes religiosos asocian a Dios con la religión, Jesús lo vincula, sobre todo, con la vida. Los sectores más religiosos de Israel se sienten llamados por Dios a asegurar el culto del Templo, la observancia de la Ley o el cumplimiento del sábado. Jesús, por el contrario, se siente enviado por Dios a promover una vida más sana, digna y justa para todos sus hijos e hijas. El evangelio de Juan resume así toda su actividad: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

Según Jesús, para Dios lo primero es la vida de las personas, no el culto; la curación de los enfermos, no el sábado; la reconciliación social, no las ofrendas que lleva cada uno hacia el altar del Templo; la acogida amistosa a los pecadores y el perdón sanador de Dios, no los ritos de expiación. Jesús pronunció un día unas palabras inolvidables: «El sábado ha sido instituido por amor al ser humano y no el ser humano por amor al sábado» (Mc 2,27). El sistema religioso ha de estar al servicio de las personas. Una experiencia religiosa que va contra la vida digna y dichosa, o es falsa o ha sido entendida de manera errónea.

Los campesinos de Galilea tuvieron que captar muy pronto la enorme diferencia que había entre Juan el Bautista y Jesús. La preocupación suprema del Bautista es el pecado. Toda su actuación gira en torno al pecado del pueblo: denuncia los pecados, llama a los pecadores a hacer penitencia ante la llegada inminente de un Dios juez y ofrece un bautismo de conversión y perdón a quienes acuden al Jordán. Así prepara a Israel a encontrarse con su Dios juez. El Bautista no cura a los enfermos, no toca la piel de los leprosos, no abraza a los niños de la calle, no se sienta a comer con pecadores, prostitutas e indeseables. No realiza gestos de bondad, no alivia el sufrimiento, no se entrega a hacer la vida más humana. No se sale de su misión estrictamente religiosa.

Por el contrario, la primera mirada de Jesús se dirige al sufrimiento de las gentes más enfermas y desnutridas de Galilea, no a sus pecados. Anuncia a un Dios salvador y amigo realizando gestos de bondad. Su vida gira en torno al sufrimiento: bendice a los enfermos, libera a los leprosos de la marginación, abraza a los más pequeños y frágiles, libera a los poseídos por espíritus malignos, acoge a los pecadores despreciados por todos. Esto es lo nuevo. Jesús proclama a Dios curando la vida. Anuncia la salvación eterna sanando la vida actual. Este es el recuerdo que dejó Jesús: «Ungido por Dios con el Espíritu Santo y con poder, pasó por la vida haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10,38). Este Dios que unge a Jesús con su Espíritu curador fue captado por sus seguidores no como el Dios juez predicado por el Bautista, sino como el Dios amigo de la vida que resucitó a Jesús de la muerte.

Según los evangelistas, Jesús despide a los enfermos y pecadores con este saludo: «Vete en paz»⁴, disfruta de la vida. Jesús les desea todo lo mejor: salud integral, bienestar, una convivencia dichosa en el hogar y en la aldea, una vida llena de las bendiciones de Dios. El término hebreo shalom indica lo más opuesto a una vida indigna, desdichada, maltratada por las desgracias y los atropellos. Jesús libera a los seres humanos de la imagen opresora de Dios. Contagia a todos la experiencia de Dios como una fuerza contraria al mal, que solo quiere el bien, que se opone a lo que es malo y hace daño al ser humano.

Dios, el Padre bueno de todos

No hay duda. Jesús vive seducido por la bondad de Dios. La realidad insondable de Dios, lo que nosotros no podemos pensar ni imaginar, Jesús lo capta como un Misterio de bondad, compasión y perdón. Dios es una Presencia buena que bendice la vida. Su solicitud, casi siempre misteriosa y velada, está presente envolviendo la existencia de sus criaturas. Como decía el gran teólogo Karl Rahner al final de su vida: «Por Jesús sabemos que Dios es bueno y nos quiere bien. No necesitamos saber mucho más».

A ese Dios bueno Jesús lo invoca siempre como Padre. Lo llama Abbá, una expresión que en los hogares judíos utilizaban los niños pequeños al hablar con su padre. Jesús vive a Dios como alguien tan cercano, bueno y entrañable que, al comunicarse con él, le viene espontáneamente a los labios esa palabra cariñosa: Abbá, «Padre querido». No encuentra una expresión mejor.

Ese Padre bueno es un Dios cercano y accesible a todos. Cualquiera puede comunicarse con él desde el secreto de su corazón. Él habla a cada uno sin pronunciar palabras humanas. Él atrae a todos hacia lo que es bueno y nos hace bien. Los sencillos lo conocen mejor que los entendidos. Para encontrarse con él no son necesarias liturgias complicadas como la del Templo. Basta encerrarse en un aposento y dialogar con él en lo secreto. Dios no está confinado en ningún lugar sagrado. No es necesario peregrinar a Jerusalén ni subir al monte

⁴ Mc 5,34; Lc 7,50; 8,48.

Garizín. Desde cualquier lugar y en cualquier momento del día o de la noche es posible levantar los ojos al Padre del cielo. Jesús invita a todos a confiar en su bondad: «Cuando oréis, decid: "¡Padre!"» (Lc 11,2).

Ese Padre, bueno y cercano, es de todos. Busca a sus hijos e hijas allí donde están, aunque se encuentren perdidos, aunque vivan de espaldas a él. Nadie es insignificante a sus ojos. A nadie da por perdido. Nadie está huérfano. Nadie camina olvidado y solo. Según Jesús, Dios «hace salir su sol sobre buenos y malos; manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,43). El sol y la lluvia sonde todos. Dios los ofrece como regalo, rompiendo nuestra tendencia a discriminar a quienes nos parecen indignos. Dios no es propiedad de los buenos.

Impulsado por el Espíritu de ese Dios, Jesús acoge a los excluidos de la Alianza y a los olvidados por la religión. No puede ser de otra manera. Jesús capta a Dios como un Padre que tiene en su corazón un proyecto: crear una gran familia humana en la que no haya santos que condenan a pecadores, puros que separan a impuros, hijos de Abrahán que excluyen a paganos... Dios no bendice la exclusión ni la discriminación, sino la comunión fraterna. Dios no separa ni excomulga; Dios abraza y acoge. Es un error pretender construir la comunidad de Jesús excluyendo a quienes a nosotros nos parecen indignos. No responde a la Buena Noticia de Dios proclamada por Jesús.

El gesto que más escándalo provocó fue su amistad con pecadores. Nunca había ocurrido algo parecido en Israel. Ningún profeta se había acercado a ellos con esa actitud de respeto, acogida y amistad. Lo que más irritaba era verlo comiendo con toda clase de gentes alejadas de Dios: pecadores, recaudadores, prostitutas e indeseables. ¿Cómo puede un hombre de Dios aceptarlos a su mesa sin exigirles previamente algún tipo de conversión? Su gesto desencadenó una reacción inmediata contra él: «Ahí tenéis, un comilón y borracho, amigo de pecadores» (Lc 7,34).

Jesús no hace caso de las críticas. Contesta con un refrán: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos» (Mc 2,17). Aquellos hombres y mujeres tan alejados de Dios son los primeros que han de sentirse acogidos por él. Jesús no los envía a purificarse en las aguas del Jordán ni a ofrecer sacrificios de expiación en el Templo. Con su acogida amistosa los va curando por dentro: los libera de la vergüenza y la humillación; despierta en ellos la dignidad; les contagia su paz y su confianza en Dios. Nada han de temer. Conoce bien al Padre. Sabe que es como un pastor loco que lo arriesga todo por buscar a su oveja perdida: el Padre no espera a que sus hijos e hijas cambien para dar el primer paso y ofrecerles el perdón.

Nadie ha realizado en esta tierra un signo más cargado de esperanza, más gratuito y más absoluto del perdón de Dios. Su mensaje sigue resonando todavía hoy para quien lo escuche en su corazón: «Cuando os veáis rechazados por la sociedad, sabed que Dios os acoge y defiende. Cuando os sintáis juzgados por la religión, sentíos comprendidos por Dios. Cuando nadie os perdone vuestra indignidad, confiad en su perdón inagotable. No lo merecéis. Pero Dios es así: amor y perdón».

Parábola para nuestros días

En ninguna otra parábola ha logrado Jesús sugerirnos con tanta hondura el misterio de Dios y el enigma de la condición humana como en la llamada «parábola del padre bueno», narrada en el evangelio de Lucas (Lc 15,11-32). Ninguna es tan actual para nuestros tiempos. El hijo menor dice a su padre: «Dame la parte que me toca de la herencia». Al reclamarla está pidiendo de alguna manera la muerte de su padre. Quiere ser libre. No será dichoso hasta que su padre desaparezca de su vida. El padre accede sin decir palabra: el hijo podrá elegir libremente su camino.

¿No sucede hoy algo de esto entre nosotros? No pocos quieren verse libres de Dios, ser felices sin la presencia de un Padre eterno en su horizonte. Dios ha de desaparecer de la sociedad y de las conciencias. Y, lo mismo que en la parábola, el Padre guarda silencio. Dios respeta al ser humano.

El hijo se marcha a «un país lejano». Quiere vivir lejos de su padre y de su familia. El padre lo ve partir, pero no lo abandona; su amor de padre lo acompaña; cada mañana lo estará esperando. La sociedad moderna se va alejando más y más de Dios, de su nombre, de su recuerdo... ¿No está Dios acompañándonos mientras lo vamos perdiendo de vista?

Pronto se instala el hijo en una «vida desordenada». El término original no sugiere solo un desorden moral, sino una existencia insana, desquiciada y caótica. Al poco tiempo, su aventura empieza a convertirse en drama. Sobreviene un «hambre terrible» y solo sobrevive cuidando cerdos, como esclavo de un extraño. Sus palabras revelan su tragedia: «Yo aquí me muero de hambre». El vacío interior y el hambre de amor pueden ser los primeros signos de nuestra lejanía de Dios. No es fácil el camino hacia la libertad. ¿Qué nos falta? ¿En qué nos estamos equivocando? ¿Qué podría llenar nuestro corazón? Lo tenemos casi todo, ¿por qué sentimos hambre?

El joven «entró dentro de sí mismo» y, ahondando en su propio vacío, recordó el rostro del padre, asociado a la abundancia de pan: en casa de mi padre «tienen pan» y aquí «yo me muero de hambre». En su interior se

despierta el deseo de una libertad nueva junto a su padre. Reconoce su error y toma una decisión: «Me pondré en camino y volveré a mi padre». Cuando el padre ve llegar a su hijo hambriento y humillado, «se conmueve hasta las entrañas», corre a su encuentro, lo abraza y besa efusivamente, como una madre. Interrumpe la confesión del hijo para ahorrarle más humillaciones. No le exige un rito de purificación, no le impone castigo alguno, no le pone ninguna condición para acogerlo de nuevo en su casa. Le regala la dignidad de hijo: el anillo de casa y el mejor vestido. Ofrece al pueblo una gran fiesta: banquete, música y baile. El hijo ha de conocer junto a su padre la vida digna y dichosa que no ha podido disfrutar lejos de él. Esta acogida nos sugiere el amor de Dios mejor que muchos libros de teología.

Cuando Dios es percibido como poder absoluto que se impone por la fuerza de su ley, emerge una religión regida por el miedo, el rigorismo, los méritos y castigos. Este Dios es una mala noticia: muchos lo abandonarán. Por el contrario, cuando Dios es experimentado como bueno, cercano, liberador y perdonador, nace una religión alentada por la confianza, el gozo, la respuesta agradecida y la acción de gracias. Este Dios es Buena Noticia. No aterrera por su poder, atrae por su bondad, seduce por su fuerza salvadora. En el mensaje de Jesús subyace una promesa: Dios es para los que tienen necesidad de que exista y sea bueno.

- ¿Qué siente (a gente de hoy al oír hablar de Dios? ¿Qué recuerdos les trae? ¿Por qué para muchos Dios no es una Buena Noticia?
- ¿Crees que en las comunidades cristianas conocemos, vivimos y celebramos la experiencia del Dios bueno que vivió y contagió Jesús? Indica signos positivos o negativos y señala las causas.
- ¿Qué rasgos del Dios encarnado y revelado en Jesús te parece hoy más necesario cuidar y destacar? ¿Por qué? ¿Qué imagen de Dios transmitimos los cristianos con nuestra vida y testimonio?
- ¿Qué pasos concretos podemos dar en nuestras parroquias y comunidades para conocer mejor el rostro de Dios a partir de Jesús? ¿Qué iniciativas podemos promover para aprender a orar mejor solas y en grupo?

Recuperar el proyecto del reino de Dios

Muchos cristianos viven hoy su fe sin conocer el gran proyecto que tiene Dios de ir cambiando el mundo para hacer posible una vida más humana. Algunos ni siquiera han oído hablar de ese proyecto que Jesús llama «reino de Dios». No saben que la pasión que animó toda su vida, la razón de ser de toda su actividad, el objetivo de todos sus esfuerzos es anunciar y promover el proyecto humanizador del Padre, «buscar el reino de Dios y su justicia», trabajar para construir una vida más digna, más justa y más dichosa para todos. Esta es la tarea que confió a sus seguidores: «Anunciad el reino de Dios, abrid caminos a su justicia, curad la vida».

Los cristianos hemos de recuperar el proyecto del reino de Dios. Ese proyecto anunciado e impulsado por Jesús es la razón de ser y el sentido último de la fe cristiana; el criterio para verificarla autenticidad de lo que hacemos en la Iglesia de Jesús. Por eso, la tentación más grave que nos amenaza a los cristianos es hacer de la Iglesia un «absoluto». Pensar que ella es el centro de todo, el fin último al que todo lo demás ha de quedar subordinado. Preocuparnos por los problemas que tenemos en la Iglesia y olvidarnos del sufrimiento que hay en el mundo. Olvidar el reino de Dios y su justicia, y buscar el bien de la Iglesia y su desarrollo.

Por eso, hemos de agradecer a Pablo VI y a Juan Pablo II que, recogiendo el sentir del Concilio Vaticano II, hayan hecho dos afirmaciones básicas que no hemos de olvidar en estos momentos. El primero, reafirmando el carácter primordial del reino de Dios, decía así: «Solamente el reino es absoluto y el resto es relativo»⁵. El segundo, precisando la naturaleza de la Iglesia en relación con el reino de Dios, afirmaba: «La Iglesia no es ella misma su propio fin, pues está orientada al reino de Dios, del cual ella es germen, signo e instrumento»⁶.

El proyecto humanizador de Dios

Con una audacia desconocida, Jesús sorprende a todos anunciando algo que ningún profeta de Israel se había atrevido a declarar: «Ya está aquí Dios, con su fuerza creadora de justicia, tratando de reinar entre nosotros». El evangelista Marcos resume así su mensaje profético: «El tiempo se ha cumplido. El reino de Dios está cerca.

⁵ *Evangelii nuntiandi* 8

⁶ *Redemptoris missio* 18

Convertíos y creed la Buena Noticia» (Mc 1,15). Empieza un tiempo nuevo. Dios no quiere quedarse lejos, dejándonos solos ante nuestros conflictos, sufrimientos y desafíos. Ese Dios, Amigo de la vida y Padre bueno de todos, quiere abrirse camino en el mundo para construir, con nosotros y junto a nosotros, una vida más humana. No es verdad que la historia tenga que discurrir inevitablemente por caminos de injusticia y sufrimiento. Hay alternativas. Dios está comprometido en promover un mundo diferente y mejor. Hemos de convertirnos a este Dios que está siempre llegando a nuestra vida: cambiar de manera de pensar y de actuar. Entrar en la lógica y la dinámica del reino de Dios. El Padre no puede cambiar el mundo si nosotros no cambiamos. Su voluntad de hacer un mundo diferente se va haciendo realidad en nuestra respuesta. Hemos de despertar nuestra responsabilidad. Es posible dar una nueva dirección a la historia, pues Dios nos está atrayendo hacia un mundo más humano. Hemos de tomaren serio esta Buena Noticia de Dios. Creer en el poder transformador del ser humano, atraído por Dios hacia una vida más digna. No estamos solos. Dios está sosteniendo también hoy el clamor de los que sufren y la indignación de los que trabajan por la justicia.

El centro de la actividad profética de Jesús no lo ocupa propiamente Dios, sino «el reino de Dios», pues Jesús no separa nunca a Dios de su proyecto de transformar el mundo. Desde ese horizonte vive Jesús su misión. Desde ese horizonte llama a sus discípulos a anunciar y abrir caminos al reinado de Dios. Por eso no les invita simplemente a buscar a Dios, sino a «buscar primero el reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). No los llama a convertirse a Dios, les pide «entrar» en el reino de Dios (Mt 18,3).

Este «reino de Dios» no es una religión. Es mucho más. Va más allá de las creencias, preceptos y ritos de cualquier religión. Es una experiencia de Dios, vinculada a Jesús, que lo resitúa todo de manera nueva. Si de Jesús nace una nueva religión, como de hecho sucedió, tendrá que ser una religión al servicio del «reino de Dios». Por ello, al confiar su misión a sus discípulos, Jesús no los envía a promover una religión. Invariablemente les habla de una doble tarea: «Id y anunciad el reino de Dios», «id y curad»⁷.

Lo sorprendente es que Jesús nunca explica propiamente qué es el «reino de Dios». Lo que hace es sugerir, con parábolas inolvidables, cómo actúa Dios y cómo sería el mundo si sus hijos e hijas actuaran como él; y mostrar, con su actuación de Profeta curador de enfermos, defensor de los pobres y amigo de pecadores, cómo cambiaría la vida si todos le siguieran. Podemos decir que «reino de Dios» es la vida tal como la quiere construir Dios y tal como de hecho la va transformando Jesús.

Estos son los rasgos principales de ese reino: una vida de hermanos alentada por la compasión que tiene hacia todos el Padre del cielo; un mundo donde se busca la justicia y la dignidad para todo ser humano, empezando por los últimos; donde se acoge a todos, sin excluir a nadie de la convivencia y la solidaridad; donde se cura la vida liberando a las personas y a la sociedad entera de toda esclavitud deshumanizadora; donde la religión está al servicio de las personas, sobre todo de las más desvalidas y olvidadas; donde se vive acogiendo el perdón de Dios y dando gracias a su amor insondable de Padre.

El reino de Dios está llegando, pero lo que espera el pueblo de Israel y el mismo Jesús para el final de los tiempos es mucho más que lo que pueden ver en las aldeas de Galilea. El reino de Dios está ya aquí, pero solo como «semilla» que se está sembrando en el mundo: un día se recogerá la «cosecha» final. El reino de Dios está ya trabajando secretamente la vida como un trozo de «levadura» oculto en la masa de harina: Dios hará que un día todo quede transformado. Jesús no duda nunca de este final bueno, ni siquiera en el momento de su ejecución. A pesar de todas las resistencias y fracasos que se produzcan, Dios hará realidad esa utopía tan vieja como el corazón humano: la desaparición del mal, de la injusticia y de la muerte. El Padre celebrará la fiesta final con sus hijos e hijas, y secará para siempre las lágrimas de sus ojos.

La compasión como principio de acción.

Lo que define a ese Dios que quiere reinar en el mundo no es el poder, sino la compasión. No viene a imponerse y dominar al ser humano. Se acerca para hacer nuestra vida más digna y dichosa. Esta es la experiencia que comunica Jesús en sus parábolas más conmovedoras⁸ y la que inspira toda su trayectoria al servicio del reino de Dios. Jesús no puede experimentar a Dios por encima o al margen del sufrimiento humano.

La compasión es el modo de ser de Dios, su forma de mirar al mundo, lo que le mueve a hacerlo más humano y habitable. Es precisamente esta compasión de Dios la que hace a Jesús tan sensible al sufrimiento y a la humillación de las gentes. Lo que lo atrae hacia las víctimas inocentes: los maltratados por la vida o por las injusticias de los poderosos. Su pasión por este Dios del reino se traduce en compasión por el ser humano. El Dios del templo, el Dios de la ley y del orden, del culto y del sábado, no hubiera podido generar su entrega a todos los dolientes.

⁷ Mt 10,7-8; Lc 9,2; 10,8-9.

⁸ Cf. las parábolas del padre bueno (Lc 15,11-32), del dueño de la viña (Mt 20,1-15) y del fariseo y el recaudador que subieron al templo a orar (Lc 18,9-14).

Desde su experiencia radical de la compasión, Jesús introduce en la historia un principio decisivo de acción: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lc 6,3-6)⁹. La compasión es la fuerza que puede moverla historia hacia un futuro más humano. La compasión activa y solidaria es la gran ley de la dinámica del reino. La que nos ha de hacer reaccionar ante el clamor de los que sufren y movilizarnos para construir un mundo más justo y fraterno. Esta es la gran herencia de Jesús que los cristianos hemos de recuperar hoy.

Lo primero es rescatar la compasión de una concepción sentimental y moralizante. No reducirla a asistencia caritativa ni obra de misericordia. En el mensaje y la actuación profética de Jesús subyace un grito de indignación absoluta: el sufrimiento de los inocentes ha de ser tomado en serio; no puede ser aceptado como algo normal, pues es inaceptable para Dios. Lo que Jesús está reclamando al pedirnos ser compasivos como el Padre es una manera nueva de relacionarnos con el sufrimiento injusto que hay en el mundo. Más allá de llamamientos morales o religiosos, está exigiendo que la compasión activa y solidaria penetre más y más en los fundamentos de la convivencia humana, erradicando o aliviando el sufrimiento y sus causas.

La figura del «samaritano», en la parábola narrada por Jesús, es el modelo de quien vive imitando la compasión del Padre del cielo. El samaritano ve al herido del camino, se conmueve y se acerca a él: vendar sus heridas, las cura con aceite y vino, lo monta sobre su propia cabalgadura, lo lleva a una posada, cuida de él, se compromete a pagar sus gastos... (Lc 10,30-37). Este hombre no se pregunta si el herido es prójimo o no. No actúa movido por la obligación de cumplir un código religioso. La compasión no brota de la atención a la ley o del respeto a los derechos humanos. Se despierta en nosotros desde la mirada atenta a quien sufre. Esta percepción atenta y comprometida puede liberarnos de ideologías que bloquean nuestra compasión o de esquemas religiosos que nos permiten vivir con la conciencia tranquila, olvidados del sufrimiento de las víctimas.

Los últimos han de ser los primeros

Podemos decir que la primacía de los últimos inspiró siempre la actividad de Jesús al servicio del reino de Dios. Para él, los últimos son los primeros. Ser compasivos como el Padre exige buscar la justicia de Dios empezando por los últimos.

Por eso a Jesús siempre lo vemos junto a los más necesitados: no con los ricos terratenientes de Séforis o Tiberíades, sino con los campesinos pobres de las aldeas de Galilea; no rodeado de gente sana y fuerte, sino junto a enfermos, leprosos y desquiciados; no comiendo solo entre amigos, sino sentado a la mesa con gente marginada social y religiosamente. Los primeros en experimentar esa vida más digna y liberada que Dios quiere para todos han de ser aquellos para los que la vida no es vida.

Según el relato de Lucas, el Espíritu de Dios empuja a Jesús hacia los más pobres. En la sinagoga de Nazaret lo presenta aplicándose a sí mismo estas palabras del libro de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguado. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,16-22). Se habla aquí de cuatro grupos de personas: los «pobres», los «cautivos», los «ciegos» y los «oprimidos». Ellos resumen y simbolizan la primera preocupación de Jesús: los que lleva más dentro de su corazón. Nosotros hablamos de «democracia», «derechos humanos», «progreso», «Estado de bienestar»... Jesús sugiere empezar por rescatar la vida de los últimos, haciéndola más sana, más digna y más humana.

Movido por ese Espíritu comienza a hablar en un lenguaje provocativo, original e inconfundible: las bienaventuranzas. Quiere dejar claro que los últimos son los predilectos de Dios. Son gritos que le salen de dentro al mirar la realidad desde la compasión de Dios. Ve cómo las familias se van quedando sin tierras al no poder defenderlas frente a los terratenientes, que presionan para cobrar sus deudas, y grita: «Dichosos los que os estáis quedando sin nada, porque de vosotros es el reino de Dios». Conoce de cerca la desnutrición y el hambre, sobre todo de niños y mujeres, y no puede reprimir su reacción: «Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque Dios os quiere ver saciados». Ve llorar de rabia e impotencia cuando los recaudadores se llevan lo mejor de sus cosechas, y grita: «Dichosos los que ahora lloráis, porque Dios os quiere ver riendo» (Lc 6,20-21).

Todo esto no significa, ahora mismo, el final del hambre y la miseria, pero sí una dignidad indestructible para las víctimas de abusos y atropellos. Ellos son los predilectos de Dios. Esto da a su dignidad una seriedad absoluta: «Los que no interesan a nadie son los que más interesan a Dios. Los que sobran en los imperios que construyen los poderosos tienen un lugar privilegiado en su corazón. Los que no tienen una religión que los defienda le tienen a Dios como Padre». En ninguna parte se está construyendo la vida tal como la quiere Dios si no es liberando a los últimos de su miseria y humillación. Nunca religión alguna será bendecida por Dios si vive de espaldas a ellos.

⁹ Probablemente, Jesús propone el «principio de compasión» frente al «principio de santidad» que regía la espiritualidad del templo: «Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lv 19,2).

Esto es acoger el «reino de Dios»: poner las religiones y las culturas, los pueblos y las políticas mirando hacia la dignidad y la liberación de los últimos.

Recuperar el Padrenuestro como oración del reino

El Padrenuestro es la oración que Jesús dejó en herencia a los suyos. La única que les enseñó para alimentar su identidad de seguidores suyos y colaboradores en el proyecto del reino de Dios. Desde muy pronto, el Padrenuestro se convirtió no solo en la oración más querida por los cristianos, sino en la plegaria litúrgica que identifica a la comunidad eclesial reunida en el nombre de Jesús. Por eso se les enseñaba a recitarla a los catecúmenos, antes de recibir el bautismo. Esta oración, pronunciada a solas y en comunidad, meditada e interiorizada una y otra vez en nuestro corazón, puede también hoy reavivar nuestra fe y nuestro compromiso por el reino de Dios.

El Padrenuestro se pronuncia siempre en plural. Es una oración al Padre del cielo, al que oramos unidos a todos sus hijos e hijas que viven en el mundo. Comienza con una invocación confiada a Dios: *Abbá*, a la que siguen tres grandes anhelos centrados en el reino de Dios y cuatro gritos salidos desde las necesidades más básicas de la humanidad que no conoce todavía en plenitud el reino de Dios. El Padrenuestro nos descubre como ningún otro texto evangélico los sentimientos que guardaba Jesús en su corazón. Es la mejor síntesis del Evangelio - *breviloquium Evangelii*-, la oración que mejor nos va identificando con Jesús¹⁰.

«Santificado sea tu Nombre» de Padre. Que nadie lo ignore o desprecie. Que nadie lo profane violando la dignidad de tus hijos e hijas. Que sean desterrados los nombres de todos los dioses e ídolos que matan a tus pobres. Que todos bendigan tu nombre de Padre bueno.

«Venga tu reino». Que se vaya abriendo camino en el mundo tu justicia, tu verdad y tú compasión. Que tu Buena Noticia les llegue ya a los últimos de la tierra. Que no reinen los ricos sobre los pobres, que los poderosos no abusen de los débiles, que los varones no maltraten a las mujeres. Que no demos a ningún César lo que es tuyo: tus pobres.

«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Que no encuentre tanta resistencia en nosotros. Que en la creación entera se haga lo que quieres tú, no lo que buscan los poderosos de la tierra. Que se vaya haciendo realidad lo que tú tienes decidido en tu corazón de Padre.

«Danos hoy el pan de cada día». Que a nadie le falte pan. No te pedimos bienestar abundante para nosotros, solo pan para todos. Que los hambrientos de la tierra puedan comer; que tus pobres dejen de llorar y empiecen a reír, que lo podamos ver viviendo con dignidad.

«Perdónanos nuestras deudas». Necesitamos tu perdón y tu misericordia. Estamos en deuda contigo: no respondemos a tu amor de Padre, no entramos en tu reino. Que tu perdón transforme nuestro corazón y nos haga vivir perdonándonos mutuamente. No queremos alimentar en nosotros resentimientos ni deseos de venganza.

«No nos dejes caer en la tentación». Somos débiles y estamos expuestos a peligros y crisis que pueden arruinar nuestra vida. Danos tu fuerza. No nos dejes caer en la tentación de rechazar tu reino y tu justicia.

«Libéranos del mal». Rescátanos de lo que nos hace daño. Arráncanos de todo mal.

- ¿Conocemos los cristianos el proyecto del reino de Dios al que Jesús dedicó su vida entera? ¿Porqué? ¿Se habla entre nosotros de ese proyecto? ¿Lo tenemos en cuenta? ¿Porqué?
- ¿Crees que nuestras parroquias y comunidades cristianas tienen como objetivo abrir caminos al reino de Dios haciendo un mundo más humano, digno y dichoso para todos? Indica signos positivos y negativos, y señala las causas.
- ¿Crees que la compasión activa y solidaria hacia los últimos es un rasgo primordial en nuestras comunidades cristianas? ¿Por qué? ¿Cómo imaginas la actuación de una parroquia hacia los que sufren con más dureza la crisis económica? ¿Basta con el funcionamiento de Caritas? ¿Por qué? ¿Cómo promover la sensibilidad y el compromiso concreto de los cristianos?
- ¿Qué pequeños cambios podemos introducir en nuestras comunidades cristianas para ponernos decididamente al servicio del reino de Dios? ¿Qué sobra? ¿Qué falta? ¿Qué es lo más urgente?

¹⁰ Mt 6,9-13; Lc 11,2-4.

Seguir a Jesús, el Cristo

Jesús puso en marcha un movimiento profético de seguidores y seguidoras a los que confió la tarea de anunciar y promover el proyecto del reino de Dios. De ahí arranca la Iglesia de Jesús. Por eso nada hay tan decisivo para reavivar la fe cristiana como despertar la decisión de vivir como seguidores suyos. El gran riesgo de los cristianos ha sido siempre pretender serlo sin seguir a Jesús. De hecho, en nuestras comunidades hay cristianos buenos que viven su religión sin haber tomado nunca la decisión de vivir siguiendo a Jesús.

Sin embargo, el criterio primero y la clave decisiva para entender y vivir la fe cristiana es seguir a Jesucristo. Quien le sigue va descubriendo el misterio que se encierra en él, se coloca en la perspectiva correcta para entender su mensaje y va aprendiendo a trabajar hoy desde su Iglesia al servicio del reino de Dios. Seguir a Jesucristo constituye el núcleo, el eje y la fuerza que permite a una comunidad cristiana desplegar su fe en Jesucristo.

Por eso, seguir a Jesús es la opción primera que ha de hacer un cristiano. Esta decisión lo cambia todo. Es comenzar a vivir de manera nueva la adhesión a Jesús y la pertenencia a la Iglesia. Encontrar, por fin, el camino, la verdad, el sentido, la razón del vivir diario. Poder vivir dando un contenido concreto a nuestra fe, pues seguir a Jesús es creer en lo que él creyó, dar importancia a lo que se la daba él, interesarnos por lo que él se interesó, defender la causa que él defendió, mirar a las personas como las miraba él, acercarnos a los que sufren como él se acercaba, sufrir por lo que él sufrió, confiar en el Padre como confiaba él, enfrentarnos a la vida y a la muerte con la esperanza con la que él se enfrentó. Los primeros cristianos entendían su vida como la aventura de seguir a Jesús haciéndose «hombres nuevos» y «mujeres nuevas».

Dinámica del seguimiento a Jesús

Lo decisivo para seguir a Jesús es escuchar su llamada. Los relatos evangélicos lo dejan muy claro. Nadie se pone en marcha tras los pasos de Jesús siguiendo su propia intuición o sus deseos de vivir un ideal. Es Jesús quien toma siempre la iniciativa. El seguimiento comienza cuando alguien se siente llamado personalmente por él y acoge su llamada. Por eso, la fe cristiana no consiste primordialmente en creer algo, sino en creerle a Alguien por quien nos sentimos atraídos y llamados: «Ven y sígueme».

Este encuentro personal es absolutamente necesario para hacer la experiencia cristiana, más aún, en estos tiempos en los que las ideologías, los sistemas y las doctrinas están en crisis. Cuando falta esta adhesión personal viva, interiorizada, cuidada y reafirmada continuamente en el propio corazón y en la comunidad creyente, la fe corre el riesgo de empobrecerse, reduciéndose a aceptación doctrinal, práctica de obligaciones religiosas y obediencia a una disciplina. Es muy fácil entonces «ideologizar» la fe, subordinando inconscientemente la fuerza de la religión a estrategias políticas de derechas o de izquierdas.

Seguir a Jesús no es copiar un modelo, reproduciendo en nosotros los rasgos de un gran Maestro del pasado a quien nos sentimos llamados a imitar. Es mucho más apasionante. Los evangelios no hablan nunca de imitación, sino de seguimiento. Jesús no es un espejo, sino un camino. La imitación puede llevar a actitudes serviles y fundamentalistas que ahogan la creatividad y la renovación de la fe. Para los cristianos, Jesús no es un gran líder que vivió hace veinte siglos y que, cada día que pasa, va quedando más lejos de nosotros y de nuestros problemas. Jesús es hoy el Resucitado que está vivo en medio de nosotros inspirando nuestras vidas. Por una parte, acercándonos a Jesús, narrado por los evangelios, vamos conociendo las grandes actitudes que vivió en Galilea y que hemos de interiorizar siempre sus seguidores. Por otra, escuchando lo que el Espíritu del Resucitado dice hoy a las Iglesias, vamos buscando de manera creativa cómo reproducir ese estilo de vida de Jesús en contextos siempre nuevos.

Seguir a Jesús es una metáfora tomada de la costumbre que tenía Jesús de caminar como los maestros judíos, unos pasos por delante de sus discípulos. Esta metáfora expresa muy bien lo que es la fe en Jesús, el Cristo. El seguimiento exige una dinámica de movimiento. Seguir a Jesús significa dar pasos concretos: ponernos en camino, convertirnos a Jesucristo, identificarnos cada vez más con él... El que se detiene o se instala en su propia vida se va quedando lejos de Jesús. Lo contrario del seguimiento es el inmovilismo.

Hemos de revisar el riesgo de entender y vivir la fe de forma pasiva y estática. La fe no es «algo» que se tiene: unos la poseen y otros no. La fe es una vida que se despierta, crece, se despliega... Según Pablo de Tarso, el que cree en Jesucristo «se va renovando de día en día» (2 Cor 4,16). Los signos de una fe inmóvil pueden ser diversos. Algunos se instalan interiormente: ya no crecen; no se dejan cuestionar por el Evangelio; no creen en su propia conversión; no se arriesgan a acercarse a Jesús. Otros viven la fe de manera rutinaria y repetitiva: la oración se hace fórmula; el evangelio resulta algo sabido; el pecado se convierte en costumbre; la fe viva se va apagando. Otros buscan más una religión que da seguridad que un Evangelio que inquieta y desinstala.

Algunos rasgos de los seguidores de Jesús

No todos seguimos a Jesús de la misma manera. Francisco de Asís, Teresa de Ávila y Francisco Javier siguen los tres a Jesús, pero lo hacen acentuando aspectos diferentes de su persona. Hay, sin embargo, algunos rasgos que no pueden faltar en un seguidor fiel que camina tras sus pasos.

En primer lugar, Jesús es para sus seguidores el camino concreto que nos lleva al Padre. Nadie ha visto a Dios. El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre y que se ha encarnado en Jesús, es quien «nos lo ha contado» (Jn 1,18). Esta es nuestra fe: Dios no es una palabra vacía, una idea abstracta, una definición admirable; para nosotros, Jesús es el «Rostro humano de Dios». Viendo a Jesús estamos viendo al Padre (Jn 14,9). Conociéndole a él vamos conociendo cómo se preocupa de nosotros, cómo nos busca cuando andamos perdidos, cómo nos acoge cuando nos sentimos desvalidos, cómo nos perdona y levanta cuando nos ve caídos, cómo nos alienta y sostiene cuando nos ve pequeños y frágiles.

En segundo lugar, Jesús enseña a quienes lo siguen a ser hijos e hijas de Dios, viviendo dos actitudes fundamentales. Primero la confianza plena. La vida entera de Jesús transpira una confianza total en su Padre. Se entrega a él sin cálculos, recelos ni estrategias. Por eso le apena tanto «la fe pequeña» de sus discípulos. Segundo, esa confianza en el Padre le hace vivir en una actitud de docilidad incondicional. Para él, lo primero es buscar y hacer la voluntad del Padre de manera creativa, libre y audaz. Nadie lo apartará de ese camino. Así vivirán también sus seguidores.

Siguiendo una corriente que se venía gestando en el judaísmo, también Jesús establece una estrecha conexión entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Son inseparables. No es posible amar al Padre y desentenderse del hermano. Lo que va contra el ser humano va contra Dios. Pero en las comunidades cristianas se recordaba el modo peculiar de amar, propio de Jesús. En el evangelio de Juan se recoge así su herencia: «Este es mi mandato: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15,12). Por eso, los seguidores de Jesús se esfuerzan por amar a su estilo: ofreciendo el perdón a quienes nos han ofendido, practicando la compasión solidaria con los más necesitados, dando prioridad a lo más pobres y desvalidos.

Por último, no hemos de olvidar que seguir a Jesús es vivir al servicio del proyecto del reino de Dios inaugurado por él. Los evangelios recogen esta misión confiada a Jesús por los suyos con diferentes lenguajes¹¹: han de sentirse enviados por él como él es enviado por el Padre (Juan); han de ser en todas partes «testigos de Jesús» (Lucas); han de «hacer discípulos de Jesús» bautizando y enseñando a las gentes a vivir como él (Mateo).

Construir la Iglesia de Jesús.

Los seguidores de Jesús anunciamos y promovemos el reino de Dios desde su Iglesia. Por eso, una de nuestras tareas más importantes es contribuir a hacer entre todos una Iglesia más fiel a Jesús y a su proyecto del reino de Dios. Pero, naturalmente, nuestra primera contribución ha de ser nuestra propia conversión. Por eso no son pocas las preguntas que nos podemos hacer en nuestras comunidades.

¿Qué hacemos por crear un clima de conversión en el seno de esta Iglesia, siempre necesitada de renovación y transformación? ¿Cómo sería la Iglesia si todos vivieran la adhesión a Cristo más o menos como la vivimos nosotros? ¿Sería más o menos fiel a su misión? ¿Qué aportamos de autenticidad y verdad a esta Iglesia tan necesitada de radicalidad evangélica, para ofrecer un testimonio creíble de Jesús en medio de una sociedad indiferente y descreída?

¿Cómo contribuimos con nuestra vida a edificar una Iglesia más cercana a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que sepa no solo enseñar, predicar y exhortar, sino también acoger, escuchar y acompañar a quienes viven perdidos, sin conocer el amor ni la amistad? ¿Qué aportamos para construir una Iglesia samaritana, de corazón grande y compasivo, capaz de olvidarse de sus propios intereses para estar más cerca de los que sufren?

¿Qué hacemos nosotros para que la Iglesia se libere de miedos y servidumbres que la paralizan y la atan al pasado, y se deje vivificar por la frescura y la creatividad que nace del Evangelio de Jesús? ¿Qué aportamos nosotros para que en la Iglesia aprendamos a «vivir en minoría», sin grandes pretensiones, como «levadura oculta», la «sal» sanadora, la pequeña «semilla», dispuesta a morir para dar vida? ¿Qué hacemos por una Iglesia más alegre y esperanzada, más libre y audaz, más transparente y fraterna, más creyente y más creíble, más de Dios y menos del mundo, más de Jesús y menos de nuestros intereses y ambiciones? No olvidemos que la Iglesia cambia cuando cambiamos nosotros, se convierte cuando nosotros nos convertimos.

¿Por qué no vamos a trabajar en los próximos años en esa tarea difícil, pero apasionante, de pasar en la historia de la Iglesia a una fase nueva más fiel a Jesús y a su proyecto del reino de Dios? Todos podemos contribuir a que en la Iglesia se sienta y se viva a Jesús de manera nueva. Podemos hacer que su rostro sea más

¹¹ Jn 20,21; Hch 1,8; Mt 28,19-20

parecido al suyo. Podemos trabajar por una Iglesia a la que la gente sienta como «amiga de pecadores». Una Iglesia que salga al encuentro de los perdidos. Una Iglesia preocupada por la dignidad y la felicidad de las personas. Una Iglesia que acoge, escucha y acompaña a cuantos sufren. Una Iglesia de corazón grande en la que, cada mañana, nos pongamos a trabajar por el reino, sabiendo que Dios ha hecho salir su sol sobre buenos y malos.

- Muchos cristianos viven su religión sin haber tomado en ningún momento una decisión consciente y responsable de vivir siguiendo a Jesús. ¿Te parece normal? ¿A qué se debe? ¿Qué consecuencias tiene para su vida cristiana?
- Según tu manera de entender la fe, ¿cuáles son los rasgos más importantes de un seguidor de Jesús? ¿Qué es lo que nos falta a los cristianos de hoy para seguir a Jesús con más verdad y fidelidad?
- ¿Dónde y cómo podemos aprender a vivir el estilo de vida de Jesús? ¿Qué pasos podemos dar en nuestras comunidades cristianas para cuidar mejor el seguimiento a Jesús?
- ¿Cómo podemos contribuir desde nuestro grupo a crear un clima de conversión a Jesucristo? ¿Cómo hacer, entre todos, una Iglesia más humana y evangélica?

Escándalo y locura de la cruz

Según los relatos evangélicos, los que pasan ante Jesús crucificado en lo alto del Gólgota se burlan de él y, riéndose de su impotencia, le dicen: «Si eres Hijo de Dios, bájate de la cruz». Jesús no responde a la provocación. Su respuesta es un silencio cargado de misterio. Precisamente porque es Hijo de Dios permanecerá en la cruz hasta la muerte. Esta es la fe de los seguidores de Jesús a la luz de su trayectoria humana y a partir de su experiencia de haberse encontrado con él, lleno de vida, después de su ejecución.

Los primeros cristianos lo sabían. Su fe en un Dios crucificado solo podía ser considerada como un escándalo y una locura. También nosotros lo sabemos. Nunca religión alguna se ha atrevido a afirmar algo semejante. Pero seguimos confesando a Dios crucificado para no olvidar nunca el «amor loco» de Dios por la humanidad. Es un escándalo y una locura. Sin embargo, para quienes seguimos a Jesús y creemos en el misterio redentor que se encierra en su muerte, es la fuerza que sostiene nuestra esperanza última y nuestra lucha por un mundo más humano.

El gesto supremo de Dios

Más de un cristiano entiende la muerte de Jesús en la cruz como una especie de «negociación» entre Dios Padre y su Hijo Jesús. Según esta manera de entender la crucifixión, el Padre, justamente ofendido por el pecado de los hombres, exige para salvarlos una reparación que el Hijo le ofrece entregando su vida por nosotros. Si esto fuera así, la imagen de Dios quedaría radicalmente pervertida, pues Dios se presentaría ante nuestros ojos como un ser justiciero, incapaz de perdonar gratuitamente: una especie de acreedor implacable que no puede salvarnos si no se salda previamente la deuda que se ha contraído con él. ¿Dónde quedaría la Buena Noticia de Dios proclamada por Jesús? Con razón el pensador francés Rene Girard hacía esta observación hace unos años: «Dios no solo reclama una nueva víctima, sino que reclama la víctima más preciosa y querida: su propio Hijo. Indudablemente, este postulado ha contribuido más que ninguna otra cosa a desacreditar el cristianismo a los ojos de los hombres de buena voluntad en el mundo moderno». Todo esto requiere una profunda clarificación. En la fe de los primeros cristianos, el Padre del cielo no aparece como alguien que exige previamente sangre para que su honor quede satisfecho y pueda así perdonar. Al contrario, el Padre envía a su Hijo al mundo porque lo ama, y nos ofrece la salvación siendo nosotros todavía pecadores. Jesús, por su parte, nunca aparece tratando de influir en el Padre con su sufrimiento para satisfacer su honor herido y obtener así de él una actitud más benévola hacia sus hijos.

Entonces, ¿quién ha querido la cruz y por qué? No ciertamente el Padre, que no quiere que se cometa crimen alguno, y menos contra su Hijo querido, sino los que condenan a Jesús a muerte, porque rechazan el reino de Dios que él trata de introducir en el mundo abriendo camino a la justicia, la compasión y la solidaridad. Lo que el Padre quiere no es que le maten a su Hijo, sino que su Hijo sea fiel a su proyecto salvador hasta el final: que siga buscando el reino de Dios y su justicia para todos, que siga encarnando su amor a toda la humanidad «hasta el extremo». Por su parte, Jesús, el Hijo amado, entrega su vida porque se mantiene fiel a ese proyecto salvador del Padre, encarnando su amor infinito por sus hijos e hijas.

En la cruz, Padre e Hijo están unidos por un mismo Amor, no buscando sangre y muerte, sino manifestando hasta qué extremo insondable llega la locura de su amor por las criaturas. En la cruz, nadie está ofreciendo al Padre nada para que se muestre benevolente con sus hijos. Él es quien está entregando lo que más quiere: su propio Hijo. Jesús sufre la muerte en su carne humana; el Padre sufre la muerte de Jesús en su corazón de Padre. Pablo no duda en afirmar su fe en este gesto supremo de Dios diciendo: «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo y no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres» (2 Cor 5,19). Así está Dios en la cruz: no acusándonos de nuestro pecado, sino ofreciéndonos su perdón salvador.

Un Dios crucificado

Las preguntas son inevitables: ¿es posible creer en un Dios crucificado por los seres humanos? ¿Nos damos cuenta de lo que estamos diciendo? ¿Qué hace Dios en una cruz? ¿Cómo puede subsistir una religión arraigada en una concepción tan absurda?

Un «Dios crucificado» constituye una revolución y un escándalo que nos obliga a cuestionar todas las ideas que nosotros nos hacemos de la divinidad. El Crucificado no tiene ni el rostro ni los rasgos que las religiones atribuyen al Ser supremo. El Dios crucificado no es un ser omnipotente y majestuoso, inmutable y feliz, ajeno a nuestros sufrimientos, sino un Dios impotente y humillado que comparte con nosotros el dolor, la angustia y hasta la misma muerte.

Ante el Crucificado, o termina nuestra fe convencional en Dios, o nos abrimos a una comprensión nueva y sorprendente de un Dios que, encarnado en nuestro sufrimiento, nos ama de modo increíble. Empezamos a intuir que Dios sufre con nosotros. Nuestra miseria le afecta. No existe un Dios cuya vida transcurre, por así decir, al margen de nuestras penas, lágrimas y desgracias. Este «Dios crucificado» no permite una fe frívola y egoísta en un Dios al servicio de nuestros caprichos y pretensiones. Este Dios nos pone mirando al sufrimiento y el abandono de tantos crucificados por las injusticias y las desgracias.

Despojado de todo poder dominador, de toda belleza estética y de toda aureola religiosa, Dios se nos revela en lo más puro e insondable de su misterio como amor y solo amor. No responde al mal con el mal. Prefiere ser víctima de sus criaturas antes que su verdugo. Así es el Dios en el que creemos los seguidores de Jesús: un Dios débil que no tiene más poder que su amor.

Un Dios identificado con las víctimas

Ni el poder de Roma ni las autoridades del Templo pudieron soportar la actuación de Jesús. Su manera de entender y de vivir a Dios era peligrosa. No defendía el imperio de Tiberio, llamaba a todos a buscar el reino de Dios y su justicia. No le importaba romper la ley del sábado ni las tradiciones religiosas, solo le preocupaba aliviar el sufrimiento de la gente y hacer más humana su vida.

No se lo perdonaron. Se identificaba con las víctimas inocentes del imperio y con los olvidados por la religión del Templo. Ejecutado sin piedad en una cruz, en él se nos revela ahora Dios, identificado para siempre con todas las víctimas inocentes de la historia. Desde el silencio de la cruz, él es el juez más firme y manso del aburguesamiento de nuestra fe, de nuestra acomodación al bienestar y nuestra indiferencia ante los que sufren.

Este Dios crucificado pone en cuestión toda práctica religiosa que pretenda dar culto a Dios olvidando el drama de un mundo donde se sigue crucificando a los más débiles e indefensos. No podemos adorar al Crucificado y vivir de espaldas al sufrimiento de tantos seres humanos destruidos por el hambre, las guerras o la miseria. No nos está permitido seguir viviendo como espectadores de ese sufrimiento inmenso, alimentando una ingenua ilusión de inocencia. Nos hemos de rebelar contra esa cultura del olvido que nos hace vivir aislados de los crucificados, desplazando el sufrimiento injusto que hay en el mundo hacia una «lejanía» donde desaparece todo clamor, gemido o llanto.

Pero el sufrimiento está cerca de nosotros, y el Crucificado nos interpela a cada uno de manera muy concreta. ¿Qué sentido tiene llevar una cruz sobre nuestro pecho si no sabemos cargar con la más pequeña cruz de las personas que sufren junto a nosotros? ¿Qué significan nuestros besos al Crucificado si no despiertan en nosotros el cariño, la acogida y el acercamiento solidario a quienes viven crucificados?

Seguir a Jesús cargando con la cruz

Un seguimiento sin cruz rápidamente se convierte en una «religión burguesa» en la que se diluye la radicalidad del Evangelio y donde se pone a Dios al servicio de nuestro bienestar. El riesgo es grande. Lo advirtió el teólogo mártir Dietrich Bonhoeffer, comentando la reacción de Pedro, tratando de apartar a Jesús de su

camino hacia la cruz: «Esto prueba que, desde el principio, la Iglesia se ha escandalizado del Cristo sufriente. No quiere que su Señor le imponga la ley del sufrimiento».

Aunque parezca sorprendente, los cristianos hemos desarrollado diversos caminos que pueden llevarnos a vaciar la cruz de su verdadero contenido. Así, hay algunos que piensan seguir al Crucificado buscando pequeñas o grandes mortificaciones, privándose de satisfacciones legítimas para llegar, por medio de esa búsqueda de sufrimiento, a una comunión más profunda con Cristo. Sin duda es grande el valor de la ascesis para el crecimiento humano de las personas, y más en una sociedad tan materialista como la nuestra, pero, cuando Jesús pide a sus discípulos llevar la cruz tras él, no les está invitando a una «vida mortificada».

Para otros, «llevar la cruz» consistiría en aceptar con resignación las contrariedades de la vida, las desgracias, los sufrimientos y adversidades. Sin duda hemos de valorar el contenido cristiano de esa aceptación del «lado oscuro y doloroso» de la vida desde una actitud de fe, pero, cuando Jesús pide a sus seguidores que le sigan cargando con la cruz, no les está hablando de estos sufrimientos propios de la condición humana.

Según los relatos evangélicos, Jesús llama a sus discípulos a que le sigan poniéndose al servicio incondicional del reino de Dios. La cruz no es sino el sufrimiento con el que se encontrarán como consecuencia de ese seguimiento: el destino doloroso que inevitablemente habrán de compartir con él si siguen realmente sus pasos. Los discípulos no han de esperar una suerte mejor que el Maestro: «El que quiera venir tras mis pasos, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Me 8,34). Jesús no los engaña. Si le siguen de verdad tendrán que sufrir como él.

Quien sigue a Jesús no busca «cruces», sino que acepta la crucifixión que le llega por vivir siguiendo los pasos de Jesús. Acepta vivir crucificado con Cristo. Su cruz le acompaña a lo largo de su vida. En el trabajo del reino, tan importante como el «hacer» es el «padecer». Hemos de «hacer» un mundo más justo y humano, una Iglesia más fiel a Jesús y más coherente con el Evangelio. Y hemos de «padecer» por un mundo más digno y por una Iglesia más evangélica.

Cargar con la cruz tras los pasos de Jesús significa en concreto aceptar riesgos, conflictividad, críticas, descalificaciones, resistencias, rechazos, desprestigio, soledad... Quien sigue a Jesús crucificado acepta este sufrimiento como la experiencia que le permite vivir su adhesión a él en su verdad más auténtica. El sufrimiento sigue siendo malo, pero precisamente por eso se convierte en la experiencia humana más realista y sólida para vivir en el interior de ese sufrimiento las dos actitudes que Jesús vive en la cruz: la comunión total con el Padre y su amor solidario hacia el ser humano.

- ¿Cómo reaccionamos los cristianos de hoy ante el Crucificado? ¿Nos hemos acostumbrado a ver a Jesús en la cruz? ¿Qué nos dice el crucifijo? ¿Nos ayuda a descubrir el amor redentor de Dios, encarnado en Jesús? ¿Por qué?
- ¿Sabemos ver en el Crucificado a Dios identificado con todos los crucificados? ¿Nos sentimos interpelados y llamados a solidarizarnos responsablemente con su sufrimiento? Señala actitudes auténticas o falsas ante el Crucificado.
- ¿Crees que entendemos bien la llamada de Jesús a «llevar la cruz» siguiendo sus pasos? Indica formas falsas de vivir el sufrimiento y caminos auténticos de seguir al Crucificado. ¿Cómo hacer, entre todos, una Iglesia más sensible al sufrimiento de los inocentes y más solidaria con los crucificados?
- ¿Qué pasos podemos dar en nuestra comunidad?

Cristo resucitado, misterio de esperanza

La ejecución de Jesús ponía en cuestión todo su mensaje y su actuación. Aquel final trágico planteaba graves interrogantes incluso a sus seguidores más fieles: ¿tenía razón Jesús o estaban en lo cierto sus ejecutores? ¿Con quién estaba Dios? En la cruz no habían matado solo a Jesús. Al crucificarlo, habían matado también su mensaje, su proyecto del reino de Dios y sus pretensiones de un mundo nuevo. Si Jesús tenía razón o no, solo lo podía decir Dios.

Cristo, nuestra esperanza

Todavía hoy podemos percibir en los textos que han llegado hasta nosotros la alegría de los primeros discípulos al descubrir que Dios no ha abandonado a Jesús. Ha salido en su defensa. Al resucitarlo de entre los muertos, se ha identificado con él desautorizando a quienes lo han condenado. Esto es lo primero que predicaban una y otra vez en las cercanías del templo y por las calles de Jerusalén: «Vosotros lo matasteis clavándolo en una cruz por manos de unos impíos, pero Dios lo ha resucitado»¹².

Resucitando a Jesús, el Padre ha confirmado su vida y su mensaje, su proyecto del reino de Dios y su actuación entera. Lo que Jesús ha anunciado en Galilea sobre la compasión y la misericordia del Padre es verdad: Dios es como lo sugiere Jesús en sus parábolas. La manera de ser de Jesús y su actuación profética coinciden con la voluntad del Padre. La solidaridad de Jesús con los que sufren, su defensa de los pobres, su perdón a los pecadores: eso es lo que Dios quiere. Jesús tiene razón cuando busca una vida más digna y dichosa para todos, empezando por los últimos. Ese es el anhelo más grande que guarda Dios en su corazón. Ese es el camino que conduce a la vida. Pero Dios no solo le ha dado la razón, sino que le ha hecho justicia. No se ha quedado pasivo y en silencio ante lo que han hecho con su Hijo. Lo ha resucitado: le ha devuelto la vida que le han arrebatado de manera tan injusta, llevándola a su plenitud. Lo ha constituido para siempre como Señor y Salvador de vivos y muertos. El mal tiene mucho poder, pero solo hasta la muerte: las autoridades judías y los poderosos romanos han matado a Jesús, pero no lo han aniquilado. Más allá de la muerte solo tiene poder el amor insondable de Dios.

Los creyentes llevamos en nuestro corazón los mismos interrogantes que todos los seres humanos: ¿hay algo que pueda ofrecernos un fundamento definitivo para la esperanza? Si todo acaba en la muerte, ¿quién nos puede consolar? Los seguidores de Jesús nos atrevemos a esperar la respuesta definitiva de Dios allí donde Jesús la encontró: más allá de la muerte. La resurrección de Jesús es para nosotros la razón última de nuestra esperanza: lo que nos alienta a trabajar por un mundo más humano, según el corazón de Dios, y lo que nos hace esperar confiados su salvación.

Cristo, resucitado por el Padre, es nuestra esperanza. En él descubrimos la intención profunda de Dios confirmada para siempre: una vida plena para la creación entera, una vida liberada para siempre del mal y de la muerte, el reino de Dios hecho realidad. Nosotros estamos todavía encamino. Todo sigue mezclado y confuso: justicia e injusticia, muerte y vida, luz y tinieblas. Todo está inacabado, a medias y en proceso. Pero la energía secreta del Resucitado está atrayendo todo hacia la Vida definitiva.

En estos tiempos en los que la crisis parece extenderse a todos los dominios de la existencia humana, la Iglesia ha de recordar que tiene «la responsabilidad de la esperanza». Esta es su tarea primordial. Antes que «lugar de culto» o «instancia moral», la Iglesia ha de entenderse a sí misma como «comunidad de esperanza». ¿Qué es la Iglesia de Jesús si no comunica la Buena Noticia de un Dios amigo de la vida ni contagia la esperanza que brota del Resucitado?

Recuperar la experiencia viva del Resucitado

Cuando los primeros cristianos hablan del Resucitado no lo hacen solo para confesar su fe en aquel acontecimiento singular e irrepetible por el que Dios «ha levantado de entre los muertos» a Jesús para introducirlo en la plenitud de su propia vida, sino, sobre todo, para vivir ahora su fe en Cristo «resucitando a una vida nueva». Según Pablo de Tarso, esta experiencia consiste en «conocer a Cristo y el poder de su resurrección» (Flp 3,10). Vive con tal intensidad esta experiencia que llega a decir: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2.20). Los discípulos, que han seguido a Jesús por los caminos de Galilea, han de aprender ahora a vivir del Espíritu del Resucitado, que da vida (1 Cor 15,45).

Cuando en los cristianos se debilita esta experiencia del Resucitado, la Iglesia corre el riesgo de quedarse sin su fuerza vivificadora. Sin el Espíritu del Resucitado, la evangelización se va convirtiendo en propaganda religiosa, la catequesis en adoctrinamiento, la celebración en rito vacío, la acción caritativa en servicio social. Sin el Espíritu del Resucitado, la libertad se asfixia, la comunión se resquebraja, los carismas se extinguen, el pueblo y la jerarquía se distancian. Sin el Espíritu del Resucitado se produce un divorcio entre teología y espiritualidad, entre doctrina y práctica evangélica. Sin el Espíritu, la esperanza es sustituida por el temor, la audacia por la cobardía y la vida cristiana cae en la mediocridad.

Sin la obediencia al Espíritu, la Iglesia corre el riesgo de obedecer a falsos señores impuestos desde fuera o elegidos desde dentro. Sin embargo, la Iglesia no es de la jerarquía ni del pueblo, no es de la derecha ni de la izquierda, no es de los teólogos pre modernos ni de los ilustrados, no es de estos movimientos ni de aquellas comunidades. Es de su Señor, el Resucitado.

¹² Hch 2,23-24; 4,10; 5,30...

Hemos de reavivar nuestra fe recuperando la experiencia viva del Resucitado. De manera oculta, pero real, él va impulsando nuestras pobres vidas hacia la plenitud final. Él es «la ley secreta» que dirige la marcha de todo hacia la Vida, el «corazón del mundo», según la bella expresión de Karl Rahner. El Resucitado está ahí, en medio de nuestros conflictos y contradicciones, sosteniendo para siempre todo lo bueno, lo bello, lo justo que brota en nosotros como promesa de infinito, pero que se disuelve y muere sin haber llegado a su plenitud. Él está con nosotros «todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Está en nuestras lágrimas y penas como consuelo permanente y misterioso. Está en nuestros fracasos e impotencia como fuerza segura que nos sostiene. Está en nuestras depresiones acompañándonos en nuestra soledad y tristeza. Está en nuestros pecados como misericordia que nos soporta con paciencia infinita y nos comprende, perdona y acoge para siempre. Está incluso en nuestra muerte como aliento de vida eterna que triunfa cuando parece que todo se pierde. Ningún ser humano está solo. Nadie vive olvidado. Ninguna queja cae en el vacío. El Resucitado nos acompaña.

El nuevo rostro de Dios

Ya no volvieron a ser los mismos. El encuentro con Jesús, lleno de vida después de su ejecución, transformó totalmente a sus discípulos. Lo empezaron a ver todo de manera nueva. Dios era el resucitador de Jesús. Pronto sacaron las consecuencias.

Dios es amigo de la vida. No había ahora ninguna duda. Lo que había dicho Jesús era verdad: «Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos». Los hombres podrán destruir la vida de mil maneras, pero, si Dios ha resucitado a Jesús, esto significa que solo quiere la vida para sus hijos. No estamos solos ni perdidos ante la muerte. Podemos contar con un Padre que, por encima de todo, incluso por encima de la muerte, nos quiere ver llenos de vida. En adelante solo hay una manera cristiana de vivir. Se resume así: poner vida donde otros ponen muerte.

Dios es de los pobres. Lo había dicho Jesús de muchas maneras, pero no era fácil creerle. Ahora es distinto. Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que es verdad: «Felices los pobres, porque tienen a Dios». La última palabra no la tiene Tiberio ni Pilato, la última decisión no es de Caifás ni de Anas. Dios es el último defensor de los que no interesan a nadie. Solo hay una manera de parecerse a él: defender a los pequeños e indefensos.

Dios resucita a los crucificados. Dios ha reaccionado frente a la injusticia criminal de quienes han crucificado a Jesús. Si lo ha resucitado es porque quiere introducir justicia por encima de tanto abuso y crueldad que se comete en el mundo. Dios no está del lado de los que crucifican, está con los crucificados. Solo hay una manera de imitarlo: estar siempre junto a los que sufren, luchar siempre contra los que hacen sufrir.

Dios secará nuestras lágrimas. Dios ha resucitado a Jesús. El rechazado por todos ha sido acogido por Dios. El despreciado ha sido glorificado. El ejecutado está más vivo que nunca. Ahora sabemos cómo es Dios. Un día, él «enjuagará todas nuestras lágrimas, y no habrá ya muerte, no habrá gritos ni fatigas. Todo eso habrá pasado».

Entrar en una dinámica de resurrección

¿Dónde y cómo vivir la fe en la resurrección de Jesús sin reducirla a una afirmación teórica e inoperante? ¿Cómo vivenciar el poder de su resurrección? ¿Cómo vivir la fe desde una dinámica de resurrección?

Lo primero es, sin duda, morir al pecado, que nos deshumaniza, y resucitar a una vida nueva más arraigada en Cristo. No solo eso. Acoger también el Espíritu del Resucitado para resucitar todo lo bueno que, tal vez, está muerto en nosotros. Reavivar nuestra fe apagada, nuestra esperanza lánguida y, sobre todo, nuestro amor mediocre: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte» (1 Jn 3,14). La resurrección de Cristo nos introduce así en una dinámica de crecimiento. Así se exhortan en las primeras comunidades cristianas: «Siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la Cabeza, Cristo» (Ef 4,15). No se habla solo del crecimiento individual de cada creyente, sino del crecimiento de toda la Iglesia, «realizando el crecimiento del Cuerpo para su edificación en el amor» (Ef 4,16). No se trata de crecer en número, en poder o en prestigio, sino de «revestirnos del Hombre Nuevo», que es Cristo, el Señor.

La dinámica de resurrección es siempre lucha por la vida. El Dios que se revela en la resurrección de Jesús es alguien que pone vida donde nosotros ponemos muerte. Un Padre «apasionado por la vida» que nos está llamando a hacernos presentes allí donde se produce muerte, para defender la vida y luchar contra aquello que la destruye o deshumaniza (muertes violentas, hambre, marginación, aborto, soledad...).

El horizonte de nuestra esperanza

Arraigados en Jesús, resucitado por Dios para siempre, intuimos, deseamos y creemos que el Padre bueno está conduciendo hacia su verdadera plenitud el anhelo de vida, de justicia y de paz que se encierra en el corazón

de la humanidad y en la creación entera. Un día conoceremos una vida donde ya no habrá pobreza ni dolor, nadie estará triste, nadie tendrá que llorar. Por fin podremos ver a los que vienen en pateras llegar a su verdadera patria.

Apoyados en Jesús resucitado, nos rebelamos con todas nuestras fuerzas contra que esa inmensa mayoría de hombres, mujeres y niños que solo han conocido en esta vida miseria, hambre, humillación y lágrimas queden olvidados para siempre. Nos rebelamos contra que tantas personas sin salud, enfermos crónicos, discapacitados físicos y psíquicos, personas hundidas en la depresión, cansadas de vivir y de luchar, no conozcan jamás lo que es vivir con paz y salud total. Un día escucharán las palabras del Padre, amigo de la vida: «Entra en el gozo de tu Señor».

Desde nuestra fe en el Resucitado creemos que nuestros esfuerzos por un mundo más humano y dichoso no se perderán en el vacío. Todo lo que aquí ha quedado a medias, lo que no ha podido ser, lo que hemos estropeado con nuestra torpeza o nuestro pecado, todo alcanzará en Dios su plenitud. No nos resignamos a que Dios sea para siempre «un Dios oculto» del que no podamos conocer su mirada, su ternura y su abrazo. Lo encontraremos encarnado gloriosamente en Jesús. Fundamentados en Jesús resucitado, creemos que las horas alegres y las experiencias amargas, las «huellas» que hemos dejado en las personas y en las cosas, lo que aquí hemos construido con gozo o con lágrimas, todo quedará transfigurado. Ya no conoceremos la amistad que termina, la fiesta que se acaba, la despedida que entristece ni el amor que se apaga. Dios será todo en todos. Un día escucharemos de labios de Dios estas increíbles palabras: «Yo soy el origen y el final de todo. Al que tenga sed yo le daré gratis del manantial del agua de la vida» (Ap 21,6). ¡Gratis!, sin merecerlo, así saciará Dios la sed que hay dentro de nosotros.

- ¿Cómo viven hoy los cristianos su fe en Cristo resucitado? ¿Es origen de dudas, interrogantes, incertidumbres o fuente de gozo y esperanza confiada en Dios? Señala reacciones, discusiones, actitudes..,
- ¿Cuándo vivimos los cristianos la experiencia de que Jesús está vivo en medio de nosotros? Concretar entre todas las experiencias individuales y comunitarias que nos hacen sentir vivo a Jesucristo.
- ¿Qué signos de esperanza descubres en la iglesia de hoy? ¿Qué síntomas de desaliento, miedo y falta de esperanza? Analiza las causas concretas
- ¿Cómo podemos reavivar, entre todos, la paz, la alegría y la esperanza en Cristo resucitado? ¿Puedes concretar pequeños compromisos? ¿Cómo podemos ser testigos del Resucitado?